

ÁUREA MATILDE FERNÁNDEZ / JOSÉ Y CONSUELO. AMOR, GUERRA Y EXILIO EN MI MEMORIA

ÁUREA MATILDE FERNÁNDEZ

JOSÉ Y CONSUELO

Amor, guerra y exilio en mi memoria



*Ediciones La Memoria
Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau*

ÁUREA MATILDE FERNÁNDEZ

JOSÉ Y CONSUELO

Amor, guerra y exilio en mi memoria

Colección Coloquios y testimonios

Ediciones *La Memoria*
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*
La Habana, 2007

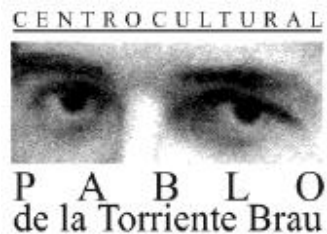
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*
Ediciones *La Memoria*
Director: Víctor Casaus
Coordinadora: María Santucho
Jefe de diseño: Héctor Villaverde
Coordinadora de producción: Virgen Gutiérrez

Edición y emplane: Yoel Manuel L. Vázquez
Diseño de cubierta: Héctor Villaverde

© Áurea Matilde Fernández Muñiz, 2007
© Sobre la presente edición:
Ediciones *La Memoria*
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*, 2007

ISBN: 978-959-7135-58-6

Ediciones *La Memoria*
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*
Calle de la Muralla No. 63, La Habana Vieja,
Ciudad de La Habana, Cuba
centropablo@cubarte.cult.cu
www.centropablo.cult.cu



*A mis padres, José y Consuelo,
por su amor, valor
y ejemplo...*

Prólogo

Un bello símil refiere que la reconstrucción de la memoria histórica se asemeja a la cimentación de una arcada cuyas piedras se sustentan, unas a otras, en una conjunción que garantiza el equilibrio; pero cuando se trata de una historia de vida y esta se corresponde con la propia, las lápidas se trasmutan en sentimientos y es entonces cuando la memoria aglutina desgarramientos públicamente inconfesos que cobran significado y estremecen al lector.

Mi cercanía a la autora de estas páginas y cierta vinculación familiar a la República Española y a los avatares vividos por sus protagonistas, inciden de una forma muy particular en la lectura que hago de ellas. También la circunstancia de que haya conocido personalmente a algunos de sus personajes —Tinita, Pepe, Berta, Lola y Elena, ya muy viejecitas, y a la propia Áurea Matilde—, cuestión que me coloca en una situación muy particular en cuanto a mi acercamiento a la narración. Confieso, pues, que no estoy prologando un libro, sino compartiendo con los lectores de estas páginas mis impresiones.

La historia en grande, esa que relata los acontecimientos que supuestamente aparecen como los más importantes, cuenta las batallas, refiere los muertos, enaltece los héroes y finalmente hace un balance del lugar que todo eso ocupa en el devenir de la naciones, los pueblos o la humanidad toda. ¿Pero qué pasa con las gentes, con los que cotidianamente vivieron los acontecimientos, con aquellos cuyas vidas, a partir de una decisión con la que poco tuvieron que ver, fueron tronchados, deshechos o desmarcados? De eso, y de mucho más, trata este libro, concebido como la historia de una familia.

La Guerra Civil selló el devenir de la sociedad española; los hechos que se vivieron en esos años dejaron su impronta en todos los ciudadanos de ese país y también en los que recibieron los influjos directos o colaterales de tal acontecimiento. Como suele ocurrir, las grandes conmociones sociales desatan sentimientos profundamente humanos, pero también suelen enmascarar pasiones atroces. En este y otros muchos casos particulares, ocurridos en ese contexto o en otros similares, un amor defraudado justificó su venganza tras un pretexto supuestamente político y produjo, a la larga, el desgarramiento de una familia que se había creado y sostenido con gran amor. El persecutor Manuel, abordado a saltos en este relato, y la presencia de Benigno, el tío frustrado en sus planes, ofrecen un trasfondo de continuidad vengativa, presente en el contexto laboral y político, y enmascarado tras cuestiones supuestamente ideológicas.

El relato de Áurea Matilde es rico en imágenes y también en reconstrucciones; está presente su memoria, pero también lo contado por sus padres y abuelos. Afloran los valores, esos que tienen su más profunda raíz en la familia; brotan el trato franco, la avenencia entre hermanos, la armonía de la familia, el papel desenvuelto por el padre, siempre cariñoso y firme, o por la madre, víctima de tantas circunstancias que siempre afrontó con valentía y decisión.

Paralelamente aparecen los entornos, el de Asturias siempre grato, aún en las peores circunstancias, los relatos de Villa-valer, de Cangas del Narcea y de la propia capital, los esfuerzos de José y Consuelo por desarrollar su profesión, los papeles hombre/mujer en los espacios públicos y en el privado, las costumbres de la aldea, las fiestas, los espectáculos, el trabajo de los maestros rurales, la escuela, los niños, las amistades y los adversarios. Y también la guerra, no la de grandes combates, sino la sufrida por la población civil y sus consecuencias, esas secuelas continuas que marcaron vidas y quedaron grabadas en su memoria: el hambre, los olores de las flores y de la miseria, también los sabores, el de la leche y el de la sangre, los sonidos y siempre las imágenes, de los vivos y de los muertos, de lugares cercanos y conocidos y de otros referidos, como la cárcel.

Está el viaje necesario a Cuba, la emigración inesperada, no deseada, imprevista y la adaptación a nuevas circunstancias: un medio diferente y una familia distinta, con otras costumbres y ambientes donde tuvieron que insertarse como sujetos subalternos. Nuevas escuelas, nuevos trabajos, barrios distintos y ese crecer esperando regresar, hasta que la propia madre define la inevitable y definitiva permanencia de lo que comenzó siendo un exilio momentáneo.

Para Áurea Matilde, como relatora de vidas tan cercanas, tiene que haber sido especialmente difícil abordar la presencia de su madre. Como mujer y desde otra perspectiva, que dejaba atrás la niña de la guerra, debió entender lo que había implicado para Consuelo la pérdida de su amado, reflejada en una página inconclusa que ella pudo leer cuando ya era adulta.

Estimo que de su madre recibió esa fortaleza que la caracteriza, la que le ha permitido crecerse en todas las circunstancias y también apreciar los esfuerzos públicos y privados que Consuelo Muñiz realizó en su corta pero ejemplar vida. Releer sus artículos a la vez que recordaba lejanía y acercamientos, enfermedades y acompañamientos, misiones y trabajos, aprendizajes y enseñanzas.

Más allá de este relato, las vidas de Tinita, Pepín, Áurea y Berta, estuvieron dirigidas, sin concierto explícito, no a saldar una deuda sino a sellar el proyecto inconcluso de sus padres. Todos fueron maestros, siempre apoyaron las causas populares y cantaron nuevamente, con la Revolución Cubana, las coplas que había popularizado la República Española.

Tal vez sin proponérselo, porque imagino la entrega sentimental que estas páginas han entrañado, Áurea Matilde Fernández ha escrito una excelente historia de vida, que pudo ser la de muchos otros, niños, jóvenes y viejos, enmarcados por los avatares y las consecuencias de una guerra civil, pero que indefectiblemente es la de su familia y de las pequeñas cosas que nos hacen más humanos y también más universales.

MARÍA DEL CARMEN BARCIA ZEQUEIRA
13 de julio del 2007

I

Maestros

La imagen de aquel «aparato» que emitía sonidos —música, palabras de hombres y mujeres desconocidos— constituye un gratísimo recuerdo en mi memoria. Había llegado a la escuela de Villavaler por mediación de mis padres, los maestros del pueblo, y era el primer radio, o la primera radio como decíamos entonces, que había en la comarca. La prueba fehaciente de lo que afirmo es la fotografía que se le hizo —un aparato RCA Víctor de gran tamaño, con la tapa superior en forma de óvalo—, situado en el centro de la imagen, como actor principal, y a su alrededor las alumnas de la escuela de niñas con su maestra, mi madre.

El hecho de oír canciones con una música desconocida para casi todos en el pueblo, pues la que conocíamos era la que cantaban los del lugar con instrumentos sencillos como tambores, flautas y panderetas, y sobre todo acompañados de gaitas, fue algo impresionante. Es cierto que existía un gramófono en uno de los cafés del pueblo, pero se utilizaba poco y la mayoría de los niños no íbamos al café.

Mi madre cantaba «como los ángeles», como decían los habitantes del pueblo. Yo no sé como quién cantaba, pero a mis hermanos y a mí nos parecía la mejor melodía del mundo. Cantaba romances de tradición oral y canciones típicas asturianas, como el *Romance del Conde Fernandito*, o la balada «*Si la nieve resbala, qué hará la rosa...*» o aquella de «*eran tres cabritines, ¡ay lerelele...!*», o «*A la mar fui por naranjas, cosa que la mar no tiene, pero vine mojadita de olas que van y vienen...*», y otras muchas. Recuerdo alguna canción de moda en sus labios, como la de «*Mi jaca, galopa y corta el viento cuando pasa por el puerto, caminiiiiito de*

Jeréz...», y esa misma la oímos en el nuevo aparato desconocido, cantada creo que por Conchita Piquer, una artista muy famosa en aquella época. Nos gustó mucho escuchar esa música familiar en voces no conocidas, pero niños al fin, la de nuestra madre nos gustaba mucho más y para nosotros era la mejor.

El radio se utilizaba en la escuela para dar información a los estudiantes, que trabajaban en un aula multigrados, pero también para que en domingos y días festivos —si hacía buen tiempo— se pudiese en el patio de la escuela y pudiesen venir a disfrutar de la música —y de las noticias— los pobladores del lugar que quisieran. Muchas veces, los jóvenes terminaban bailando en la explanada de la escuela que se utilizaba para el recreo; se bailaban jotas, «muñeiras», pasodobles y hasta valsos.

Por esos años estaban de moda en los países de habla hispana, y hasta en los Estados Unidos y Francia, y gustaban mucho, los tangos, muchos de ellos en la melodiosa voz del argentino Carlos Gardel. Entre otras, recuerdo canciones como *El día que me quieras*, que también aprendió a cantar mi madre.

Estas reuniones festivas se hacían siempre después de terminar la faena de atender cultivos o animales, pues estos no saben de domingos ni días festivos.

Poco tiempo después, llegó a la escuela otro aparato más sofisticado, que proyectaba imágenes en movimiento sobre una pared cubierta por una sábana blanca. Era un proyector pequeño, creo que con películas de 16 milímetros, en el cual se podían exhibir filmes de la época. Recuerdo que una de las primeras que se puso en pantalla fue *La quimera de oro*, de Charles Chaplin, y después *Tiempos modernos*, también de Chaplin, al que en España se conocía como Charlot. Eso de las películas sí que fue una emoción colectiva. Mi tío Caprasio, hermano de mi madre, que vivía con nosotros, era el encargado de la «impresionante máquina», mientras ella explicaba a los presentes las peripecias, pues eran películas mudas y algunos no sabían leer los letreros que aparecían de vez en cuando en la pantalla, ni había en el local un piano que acompañase las imágenes. Aquello era algo nunca visto. La primera proyección debe haber sido por el año 1934. El radio había llegado dos años antes.

El día de la función, mi madre y sus hermanos se divertían mucho y les satisfacía el ver cómo aquello les gustaba a los espectadores que eran la casi mayoría de la corta población de la comarca. Muchas veces, el «acontecimiento» terminaba con merienda que los propios asistentes y mis padres preparaban para el final.



Fotografía del radio en medio de alumnos de las dos escuelas de Villavaler (1933)

Pero la más importante actividad que se hacía, de tipo «extensión cultural», era la puesta en escena de obras de teatro, donde los actores eran los alumnos mayores de las dos escuelas, la de niñas y la de niños, y otros jóvenes del pueblo que se incorporaban al elenco artístico, al igual que mis tres tíos. Mi madre era la directora y la que casi siempre escogía las piezas teatrales a representar, aconsejada muchas veces por mi padre. Eran obras cortas, como algunos de los Entre-meses de Miguel de Cervantes y otras comedias de Lope de Vega, adaptadas al «elenco artístico» y al tiempo de exhibición. Entre las obras que se llevaron al improvisado teatro de Villavaler, se representó alguna de reciente creación, cuya autoría correspondía a quien luego sería el famoso dramaturgo Alejandro Casona, gran amigo de mis padres. También se escenificó uno de los textos recientes de Federico García Lorca.

Se ensayaba en las tardes y noches del verano, pues era cuando tardaba en oscurecer. En esas regiones en invierno hacía un frío tal que casi no se podía salir de las casas, solamente para el trabajo y la escuela, y el día era muy corto, además de que no había luz eléctrica en los caminos que constituían las pequeñas y tortuosas calles del poblado ni tampoco, por supuesto, en aquel por el cual había que subir a la escuela situada en la ladera de una de las tantas montañas de la zona. La función se hacía en el salón de clases.

Tanto los ensayos, como la puesta en escena, eran la mayor atracción para la juventud de aquellas agrestes comarcas, con pocas oportunidades de expansión cultural de ese tipo. Gracias a estas actividades teatrales, se leían textos hasta ese momento desconocidos para la mayoría.

Cuando después de más de cincuenta años tuve la oportunidad de encontrarme en el pueblo de Villavaler con algunos de aquellos «actores» improvisados, ellos recordaron con nostalgia y alegría los ensayos y el susto que siempre les daba cuando llegaba la hora de la puesta en escena. Les llevé una fotografía de un grupo de jóvenes disfrazados, con bigotes pintados y todo, y empezaron a reconocerse y a indicarme los nombres de cada cual. Habían sido fotografiados al finalizar una de las obras de teatro representadas. La que se armó allí fue una gran algarabía con la fotografía que les había llevado. Comenzaron a recordar cosas de esa época, los ensayos, los bailes, la diversión cuando se equivocaba alguno de ellos con el texto. ¡Cómo recuerdan a mis padres, a pesar del tiempo transcurrido! La cultura en general entraba a raudales con estas actividades; y todo ello era obra de aquellos maestros que amaban su profesión y su patria y esto ha hecho que el recuerdo haya perdurado, y que aún los que no los conocieron saben de su impronta por las historias orales que les han transmitido los mayores.

Para mí fue una emoción inmensa escuchar a aquellos hombres y mujeres de más de sesenta años hablando de mis padres, relatando anécdotas, algunas de las cuales yo desconocía totalmente. En aquellos años que recordaban, era yo muy pequeña aún, y aunque mi madre nos había contado muchas de las actividades de esos felices tiempos en la aldea, no todas las sabíamos.

Los días vividos por mis padres en Villavaler —así se llama el pueblo asturiano de donde eran los maestros—, fueron muy felices, así nos lo contaba nuestra madre. Ellos eran jóvenes, se querían, tenían cuatro hijos sanos y fuertes, tres habían nacido en el lugar; hicieron amigos entrañables, disfrutaban su profesión y, aunque lo que más le preocupaba a mi madre era la implicación cada vez mayor de mi padre en la lucha política —por el peligro real que corría—, vieron colmados sus anhelos con el triunfo de la República en abril de 1931. Ahora sí que podrían aplicar nuevos métodos de enseñanza, libres de la tutela y persecución de la Iglesia Católica.

¿Cómo habían llegado mis padres a ese lugar remoto de las montañas asturianas?

II

Los orígenes

Mi madre, Consuelo, nació el 25 de octubre de 1903, en un pueblo llamado Jove —en Jove del Medio específicamente— en las afueras de la ciudad de Gijón, provincia de Asturias. Hoy, con el crecimiento de Gijón, Jove ha quedado dentro de la ciudad y es un lugar que mantiene las

características de finales del siglo XIX y principios de siglo XX, una especie de barriada antigua enmarcada en una ciudad moderna. Cuando visité Jove quedé impresionada por sus calles y casas, que parecían las de una postal antigua, pero increíblemente conservada.

Mi abuela procedía de ese mismo lugar y formaba parte de una familia numerosa que vivía, en su mayoría, de la pesca en el Mar Cantábrico y del trabajo en los astilleros de Gijón. Mi abuela materna, María Dolores, conoció a mi abuelo en esa ciudad, cuando él llegó a trabajar en la ampliación del puerto, al lugar conocido por «El Musel». Ella tenía varios hermanos, Josefa, Elisa, Mercedes, Carmen, Manuel, Ángel, Enrique e Ignacio. Aunque no conozco la fecha exacta del nacimiento de mi abuela, debe haber sido hacia el año 1880, pues en las memorias escritas por el abuelo, muchos años después, dice haberla conocido en el año 1900 y tenía entonces veinte años; en esa época él tenía veintiuno.

Mi abuelo materno, Caprasio, había nacido el 9 de octubre de 1879, en el barrio de Acierva, parroquia de Las Agüeras, del Concejo de Quirós, situado en la zona montañosa del centro-sur de la provincia asturiana. Él y sus hermanos, nacidos todos en Quirós, fueron trasladándose a ciudades de mayor desarrollo, como Gijón y Oviedo.

Mi abuelo tenía varios hermanos menores que él, Benigno, Cándido, Ángela y Pedro. Con el nacimiento del menor había muerto la madre, llamada Constancia, por lo cual la vida de la familia se complicó enormemente. Mi bisabuelo, llamado Cándido, había formado parte del ejército regular, donde aprendió a leer y escribir, y en su desempeño militar conoció otros lugares fuera de su pueblo de nacimiento. Cándido era un pequeño labrador que casi no tenía ganado, apenas unas vacas y algún animal de tiro, así que la vida en la casa del abuelo era bastante humilde. Sin embargo, mi bisabuelo se ocupó de que sus hijos estudiaran, pues consideraba que eso era lo único que los pobres podían dejar como herencia a sus hijos.

El mayor, mi abuelo Caprasio, se quedó sin estudios profesionales en aquellos tiempos —años más tarde, viviendo en Cuba como emigrante, se graduó de ingeniero mecánico—, pues para ayudar a su padre en la educación de sus hermanos, y para abrirse paso en su vida, teniendo solamente catorce años, se trasladó a la ciudad de Oviedo primero y después a Gijón, donde aprendió el oficio de pailero, después de haber pasado por otros muchos empleos, como distribuidor de pan, arriero y otros.

Sus hermanos Benigno y Ángela estudiaron Magisterio en la ciudad de Oviedo. Cándido murió siendo niño y el hijo menor, Pedro, al cumplir los años necesarios, se preparó para emigrar a América, con su hermano mayor que ya era un emigrante. Pedro vivió en Cuba hasta su muerte. Ángela ejerció de maestra en un pueblo asturiano y Benigno llegó a ser el Director de la Escuela Normal de Oviedo, entre las décadas del 20 y el 40, del siglo XX.

El abuelo Caprasio había cursado la enseñanza primaria en el pueblo de Las Agüeras, y por eso poseía alguna cultura general cuando salió en busca de trabajo. También había estudiado, al igual que su hermano Benigno, Gramática Castellana y Gramática Latina con el cura del pueblo y presumía de hablar correctamente el castellano, lo cual apreciaron los que lo conocieron en sus primeras andanzas.

En Gijón, trabajó en varios lugares de los que se abrían en aquellos tiempos, y por su interés matriculó estudios nocturnos en el Instituto «Jovellanos». Este Instituto había sido fundado por Gaspar Melchor de Jovellanos a finales del siglo XVIII, con el objetivo de preparar obreros calificados. El entonces joven Caprasio fue contratado en las obras de ampliación de los muelles de Gijón, cuya inversión fundamental la realizaban unos asturianos que habían regresado a España enriquecidos en América.

Por entonces, finales del siglo XIX y primeros años del XX, el desarrollo económico de varias ciudades asturianas tenía relación directa con la llegada de capitales procedentes de los emigrantes que regresaban de América con una fortuna acu-mulada, a los cuales se les conocía como «indianos». Fueron años de gran efervescencia económica y social en España y especialmente en Asturias, gracias a las inversiones de los indianos y a otras de capital inglés y francés. Esta fue la época en la cual se realizó el arranque de la industrialización asturiana.

Los indianos no solo invertían en industrias, sino que financiaron escuelas en sus lugares de origen, las cuales sirvieron para enseñar a los niños y jóvenes de las comarcas, y prepararlos para que estuviesen en mejores condiciones a la hora de emigrar. También los indianos mejoraron las villas con la fabricación de lavaderos populares a los cuales llegase el agua

corriente; arreglaron carreteras para mejorar las comunicaciones; se hicieron fabricar casonas ostentosas que eran casi palacios, muchas veces a semejanza de las que habían dejado en Cuba, o en otras regiones de América, con plantas tropicales y adornos que les recordasen la isla caribeña. Todavía hoy se pueden ver estas lujosas mansiones en muchos pueblos de Asturias. Otras inversiones de variado tipo, como la banca, favorecieron gran-demente a las poblaciones asturianas.

Mis abuelos maternos se casaron a principios de siglo, en junio de 1902, y mi madre fue la primera de los hijos. Después nació un varón que murió muy pronto. Le siguieron Elena y Caprasio, nacidos en 1907 y 1909 respectivamente.

La vida de los obreros en la España de esa época era sumamente difícil, y tenían que soportar las arbitrariedades de los capataces, de los ingenieros y de muchos empleados protegidos de los dueños de las fábricas o talleres. Uno de esos capataces, del lugar donde trabajaba el abuelo, era temido y odiado por la mayoría de los trabajadores. En una ocasión, agredió brutalmente a un obrero y mi abuelo se le enfrentó para proteger a su compañero. Esa misma tarde, después de terminada la jornada laboral, mi abuelo lo esperó, él solo, en un callejón cercano. Allí se enredó a golpes con el capataz, dejándolo casi muerto.

El hombre no murió, pero esta acción suya le costó al abuelo quedarse sin trabajo, e imposibilitado de ser contratado en otro lugar, ya que los dueños se encargaron de inscribirlo en el «Libro Verde» —era un libro de la Patronal donde se anotaban los nombres de los obreros que no debían ser contrata-dos por ningún empresario— denunciándole como revoltoso y agresor. Ya tenía fama de ser un trabajador que no permitía injusticias, ni que le cuestionasen la calidad de su trabajo, pues estaba muy bien preparado, incluso en interpretar los planos en inglés y entenderse con los ingenieros británicos. Pero eso no era suficiente para encontrar un nuevo empleo. La única salida que le quedó fue la de emigrar.

Primero viajó solo a Cuba, en busca de trabajo y fortuna. Tenía que preparar las condiciones necesarias para mandar a buscar a la familia. Para entonces ya habían nacido las dos niñas mayores y mi abuela esperaba el tercer hijo. Después de nacido el hijo varón —hay una fotografía de mi abuela con sus tres hijos, en la que el niño no tiene calzones para que mi abuelo comprobase que efectivamente era un varón— su mujer y sus tres hijos salieron de España hacia Cuba: era el año 1910.

Al llegar la familia a la Isla fueron a vivir a un pueblo llamado Bolondrón, en la provincia de Matanzas. El abuelo trabajaba en la pailería de un central azucarero, industria que por entonces se estaba desarrollando mucho, y en esa zona matancera estaban asentados muchos emigrantes asturianos, entre ellos algunos conocidos suyos que le ayudaron a conseguir trabajo.

La vida de mi abuela en Cuba resultó muy difícil. La economía era precaria, y los continuos embarazos, partos y crianza de los nuevos hijos, la iban desgastando. En Cuba nacieron tres hijos más, una niña, Lola, y dos niños.



La abuela María Dolores, con sus hijos Consuelo, Elena y Caprasio (1909)



Consuelo y sus hermanos Elena, Caprasio y Lola (1921)

El trabajo de atención a la casa y a los hijos, sin ayuda familiar como había pasado en Gijón, los disgustos por los hijos enfermos de disentería —a causa de esa enfermedad murió uno de ellos—, y el clima tropical, acabaron con su salud. Contaba mi madre que había que ir a lavar la ropa al arroyo, como en España, pero bajo un clima ardiente al cual no estaban acostumbradas. En una ocasión mi abuela se expuso un prolongado tiempo al sol mientras lavaba en el arroyo, por lo que sufrió una insolación que la enfermó gravemente. Empezó a tener mareos y desmayos a tal punto que los médicos dijeron no saber qué hacer para salvarla, así que mi abuelo decidió regresar a España con toda la familia para que su suegra y cuñadas le ayudasen con la mujer enferma. Efectivamente, la abuela llegaba a su pueblo tan grave que murió al poco tiempo de su regreso dejando cinco hijos, la mayor, Consuelo, de catorce años. El hermano menor, de cinco meses, murió en brazos de mi madre al poco tiempo. La hermana pequeña, Lolina, de apenas dos años, quedaba a cargo de sus hermanas.

Mi abuelo decidió regresar a Cuba, nuevamente como emigrante, ya que no encontraba trabajo en España —la crisis económica y social del año 1917 estaba dejando muchos desempleados en casi todo el país. Dejó a sus hijos al cuidado de sus hermanos, Ángela y Benigno, y volvió a ganarse la vida y enviar dinero para su manutención y educación. Rigurosamente, el padre emigrante les enviaba los dineros suficientes para vivir modestamente, y también para estudiar, que era el objetivo fundamental de mi abuelo para con sus hijos, al igual que su padre lo había hecho con los suyos.

Mi madre entró en la Escuela Normal y después lo hicieron Elena y Caprasio. Allí fue donde conoció a mi padre, siete años mayor que ella, que estudiaba para maestro mientras traba-jaba de carpintero en el Hospicio de Oviedo.

Los años juveniles de mi madre fueron tristes, por la falta de su mamá y por la gran responsabilidad que tuvo que asumir como hermana mayor. La vida en la casa de la tía Ángela no era fácil para los hermanos, huérfanos de madre y con el padre tan lejano, sobre todo para Consuelo y Elena que eran las mayores.

La tía Ángela era una mujer muy amargada, entre otras causas, por haber sufrido la enfermedad de las viruelas y cuyas secuelas se reflejaban en su cara, con unas marcas muy feas. Además, se veía con la responsabilidad de atender unos niños que no eran suyos, por muy sobrinos que fuesen.

Las cartas del abuelo llegadas desde Cuba eran una de las mayores alegrías de los hermanos, y les llenaba de aliento. Siempre mantuvieron correspondencia con él, contándoles de su vida, de los estudios y de la familia.

No obstante las adversidades familiares, mi madre, como joven al fin, soñaba y pensaba con optimismo en el futuro. Estudiaba mucho y leía cuanto libro caía en sus manos, la mayoría de la biblioteca del tío Benigno, y se ocupaba del estudio de sus hermanos, además de colaborar, igual que Elena, en los quehaceres de la casa de la tía Ángela.

Al correr los años, el abuelo Caprasio volvió a casarse en Cuba, de cuyo matrimonio nacieron cinco hijos, tres de los cuales murieron siendo niños. Después del nuevo matrimonio el abuelo siguió en contacto con los hijos dejados en España. Para esas fechas ya había podido establecerse por su cuenta en un taller de pailería en la Ciudad de La Habana.

Mi padre, José, había nacido el 29 del mes de junio de 1896, en un perdido pueblo de una de las tantas zonas montañosas, llamado Besullo, perteneciente al Concejo de Cangas del Narcea, situado al suroeste de la provincia de Asturias.

Mi abuelo paterno, Benigno, era un carpintero del pueblo. Se había casado con una viuda llamada Secundina, que ya tenía un hijo, al que quiso como suyo. Después nació mi padre, cuando el hermano tenía siete años.

El pueblo de Besullo y sus alrededores era una zona dedica-da a la tala de árboles y a la caza, mayor y menor, con una agricultura de subsistencia. A pesar de su aislamiento, había una cierta vida económica, y estaba bastante poblada en comparación con otras regiones de Asturias. Tal vez se debía a su cercanía a la provincia de León. En el pueblo había dos escuelas, la de niños y la de niñas, pues estudiaban separa-dos como era costumbre en la época. Mi padre y tío paterno aprendieron en ella las primeras nociones de lectura, escritura y aritmética.

Casi en el centro del pueblo, además de la Iglesia, existía una construcción mayor que las demás, a la cual las gentes del pueblo llamaban «La Casona». El dueño era el maestro del lugar, Don Gabino, y su esposa Faustina también era maestra. En su casa, ellos llegaron a tener una biblioteca de considerable valor. Dos de los hijos de estos maestros fueron grandes amigos de mi padre; asistían juntos a la escuela, al igual que otros chicos del pueblo, y muchas veces terminaban todos en la biblioteca de Don Gabino leyendo libros de muy diferente contenido. Así se iban instruyendo y formando en el interés por muchas cosas del saber, mientras intercambiaban sus inquietudes juveniles. La amistad de mi padre con los hijos de los maestros fue muy grande y creo que se influyeron mutuamente en muchos sentidos de la vida.

Es algo curioso que a pesar de ser Besullo un pueblo perdido en los montes, con dificultad para su acceso —pues no fue hasta los años sesentas que se pudo llegar por carretera en automóvil—, hubiesen nacido allí varios hombres que luego desempeñaron una función importante en la enseñanza y la cultura de España. El ejemplo más representativo fue el dramaturgo Alejandro Casona, el segundo de los hijos de los maestros de mi padre, cuyo verdadero nombre era Alejandro Rodríguez. Utilizó el nombre de Casona para firmar sus obras literarias porque, como ya dije, en el pueblo les decían «los de la Casona». Alejandro fue un gran amigo de mi padre y creo que ambos se influyeron en la decisión de estudiar, ayudados por los padres del primero. Los dos aprendieron el oficio de carpintería, y luego estudiaron Magisterio y después Derecho. Muchos años después, en una carta de Alejandro Casona a mi

hermana Berta, fechada en febrero de 1950 y escrita en Argentina donde el dramaturgo residía como exiliado, le decía: «Fui, efectivamente, un gran amigo de su padre; estudiamos juntos, soñamos mucho juntos; nos unían la tierra, la infancia y una fraternal comunión de ideas. Su muerte lo ha hecho sagrado para mí».

La abuela Secundina enfermó y murió cuando mi padre tenía diez años. Su hermano Manuel, con 17, decidió probar fortuna en América, como otros tantos jóvenes que por entonces buscaban su medio de vida al otro lado del Atlántico. Mi tío paterno formó una familia en tierras argentinas, se casó y tuvo cuatro hijos. Mi padre y abuelo, primero, y después también mi madre, mantenían una correspondencia continuada. Como la mayoría de los emigrantes, el tío no regresó nunca a su tierra natal, y los hermanos, aunque siempre se mantuvieron en contacto, no se volvieron a ver nunca más.

En la medida que Pepe, que así llamaban a mi padre, iba creciendo, aprendió el oficio de carpintero con el abuelo, al que ayudaba en sus quehaceres sin dejar de asistir a «La Casona» para disfrutar de la lectura en compañía de sus amigos. Con ese oficio y la ayuda de su papá salió para Oviedo, la capital de la provincia asturiana, para estudiar mientras trabajaba. Allí consiguió empleo también de carpintero en el Hospicio, o sea, en el lugar donde se cuidaban a los niños huérfanos. El señor Macario, Director del lugar, le tomó afecto al ver su sentido de la responsabilidad y su esfuerzo permanente en el estudio. Allí tenía alojamiento.

Su interés por estudiar Magisterio fue de conocimiento de una dama benefactora del Hospicio, la señora Matilde. A través del Señor Macario se acercó al joven Pepe y comenzó a facilitarle los libros que necesitaba para que hiciese el examen de ingreso a la Escuela Normal. Luego de aprobar, mi padre comenzó a estudiar mientras seguía cumpliendo sus labores en la carpintería. La amistad de esa señora fue un aliento formidable para el joven carpintero; ella era una rica propietaria del lugar y su padre era el dueño del banco más importante de la ciudad. Estaba casada con un buen hombre que consentía a su mujer para que hiciese obras benéficas. La amistad de mis padres hacia ese matrimonio fue tal que, muchos años después, cuando yo nací, decidieron que ellos serían mis padrinos y me pusieron el nombre de Matilde por la señora benefactora.

Pepe tuvo que estudiar muy duro, mientras seguía realizando su trabajo en el Hospicio. Su padre le ayudaba algo desde su poco lucrativo oficio de carpintero de pueblo. Para poder obtener matrícula gratuita tenía que obtener calificaciones muy altas, y por eso se dedicó al cultivo del conocimiento con gran entusiasmo, además que para él siempre fue un placer estudiar.

Cada verano mi padre iba a pasar unos días en aquellos parajes montañosos del pueblo de Besullo, en los cuales también iban de vacaciones los amigos de la infancia que estaban estudiando en otros lugares, además de reunirse con aquellos que se habían quedado en el pueblo. Esa costumbre no la abandonaron nunca, aún después de casados y con hijos. Se reunían algunos días del verano a disfrutar de la caza, de la compañía mutua y de los recuerdos de sus años infantiles y juveniles, más difíciles para unos que para otros, pero años de juventud al fin y al cabo. Nunca dejaron de estar en contacto, hasta que la guerra los separó para siempre.

Aunque los estudios en la Escuela Normal fueron duros, a mi padre no le importaba pues lo que más le gustaba era aprender. Siempre nos decía que lo que se aprendía bien, nadie se lo podría quitar nunca. Un hombre podía perder todo a manos de sus enemigos, menos lo que tenía archivado en su cerebro.

Fueron años duros porque, además de trabajar, tenía que competir, y esto provocaba envidias en algunos compañeros de curso. Casi todos los años obtuvo el primer lugar en el escalafón de estudiantes, muy a pesar del Director de la Escuela Normal, tío de mi madre, que prefería que ese puesto lo obtuviese un estudiante protegido suyo. Ese estudiante era muy amigo del Director, y por esa causa mi padre no le caía bien a don Benigno. Y también, porque sabía que tenía ideas avanzadas, de pedagogía y de justicia social.

Desde mediados del siglo XIX, pero especialmente hacia los años finales, se habían venido desarrollando entre algunos profesores universitarios e intelectuales de algunas regiones de España, entre ellas Oviedo, las ideas filosóficas del krausismo que habían sido impulsadas por la Institución Libre de Enseñanza. Esta Institución había sido creada en 1876 por un grupo de profesores universitarios desplazados de sus cátedras por el gobierno de la Restauración. Las

ideas del krausismo planteaban, entre otros aspectos, que la educación era la piedra angular de la regeneración nacional, en tanto que la falta de conocimientos era la principal causa de la decadencia de España. Con una amplia educación se contaría con el instrumento fundamental para conformar una opinión pública sana y progresista. Por otra parte los krausistas declaraban su neutralidad en cuestiones religiosas, además de infundir ideas de patriotismo y preocupación por las cuestiones sociales. La mayoría de los krausistas eran considerados hombres de izquierdas, aun cuando no militasen en partidos políticos.

En la Universidad de Oviedo se desarrollaba un amplio movimiento cultural, conocido como el «Movimiento de Oviedo», en el cual estaban integrados muchos intelectuales de renombre nacional, como Leopoldo Alas (Clarín), Adolfo Posada, Melquíades Álvarez, Adolfo Álvarez Buylla y el historiador alicantino Rafael Altamira, entre otros renovadores dentro de la universidad ovetense. Este grupo desempeñó un papel fundamental en los avances pedagógicos de la Universidad asturiana, a pesar del espíritu conservador y clerical que siempre primó en la sociedad de Asturias, como en casi todo el resto de España. La novela *La Regenta*, escrita por Clarín, describe los atrasos y dependencias de la Iglesia Católica que existían en los finales del siglo XIX, y por ello su autor fue duramente atacado por el clero. En 1898 la Universidad de Oviedo, al igual que unas pocas en España, comenzó un trabajo de Extensión Universitaria.

En ese ambiente cultural impulsado por la Universidad de Oviedo, se conocieron mis padres. Aunque eran estudiantes de años diferentes de la Escuela Normal, se enamoraron y decidieron que se casarían cuando mi padre terminase los estudios. Como era costumbre en la época, Consuelo pidió permiso a los tíos para esa relación. La noticia causó un gran malestar en casa de la tía Ángela; el tío Benigno puso el grito en el cielo. «¡De ninguna manera consentiría el noviazgo de su sobrina con un don nadie, cuando ella tenía perspectivas de realizar un matrimonio en mejores condiciones!» Intentó presionarla para que desistiese de las relaciones con Pepe y para que aceptase las de su pupilo Manuel Álvarez. Los tíos esperaban que Consuelo se casase con alguien de posición económica buena y no con un simple hijo de carpintero. Además, el tío Benigno no miraba con buenos ojos a mi padre, como ya dije. El candidato de los tíos era su protegido.

Mi madre no cedió ante ellos, y Consuelo y Pepe decidieron escribir al padre que estaba en Cuba, explicándole su situación y sus deseos. No fue fácil para el padre lejano comprender a su hija, a la que había dejado de ver desde hacía más de cinco años, cuando aún era una niña. Les pidió que retrasasen la boda hasta que ella finalizase sus estudios, y así lo hicieron. Por otra parte, mi padre no podía ofrecerle nada hasta que él no terminase la escuela también y obtuviese plaza de maestro.

Cuando mi madre se graduó, ya mi padre tenía trabajo de maestro en el propio Hospicio de Oviedo mientras esperaba la convocatoria a oposiciones para obtener plaza fija. Se casaron a principios del año 1925, con el consentimiento del padre emigrado, pero sin el consentimiento de los tíos, cosa que no perdonaron nunca, sobre todo el tío Benigno. El re-chazo de mi madre al cortejo de Manuel fue algo que este no olvidó nunca. A ello se unieron las diferencias en la forma de pensar y ver la vida en la sociedad de su tiempo: mientras mi padre abogaba por una sociedad más justa para todos, el otro se adaptaba perfectamente a las injusticias tradicionales de las cuales sacaba buen provecho. Por estas razones, este individuo se dedicó a perseguir a mis padres implacablemente.

Contaba mi madre que ella estuvo con mi papá doce años solamente, los más felices de su existencia. Cuando se vive así, decía, vale la pena vivir para poder recordar. Primero estuvieron en la ciudad de Oviedo y allí mi padre se presentó a oposiciones para lograr una plaza fija de maestro.

El 14 de enero de 1926 nació en el propio Oviedo la primera hija, María Dolores Secundina, Tinita le decíamos los hermanos. Poco después, mi padre ganó la plaza de maestro en las oposiciones, ocupando un puesto destacado en el escalafón, pero por la influencia negativa del tío Benigno no le fue permitido optar por una plaza más cercana a la ciudad y tuvo que aceptar la del montañoso pueblecito de Villavaler, perteneciente al Concejo de Pravia.



José y Consuelo, el día de su boda en diciembre (1924)

Al poco tiempo del matrimonio de mi madre, el abuelo Ca-prasio quiso que sus tres hijos solteros viajasen a Cuba a vivir con él. Mi madre comprendió que era lo mejor en aquellos momentos, pues ella aún no tenía recursos suficientes para que fuesen a vivir con ella y prefería que sus hermanos no se quedasen en casa de la tía Ángela, después de la posición que tomaron los tíos con su matrimonio. Además, pensaba que con el padre en Cuba podrían vivir mejor, pues ellos lo querían mucho. Lo que no pensó nunca fue en el «Vía crucis» de los hermanos con la madrastra cubana. En la medida que mi madre se fue enterando de la vida de ellos en Cuba, sufrió en la distancia, hasta que logró que regresaran a vivir con ellos en España. Para entonces ya estaban nacidos los cuatro hijos de la pareja. Los hermanos regresaron de Cuba en el año 1932.

III

Villavaler

El pueblo de Villavaler fue una bendición para mis padres; así nos lo contaba nuestra madre años después, al decir que lo mejor que pudo pasarles fue haber sido designados como maestros en ese precioso lugar. Allí estaban lo suficientemente alejados de los tíos, que tanto la habían hecho sufrir a causa del amor que ella sentía por Pepe y por eso no tenían que encontrarse a diario en el mismo lugar de trabajo que ellos.

Además, lo más importante, la gente del lugar los recibieron con tanta amabilidad, que desde el primer momento se sintieron muy bien entre ellos. Vivir en el pueblo les propició la felicidad que disfrutaron por espacio de casi nueve años.

No obstante, por dedicarse ambos al Magisterio y ser el tío Benigno un hombre de gran influencia en la profesión, debido al cargo de Director de la Escuela Normal de Oviedo, nunca se vieron totalmente libres de su persecución o sus agravios. Cuando se encontraban en alguna actividad del sector, como las Jornadas Pedagógicas, o tenían que hacer alguna gestión en la Escuela Normal, el tío Benigno incluso les negaba el saludo, desconociendo la relación filial con su sobrina. Más bien, los boicoteó cuanto pudo, en la misma medida en que seguía favoreciendo a su protegido.

A su llegada a Villavaler mis padres vivieron en el centro del pueblo, en un lugar llamado «El Palación». Allí nació mi hermano José Luis, el día 21 de febrero de 1927, al que le decíamos Pepín.

Luego pasaron a vivir en una casa de una finca llamada «El Codellano», lugar donde yo nací el 11 de marzo de 1929. El Codellano era una de las tantas propiedades agrícolas del lugar, en la que había tres casas, una de las cuales la prestaron los dueños a mis padres para que viviesen en ella, mientras se terminaba de construir la Casa-Escuela de niñas, en la que, en la planta alta, iba a estar la vivienda de los maestros.

En El Codellano había muchos prados siempre verdes, por la humedad de la región, y muchos árboles frutales (cerezos, higueras, membrillos, manzanos, perales y «piescos» —así se llaman los melocotones pequeños—) en las tierras que rodeaban las tres casas.

De El Codellano tiene mi hermana Tinita algunos recuerdos, entre ellos el día de mi nacimiento, ella tenía entonces tres años y mi hermano Pepín dos. Contaba Tinita que mi padre la despertó para que conociese a su nueva hermanita y al entrar en la habitación donde mamá estaba acostada y sonriente, lo único que ella vio fue una cuna de mimbre con un bulto de ropas blancas, por lo que mi padre lo destapó para que viese una carita redonda y colorada.

Para ayudar a mi madre con los hijos y las labores, vino a vivir con nosotros una chica llamada Rosario, con la cual nos encariñamos pronto los niños. Para llegar a El Codellano había que bajar una pendiente desde la Escuela, que estaba en la ladera del monte. Es un lugar precioso, por la vista de los campos de variados matices verdes, con las casas de techos rojos, las paredes blancas y las chimeneas echando humo. Así lo recordaba, y lo volví a ver cuando, por primera vez después de cuarenta y seis años, pude regresar a Villavaler.

El pueblo estaba habitado por pequeños labradores que se dedicaban al cuidado de los árboles frutales y venta de las frutas o procesamiento de la manzana para hacer sidra —bebida tradicional asturiana, la cual acumulaban en los *lagares*. A las abundantes plantaciones de manzanos, los asturianos las llaman *pomaradas*. También se dedicaban a la ganadería —ovina, porcina y vacuna—, y a la cosecha de legumbres (berzas, coliflores, alcachofas, pimientos, tomates, patatas), y granos, como alubias, llamadas *fabes*, y garbanzos; y cereales como la cebada y el trigo, además del maíz. Con estos últimos se elaboraba el pan, además de un pan de maíz, al que llaman «boroña». También había talas de árboles madereros, pero en menor escala. En Asturias los árboles son corpulentos y elevados, especialmente alta la haya, además del abedul, el cerezo silvestre, el nogal negro y otros.

Como casi todos los pueblos asturianos, la «casa» estaba compuesta por las tierras labrantías —aunque no estuviesen todas juntas—, los aperos de labranza y los animales. Todo ello estaba respaldado por el nombre de la familia o del propietario. Al lado de cada casa, o conjunto de casas, había un «hórreo», que consistía en una construcción en forma cuadrada, o una «panera» de forma rectangular, formada por un piso con techo a cuatro aguas y como un corredor que lo circunda; esa especie de habitación descansa en cuatro columnas de piedra, alejada del suelo para proteger los productos que se guardan en el hórreo de la humedad y de los animales. No hay pueblo asturiano o gallego que no tenga un hórreo o una panera cercanos a las casas. Es algo así como un lugar refrigerado por el clima natural de la región, donde se conservan los alimentos —embutidos, mermeladas, mazorcas de maíz (que allí llaman panoyas), cebollas, ajos y otros muchos productos— y poderlos usar en los fríos meses de invierno.

Como todos los pueblos, Villavaler tenía una iglesia, en el centro de una pequeña rotonda, pero como la región era de pequeños propietarios agrícolas y ganaderos, casi todas las casas estaban ubicadas en sus posesiones y solo algunas cerca de la iglesia, formando calles de piedras y lodo, girando al-rededor de los diferentes cambios de nivel, y casi nunca en línea recta.

En las regiones montañosas de Asturias se habla en lengua *bable*, con grandes diferencias entre unas zonas y otras de la misma provincia. En nuestra casa, como mis padres eran los maestros, hablaban correctamente el castellano, con alguna que otra terminación muy utilizada en la región, como «in» en muchas palabras, como Nenín, Pekín, entre otras. También, usábamos el pronombre unido al final de una palabra, como por ejemplo «perdióse» en lugar de «se perdió». En Villavaler se hablaba el bable de diferente forma que en Besullo, el pueblo de

mi abuelo paterno, y a mi hermana Tinita le gustaba aprender muchos vocablos del bable de Besullo, y utilizarlos para confundir a los hermanos menores, que no la entendíamos.

La plaza de maestro de mi padre era para la escuela de varones y estaba vacante la plaza de la escuela de niñas. Mi madre optó por ella, para lo cual realizó exámenes en las oposiciones convocadas, poco después del nacimiento de mi hermano José Luis. Cuando le otorgaron la plaza, ya yo estaba en camino, por lo cual se buscó una sustituta del pueblo que ella preparaba. Era una bella joven que aprendía muy bien (había terminado el Magisterio pero aún no tenía plaza fija): se llamaba Leonides. Esa encantadora señora aún vivía cuando pude llegar a Villavaler en 1982, y recordaba a mi madre con gran afecto y cariño. Cuando en 1935 mi madre fue trasladada a otra plaza, ella se quedó como maestra en propiedad en Villavaler, y hoy vive en una casa de las zonas más altas del pueblo, en compañía de su hijo. ¡Cuántos recuerdos le hizo vivir mi visita! ¡Y cuántas cosas me contó de los años en que mis padres eran los maestros de Villavaler! Leonides se había casado con un compañero de mi padre, maestro también, Pepe «el de Omedas». En su casa conserva fotografías de mis padres y me las mostró con inmenso cariño.

Yo nací en plena primavera. Mi madre era ya maestra propietaria y los vecinos decidieron regalarle muchas cosas de las que se acostumbraban: mantequilla casera, huevos, gallinas, pollos, jamón, chorizos, etc. Fueron tantos los pollos que le regalaron, que a partir de allí mi madre comenzó a criar en un gallinero que se construyó al lado del edificio de la nueva escuela, que se estrenaría en pocos meses.

La casa en la que nací, en El Codellano, era muy bonita y espaciosa, y estaba a la orilla de un monte. Un día, mi hermano Pepín se cayó por la ventana que daba a este pasto. El caso fue que mi madre estaba atendiéndome a mí, que era muy pequeña, y dejó a los otros dos hijos al cuidado de la chica que la ayudaba. Como estaba limpiando la habitación los subió en el poyo de la ventana, que al parecer no estaba bien cerrada. Pepín se re-costó a ella y cayó al prado. Podrán imaginarse el susto de mi madre cuando oyó gritar a Tinita: «¡Mamá, mamá, Pepín cayóse!». Corrió hacia afuera pensando encontrar al niño herido, pero la hierba había amortiguado el golpe y estaba tan tranquilo en el prado. Este es uno de los cuentos familiares que nos divertían cuando nos lo contaba mi madre o mi hermana Tinita, que según ella aún se acordaba.

A la nueva casa nos mudamos en el verano de 1929, cuando yo tenía solo cuatro meses; mi madre comenzó su trabajo de maestra en septiembre de ese mismo año. En la casa-escuela de Villavaler nació mi hermana Berta, el 18 de febrero de 1931, la más pequeña del conjunto familiar, cuando yo tenía dos años, así que se convirtió en mi compañerita inseparable de juegos, estudios y vida.

El nuevo edificio de la casa-escuela era de dos plantas. En la planta baja estaba la Escuela, con un pequeño huerto y una plazoleta para el recreo. La planta alta era para la vivienda de la maestra. Estaba situada en una ladera del monte, pues como ya he dicho, esa es una zona montañosa con elevaciones de diferente altura, situada bastante cercana al Mar Cantábrico. En los días claros del verano, cuando se subía a una de las partes altas de alguna de las montañas, podía verse la silueta del mar a lo lejos.

La casa a la cual nos mudamos era amplia. Se entraba por una escalera lateral que desembocaba a un pasillo central que comunicaba las habitaciones. A la derecha estaba la cocina. El local dedicado a las cocinas en los pueblos fríos, por lo menos en los del norte de España, solía ser muy amplio, pues era el lugar más acogedor de la casa y el más utilizado. En ella se hacía casi toda la vida social familiar. Se cocinaba con carbón o leña, que se ponía en un cajón (gaveta) el cual se introducía debajo de una gran plancha de hierro. La plancha tenía dos hornillas abiertas, y el resto también servía para cocinar cosas a fuego lento o para conservar el calor de las comidas terminadas. Además, el fogón irradiaba un calor delicioso a toda la habitación y al resto de la casa, muy necesario en los fríos meses de invierno. Por eso, las visitas se recibían, casi siempre, en la cocina, excepto cuando algún amigo de mi padre venía a tratar asuntos de trabajo; entonces se iban al despacho. La cocina tenía una mesa larga y varias sillas, además de algunos bancos de madera. El local era una especie de cocina-comedor. De lo alto de la campana del fogón, por donde salía el humo de la leña, colgaban los embutidos, casi siempre

hechos en casa, en la nuestra o en la de algún campesino. Jamón, chorizos, morcillas, lacón, tocino. El olor de estos productos le daba un ambiente peculiar y agradable a la cocina. También había, casi siempre, manzanas y quesos sobre la mesa. La cocina tenía una ventana que daba al patio de la escuela y por ella se podían ver las casas que, situadas de tanto en tanto, formaban el pueblo de Villavaler.

A lo largo del corredor había puertas que conducían a varias habitaciones. La más importante era el despacho de trabajo de mis padres. Allí teníamos los hijos una mesa chica para hacer nuestras tareas y para leer, que era un hábito que estaban creando nuestros padres en nosotros, y que perduró por el resto de nuestras vidas. Una lectura amena y obligada eran los poemas y versos, de diferente nivel de comprensión para adecuarlo a la edad de cada hijo, los cuales aprendíamos de memoria para recitar en la escuela. Uno de los pocos libros que conservamos de aquellos años es una antología de versos para niños y jóvenes, escritos por los más destacados intelectuales de aquella época, los hermanos Machado, Antonio y Manuel, Juan Ramón Jiménez, Ramón Pérez de Ayala, Gabriela Mistral, Amado Nervo, Alfonso Camín, Carlos María de Vallejo, Federico García Lorca, Miguel Hernández, Rafael Alberti y otros.

Las habitaciones del fondo daban a una pendiente que venía a morir en la casa, toda llena de flores y pasto verde, que parecía una gran alfombra. Algunas veces el pasto se llenaba de flores blancas muy pequeñas, llamadas margaritas, y daba la impresión de que tenía motas de algodón.

Desde la ventana del fondo se podía ver el bosque, donde los campesinos cazaban zorros y lobos. Una vez vimos una cacería, más bien era mi madre la que la veía y nos decía: «Mirad, por ahí va el zorro, por allá, dio la vuelta...», pero yo no recuerdo haberlo visto, solo oíamos los ladridos de los perros.

Al fondo de la ladera donde estaban los árboles, pasaba un riachuelo cuyo rumor se podía escuchar desde la casa. Era un bellissimo lugar.



Consuelo con sus hijas Tinita y Áurea Matilde (1932)



Consuelo y José, con sus cuatro hijos, en un campo cercano a la casa (1933)

La casa-escuela tenía cuatro dormitorios, uno era el de mis padres, otro para las tres hijas, uno para el abuelo y mi hermano y el último para la otra chica que vino a vivir con nosotros para ayudar a mi madre en los quehaceres de la casa, después de que Rosario se casó. Se llamaba Angelina y también llegó a formar parte de la familia. Viajaba con nosotros de excursión, o a pasar las vacaciones en el pueblo de Besullo, hasta que nos fuimos de Villavaler. Luego vino una chica que se llamaba Aurora, que siguió con nosotros hasta que tuvimos que partir de España para Cuba.

En un extremo de la plazoleta que había frente a la casa, se construyó el gallinero que atendían mi madre y Angelina, con ayuda del abuelo Benigno y que era de gran utilidad para la familia, pues se recogían huevos y se utilizaban algunas gallinas para hacer caldo. El gallinero gustaba a todos, incluyendo a los niños que también ayudábamos en alguna que otra labor. En los días de verano, la plazoleta de la escuela servía para jugar al aire libre, y era la zona utilizada en el recreo escolar.

Por uno de los costados de la casa había una ladera de un montecito que conducía a la escuela de varones. Era más pequeña que la de las niñas porque no tenía planta alta, y porque era más antigua. Pero estaba muy ventilada y limpia. Entre ambas crecían árboles típicos del lugar, como robles, castaños, abetos, pinos y otros. Muchas veces solíamos pasear con nuestros padres y recoger bellotas o castañas. Para andar por esos parajes, nos poníamos unas «madreñas» encima de las zapatillas de la casa. Las madreñas son una especie de calzado de madera que protege los pies de la humedad y del lodo. De ese lugar tenemos una fotografía donde estamos los seis, sentados sobre la hierba, con los árboles en el fondo y hasta las madreñas.

La escuela de las niñas donde mi madre era la maestra tenía un gran salón de trabajo en el cual se atendía el aula múltiple, o sea, todos los niveles de la enseñanza primaria unidos. Para trabajar con este tipo de clase, los maestros tenían que utilizar todo su ingenio y darle a las niñas tareas de tipo individual. Algunas veces, las alumnas mayores cuidaban de la lectura o el dibujo de las pequeñas, mientras la maestra explicaba algo a otro grupo. Desde muy pequeña, apenas tres años, mi madre me llevaba al salón de clases pues así ayudaba a mi cuidado, mientras dejaba a la pequeña hija en la vivienda a cargo del abuelo y de Angelina. Así fue que aprendí a leer a los cuatro años.

Mis padres se ocupaban de estudiar nuevos métodos pedagógicos, en libros españoles y de otros países, sobre todo franceses y alemanes. En algunos lugares de España se estaba poniendo a prueba un sistema de educación alemán, que se llamaba la «Escuela Nueva», en la cual,

además de formas de enseñanza que utilizaba el experimento y la práctica, se vinculaba a los estudiantes con la naturaleza y con la producción.

En algunas tardes, mi madre llevaba a las niñas a la huerta que estaba al fondo de la escuela y las enseñaba a cuidar algunos vegetales, pero sobre todo las ponía a atender un sembrado de fresas. Cuando llegaba la época de recogida, las mayores las preparaban de merienda para todas las demás. Era muy divertido y educativo. Algunos padres, incluso en plena época republicana, se dejaban influenciar por lo que el cura del pueblo les decía, y acusaban a los maestros de esta práctica, considerando que las niñas y los niños perdían el tiempo en esas tareas, el cual debían utilizar para aprender las letras y los números.

No obstante, la mayoría de los habitantes de Villavaler participaron en las actividades recreativas que mis padres organizaban en la escuela. Basta recordar los ejemplos ya descritos: el primer radio que se oyó en ese pueblo fue el que mi padre adquirió para la Escuela; la proyección de películas fue todo un acontecimiento. Algunos domingos, con el proyector que mi padre logró que donase la Dirección de Enseñanza de la Provincia —para entonces él era Inspector de Enseñanza—, se reunían en el salón de clase muchos pobladores del lugar. Pero, sobre todo, el teatro representado por los alumnos y jóvenes del lugar.

En el salón de la escuela había una estufa grande que servía para calentar el aula y para amortiguar el frío de la planta superior. El humo de la estufa llegaba por unas tuberías a la parte alta. No obstante, el frío de la casa era muy intenso.

En el invierno, antes de acostarnos, mi madre acostumbraba pasar la plancha de hierro caliente por las sábanas, para que nos pudiésemos meter en ellas, pues estaban heladas.

En Villavaler no nevaba mucho, a pesar del frío, pues como la región estaba bastante cercana al mar, este impedía la permanencia de la nieve; no obstante, nevaba una o dos veces al año. Cuando dejaba de nevar, mis padres y tíos, con Tinita y Pepín, salían a jugar con pelotas que hacían, mientras Berta y yo mirábamos detrás del cristal de la cocina. Un día, me empeñé en salir también pues ya me consideraba grande, creo que tendría cuatro años, así que mi padre accedió y comencé a coger la nieve. Pero por poco tiempo, pues comencé a sentir tanto frío que yo misma pedí regresar a la casa, donde mi madre tuvo que curarme los «sabañones» de los pies, una especie de hinchazón y agrietamiento que picaba y dolía a rabiar. Desde entonces y hasta que no tuve seis años, no se me ocurrió volver a salir a la nieve.

Mi padre no perdía oportunidad para educarnos y explicarnos las más variadas líneas del saber. En las noches despejadas del verano, solíamos salir a la explanada de la escuela y allí acostarnos todos mirando al cielo, mientras él nos indicaba las diferentes estrellas o conjuntos de estrellas que se observaban. «*Allí está la Osa Polar, allí la estrella más brillante de la tarde que era el planeta Venus*», y así nos seguía enseñando cuestiones elementales de Astronomía. Aunque no siempre lográbamos ver lo que papá indicaba, esa sensación de conocimiento prendía en nosotros y nos incentivaba para buscar en los libros lo que habíamos visto en el cielo. Tanto fue así que mi hermano Pepín, en su adolescencia, se hizo un fanático de la Astronomía y nos explicaba a las hermanas menores muchas cosas del Universo.

En Villavaler vivía una familia formada por el matrimonio de Josefa y Francisco, con ocho o nueve hijos, no recuerdo bien. Los hijos más pequeños coincidían en edad con alguno de mis hermanos, así que María Luisa, la más chica de todos, era de la edad de mi hermana Berta, pero como eran tantos, los primeros eran mucho mayores que nosotros. Los varones mayores prefirieron probar suerte en América, para lo cual mi padre los preparó en los conocimientos indispensables de lectura, escritura, cuentas y otras cosas. Dos de las hijas, Josefa y Clementina, fueron madrinas de brazo, mía y de mi hermana Berta. Otra de las hermanas, Amor, estuvo en Cuba un tiempo con sus hermanos, pero decidió regresar a su tierra.

Tenemos muchas anécdotas de las relaciones entre las dos familias. El padre era un hombre muy progresista, y por esa época se hablaba mucho, y se discutía más, acerca de la monarquía decrepita y de la dictadura de Primo de Rivera que gobernaba en España, y de la necesidad de cambiar las cosas para que hubiese una República. Mi padre encontraba en su amigo Francisco un gran apoyo para sus ideales republicanos.

Contaba mi madre que la casa de estos amigos estaba en una de tantas laderas de la región y para llegar sin rodeos hasta ella desde la escuela, había que atravesar una de las tierras propiedad de esa familia, en la cual crecían muchos árboles frutales. En plena cosecha, los

manzanos, los perales y los ciruelos estaban cuajados de frutas. Recuerdo que hasta yo podía coger las peras que colgaban de las ramas, con apenas cuatro o cinco años.

Un día, al atravesar el campo, mi padre decidió subirse a un cerezo y empezar a tirar ramilletes de frutas para que los recogiésemos. Desde la casa, la familia veía a un grupo de gente atacando sus frutales, así que el hombre salió, escopeta en mano, para acribillar a los ladrones. Mi padre tuvo que gritarle fuerte para que supiese quiénes éramos los «delincuentes». Todo concluyó en risas.

Otra cosa que había en la zona eran muchos zorros que bajaban de la montaña a las casas del pueblo en busca de gallinas. Mi madre aprendió a usar la escopeta para defender su gallinero, aunque según nos contaba, la había usado una sola vez para ahuyentar un zorro que merodeaba en la zona. A los niños nos asustaba pensar que esos animales llegasen tan cerca de nuestra casa, pero también nos gustaba mirar a través del cristal para detectarlos, aunque no recuerdo haber visto alguno.

Todos los años en noviembre, por las fiestas de San Martín, se mataban cerdos para preparar jamones, chorizos y mor-cillas, como alimento para el invierno.

En mi casa, como mi madre no tenía mucha práctica en la matanza, ni en la preparación de los embutidos, la señora Josefa y alguna de sus hijas mayores eran las que venían a ayudar a «hacer el San Martín», como se decía. Mi padre, mucho más preparado para esos quehaceres, realizaba la tarea ayudado por el amigo Francisco y sus hijos, además de otros vecinos que se brindaban a colaborar. Ese día se convertía en una fiesta, con merienda abundante en la que nunca faltaban las «bollinas» (empanadillas) y la sidra, además de música.

Mis tíos Elena, Caprasio y Lola regresaron de Cuba en el verano de 1932 y fueron a vivir a Villavaler, a la casa de mis padres. Su tío Benigno ni siquiera fue a esperarles al puerto de Gijón, donde atracó el barco de pasajeros, y mi padre sacó en conclusión, y así se lo escribió a su suegro, que si hubiesen llegado de América con dinero, seguro los hubiese ido a saludar.

Cuando mis tíos llegaron a la casa, se acondicionó a las tías Elena y Lola con Angelina y el tío Caprasio pasó a dormir con el abuelo y con Pepín. Como ven éramos una numerosa familia. Según mi madre, esos fueron años de felicidad, porque vivía con todos sus seres queridos, su esposo, sus hijos y sus hermanos.

También vivía con nosotros el abuelo paterno, luego de con-vencerlo de la necesidad que tenía mi madre de ayuda después de mi nacimiento, ya que al comenzar las clases en la escuela, necesitaba compartir el cuidado de la pequeña. El abuelo no había querido ir a vivir con su hijo con anterioridad, pues decía que no quería ser una carga para su nuera. Después fue un verdadero padre para ella y ella una verdadera hija. Para nosotros fue el abuelito.

Mi abuelo Benigno se tomó tan en serio su tarea de cuidarme que siempre lo he recordado como el ser cariñoso y educador de mis primeros años, al igual que mi hermana pequeña, la que también fue incorporada a su cuidado y paseo por el prado.

Del abuelito tengo muy presentes sus historias, leyendas y cuentos que nos narraba en las tardes a los cuatro nietos, aquellas que trataban de los osos pardos de las montañas asturianas y de los caballos salvajes que cada cierto tiempo bajaban de los montes trotando por las laderas de la villa, los que se conocían como «*asturcones*». Y de las leyendas de duendes, de *xanas* (las *xanas* o *les xanes*, estaban representadas como bellísimas muchachas de cabellos largos y rubios, vestidas con el traje típico asturiano, vivían en cuevas y en fuentes, cosían y tejían con hilos de oro, y se creía que libraban los encantamientos a quienes les pidiesen. Solían hacerse visibles a la vera de las fuentes y ríos, en la mañana de San Juan). También nos contaba historias de gnomos que rondaban por los bosques, y de las piedritas de azabache que protegían contra los malos espíritus...

No hace mucho tiempo, en uno de mis viajes a Asturias, pude hablar con una mujer que se acordaba de mí y de mi abuelo. Por aquellos años debe haber tenido ella unos diez u once años, y me habló de cómo don Benigno iba a conversar con su padre, un campesino del pueblo, en la cocina de su casa, mientras sostenía en sus piernas a la nietecita a su cargo.

Cuando regresé por primera vez a Villavaler, en el año 1982, teniendo ya cincuenta y tres años, caminé por la vereda bordeada de arbustos de moras, que conduce a la casa-escuela, que aún está en pie. Los arbustos de moras me resultaron sumamente pequeños, pues en esos

momentos me parecía volver a pasar junto a ellos con el abuelito caminando a mi lado, y creía tomarlas para comerlas en el camino, mientras él se encargaba de protegerme para que no manchase mi ropa con el jugo. ¡Cuántos recuerdos en aquel primer retorno a mi niñez temprana!

La casa también me pareció pequeña, pero igual de acogedora. El guía que me ayudó en mi recorrido por los lugares del recuerdo fue Francisco, el hijo de Clementina, la madrina de mi hermana Berta.

En el verano, cuando llegaba el tiempo de recogida del trigo, existía en el pueblo la costumbre (que venía de siglos atrás), de segar un día en las tierras de uno de los campesinos, ayudado por otros vecinos del pueblo. El campesino al que se le ayudaba en la siega y recogida de las mieses, le correspondía preparar una merienda para cuando finalizaba el trabajo. Otro día le tocaba a otro. Mis padres se incorporaban a este «trabajo voluntario» y para los niños era un día de fiesta. Podíamos correr libremente por el prado, jugar con otros niños y merendar opíparamente. El regreso lo hacíamos subidos en los carretones llenos de heno, y era la parte más divertida del día.

Otra actividad festiva del pueblo eran las *romerías*. También se las llamaba «*espichas*», porque allí se tomaba mucha sidra. Solían hacerse en días diferentes en cada uno de los pueblos cercanos, de acuerdo al santo patrón de cada uno de ellos, así que los habitantes de unos pueblos iban a las fiestas de los otros. Como casi todas esas festividades coincidían con el verano, la diversión era participar en todas.

Recuerdo mucho la de Loro, un poblado cercano a Villavaler. A la romería llevábamos unas canastas de mimbre muy grandes, con asas laterales, en las cuales se transportaba la merienda. Casi siempre, tortilla (española), bollinas (empanadas) de carne y dulce, arroz con leche y brazo gitano —que era una de las especialidades de mi madre—, chorizos, pan. Para beber, leche para los niños y sidra para los mayores. También vino casero, pero no era lo más habitual. Como esa zona asturiana es muy montañosa, siempre nos sentábamos en una ladera de algún monte, que iba a parar a un arroyo cercano. Mi madre ponía en el prado un mantel y en él todas las chucherías que había llevado para merendar. Los jóvenes cantaban, se cogían de las manos haciendo ruedas, y también se enamoraban. Los niños corrían sin cesar y terminábamos quitándonos los zapatos para meter los pies en el agua del arroyo. El agua venía de los montes y estaba muy fría, por eso nada más nos dejaban mojar los pies.

Mi hermana Tinita nos contaba que un día, mientras nos mojábamos los pies en el arroyo, ella y mi madre dejaron sus sombreros nuevos en el prado, y a su regreso unas vacas se los estaban comiendo, con el consabido disgusto de sus dueñas y las risas de todos los demás.

Recuerdo la alegría de mi madre en esos paseos. Ella sabía cantar muy bien, como ya he dicho, y terminaba cantando para todos, pero especialmente para mi padre, que la miraba embelesado. La personalidad de ambos era muy diferente. Mi padre tenía fama de hombre fuerte, tanto físicamente, como en su actuación en la vida. Era, al mismo tiempo, impetuoso y grave, con dominio de sí mismo. Su presencia imponía; una discrepancia con él era difícil, ya que tenía muchos elementos para ganar cualquier discusión. Sin embargo, cuando se dirigía a mi madre o a sus hijos, era otro. La suavidad con la que hablaba y la admiración y amor que sentía por su mujer eran visibles para todos. Mi madre tenía un carácter muy apacible y dulce, aunque fuerte también para defender sus convicciones. Era una mujer alta, esbelta aún después de haber tenido cuatro hijos, de piel muy blanca, sin manchas, pelo negro ondulado y ojos negros muy grandes. Sus maneras la distinguían de muchas otras, por su educación natural.

Mi padre la cuidaba y respetaba mucho, creo que fueron una pareja que supo comprenderse bien y amarse mucho. Compartían la vida hogareña y del trabajo, lo que les posibilitaba estar al tanto de las cosas de ambos. De ellos irradiaba el amor infinito hacia sus hijos.

Con alguna frecuencia, los dos viajaban a la ciudad de Pravia, o a la de Oviedo, para asuntos de trabajo, y para comprarnos ropas y libros. Una vez fueron juntos a Madrid, para gestiones que mi padre tenía que hacer como Inspector, y en esa ocasión llevaron a la hija mayor. A los menores nos prometieron que iríamos más adelante, promesa que, por desgracia, no pudieron cumplir.

Para viajar desde Villavaler a cualquiera de las ciudades de Asturias tenían que tomar un tren en Pravia y para llegar hasta allí desde el pueblo, casi siempre iban en un automóvil que

alquilaban (no sé si habría más de uno en el pueblo, aunque supongo que no), que en aquellos momentos era un adelanto enorme. A los hijos nos parecía importantísimo subir al auto-móvil, aunque estuviese detenido, cuando venían a buscarlos o a traerlos.

Algunas veces, calculando el tiempo de regreso, solíamos salir por el camino hasta la carretera para que nos recogiesen y viajar en el flamante vehículo un pequeño tramo. No siempre teníamos éxito en esa empresa, pues la entrada al pueblo podía hacerse por dos caminos diferentes, uno venía de la villa de Grado, por el sur, y el otro, de la ciudad de Avilés, bordeando el mar por el norte. Un día a mi hermano se le ocurrió salir por uno de los caminos a esperarlos y me invitó a la aventura. Siempre me unía a sus ideas, así que caminamos y caminamos sin encontrar automóvil alguno. En eso, comenzó a llover y a oscurecerse todo, y caminábamos por una estrechísima carretera que iba bordeando la montaña, realmente muy peligrosa. De pronto, mi hermano, ya asustado, decidió regresar y corrimos cuanto pudimos llenos de miedo por entre aquel bosque oscuro que rodeaba el camino. A nuestra llegada a la casa ya mis padres estaban saliendo para buscarnos y no pasó nada grave, excepto nuestro bien merecido regaño y nuestra mojadura.

Otro paseo acostumbrado en el verano era ir a la casa del abuelo, en Besullo. Para llegar allá, teníamos que viajar en automóvil o en tren hasta la pequeña ciudad llamada Cangas del Narcea. Después, para llegar hasta Besullo, a través del tramo de montaña, había que hacerlo a caballo o en mulos.

En el verano de 1935 fuimos toda la familia; mi padre llevaba en su caballo a la hija pequeña, Berta. Yo iba en el de mi tío Caprasio. Tinita y Pepín, como niños grandes, iban en uno para ellos solos. La tía Lola en otro. El abuelo y Elena montaban en sus respectivos burros; la tía casi amarrada al animal pues como se mareaba mucho tenía que estar asegurada. También iba Angelina, en otro mulo. El equipaje se repartía entre todas las bestias.

La casa del abuelo era muy espaciosa y alegre, aunque de poco valor material. Tenía camas para todos y un corredor muy amplio con ventanas por las cuales se veían las montañas siempre nevadas en sus picos. Una carta de mi madre al abuelo Caprasio que estaba en Cuba, se refiere a ese corredor desde el cual le está escribiendo, con el paisaje de montañas nevadas en la cúspide, a pesar de ser verano. Según ella le cuenta a su padre en la carta, en Besullo había preciosos paisajes y se vivía con mucha paz.



José y Consuelo, en Madrid (1935)



José y Consuelo con su hija mayor, Tinita, en Madrid (1935)

Al llegar a la casa, nos acomodábamos enseguida y la diversión mayor era salir a la plaza del pueblo, pues no había peligro alguno para los niños. La única hija de Alejandro Casona, Marta, era de mi edad y nos gustaba mucho estar juntas. Nos veíamos de verano en verano, y alguna que otra vez en actividades organizadas por los educadores para los niños de la provincia. Los amigos se reunían en el pueblo para disfrutar del paisaje, de la cacería y para intercambiar y debatir acerca de innumerables temas, casi todos de corte social y político. Hasta con el ya por entonces dramaturgo Alejandro Casona mi padre discutía acerca de la existencia de otra forma de vida más allá de la muerte. Mi padre era un convencido de que ello no existía, no creía en los espíritus como Alejandro, ni en los cuentos de aparecidos y duendes, tan populares en Asturias desde épocas remotas, los cuales el novelista utilizó con frecuencia en sus obras teatrales.

Un día de ese verano mis padres y tíos fueron de cacería, junto a otros matrimonios y amigos, mientras los niños nos quedamos bajo la custodia del abuelo.

Para la expedición llevaban provisiones ya elaboradas (tortillas, pan y chorizos) además de vino y sidra. La idea era cazar un venado y asarlo en el monte. En esa ocasión mis padres se emplazaron en un lugar por el cual debía pasar el venado, azuzado por los perros y por otros cazadores. Cuando el animal llegó, mi madre tenía preparada la escopeta para tirar, al igual que mi padre, pero cuando lo vio delante, tan asustado y a la vez tan hermoso, decidió dejarle ir. Mi padre estuvo de acuerdo con ella y tampoco disparó. Luego, los amigos se rieron mucho, burlándose de su habilidad de «caza-dores». Y, sobre todo, porque tuvieron que contentarse con la comida que habían llevado. No obstante cuentan que pasaron un día delicioso en los montes, y pienso que todos le agradecieron a mi madre que no hubiese matado al venado.

Mi padre era un ferviente admirador de las ideas republicanas y, basándose en muchos estudios y lecturas, trataba de enseñar a los campesinos de la zona acerca de los beneficios de ese nuevo sistema. Estaba convencido de que los hombres que tenían conocimientos y cultura estaban en mejores condiciones para luchar por su libertad; esas ideas de enseñanza y libertad le venían, como a muchos maestros e intelectuales de su época, de la influencia del krausismo divulgado en España, como dije anteriormente. Aún mi padre no se había inscrito en ningún partido político, pero estaba al tanto de las formas de gobierno de otros países, y era un asiduo estudioso de la historia de su propia nación.

Durante los años de maestro en la escuela, fue examinando asignaturas del bachillerato llegando a obtener el título. En 1927 le escribe a su suegro radicado en Cuba y le anuncia que prepara las materias para debutar en la Universidad de Oviedo y lo haría en el curso de Filosofía

y Letras, en la Sección de Historia. Después se inclinó a estudiar Derecho, pero no pudo terminar, pues le faltaban dos asignaturas para graduarse cuando comenzó la guerra.

En Oviedo fungía de Director de Enseñanza un pedagogo de origen alemán llamado Enrique Winter. Después, este maestro fue nombrado Director del Orfanato Minero de Oviedo. Cuando estalló la Guerra Civil y la ciudad de Oviedo quedó en manos de los fascistas, Winter fue denunciado por Manuel Álvarez —el protegido del tío Benigno— a los militares sublevados, como hombre de ideas progresistas y republicano; le acusó de «rojo». La Guardia Civil fue a buscarle al Orfanato, de donde salió en compañía de su hijo de 15 años. En el cruce del ferrocarril allí cerca, ambos fueron acribillados a balazos.

Enrique Winter era muy amigo de mis padres, tenía ideas pedagógicas y políticas muy avanzadas, al estilo de la Institución Libre de Enseñanza. En correspondencia con lo que quería aplicar en las escuelas, el señor Winter organizaba todos los años recorridos de maestros e inspectores por las principales capitales europeas, con el objetivo de que aprendiesen nuevos métodos y formas de enseñanza. A su regreso, dichos maestros tenían que escribir un informe de lo aprendido y de todo aquello que considerasen podría aplicarse a la educación en Asturias.

Mi padre fue uno de los maestros que realizó ese viaje, a Bélgica, Francia e Inglaterra. Era la primavera de 1929, poco tiempo después de mi nacimiento. Para mis padres fue una experiencia inolvidable. Mi madre nos contaba lo mucho que lo extrañó, pero lo orgullosa que estaba al saber que su querido Pepe estaba visitando lugares tan interesantes y aprendiendo nuevas cosas, como a él le gustaba. Mi padre no dejó de enviarle una postal a mi madre en cada una de las ciudades en las que estuvo, y así tenemos una de la ciudad de Brujas, con sus calles como canales; otra de París y la Torre Eiffel, y una de Londres, en la cual se refleja uno de los puentes del río Támesis. En todas ellas enviaba cariños sin fin para su querida Consuelín y para sus hijos.

El día de su regreso mi madre fue a esperarlo a Oviedo, llevándonos a Tinita y a mí; Rosario también fue para que me tuviese en brazos. Estábamos en el vestíbulo del hotel para salir hacia la estación del ferrocarril cuando mi padre hizo su entrada en el local, lo que mi hermana Tinita lamentó mucho, pues ella quería ver los trenes. Mi hermano Pepín esperó la comitiva en la entrada de Villavaler, en compañía del abuelo Benigno.

Mi padre regresó con más ansias de mejorar la enseñanza y la vida en general de su país. Había que luchar contra todos los elementos retrógrados que impedían el libre acceso de los niños a la educación moderna. Pocos meses después de su regreso del viaje por Europa fue nombrado Presidente de la Asociación de Maestros del Partido Judicial de Pravia, al que pertenecía la escuela de Villavaler.

Mi padre hizo los ejercicios necesarios para optar por una plaza de Inspector; la mayor parte de los exámenes se realizaban en Madrid, la capital del país, hacia la cual tuvo que trasladarse varias veces entre 1932 y 1933. Después de haber recibido varias cartas de Madrid notificándole el triunfo de sus ejercicios, entre ellas la de uno de los jueces del tribunal, fueron publicadas en el periódico las adjudicaciones de plazas de Inspector, y el nombre de Pepe no aparecía en las listas.

Esto fue algo desconcertante. Inmediatamente salió para Madrid, por si había un error en la nota del periódico, y una vez allí se entera de que al presentarle la lista de aprobados para plaza al Director General, y tropezar este con el nombre de mi padre, se dio cuenta que era el mismo maestro que el año anterior había propuesto en una reunión de maestros en Oviedo la creación de una Organización Internacional de Trabajadores de la Enseñanza, a lo cual el propio Director General se había opuesto, a pesar de que la Asamblea de Maestros en pleno estaba a favor de la iniciativa y en contra suya. De ahí que al ver las listas de aprobados con el nombre de mi padre, consideró que era el momento de su venganza y lo eliminó como Inspector, a pesar de haber obtenido la plaza.

Al año siguiente, en 1934, infatigable y luchador en extremo, como le describe su esposa, volvió a presentarse a los ejercicios para Inspector. Como ella le contaba en una carta a su padre emigrante, la lucha de Pepe era muy grande y la influencia nula, porque el gobierno de España, después de las elecciones de noviembre de 1933, era totalmente contrario a sus ideales y a su militancia política.

Mi padre se presentó nuevamente a todos los exámenes requeridos en las siguientes oposiciones para el cargo de Inspector y cumplió todos los requisitos con amplio margen, por lo que, en esa oportunidad, no se le pudo quitar la plaza obtenida en Madrid a finales del año 1934.

Los tíos Elena y Caprasio, que ya habían realizado estudios en la Escuela Normal de Oviedo antes de irse para Cuba con su padre, se matricularon a su regreso, en 1933, en unos cursillos preparatorios para las oposiciones a plazas de maestros. Como llevaban tanto tiempo sin estudiar, mis padres les ayudaban con los estudios, poniéndoles en contacto con los libros más adelantados de Pedagogía Moderna, que formaban parte de su biblioteca. Ambos, Caprasio y Elena, obtuvieron el número dos y cuatro del escalafón para las plazas de la provincia. Durante el cursillo vivían en una pensión en Oviedo, con la ayuda económica de mis padres, pues su tío, el Director de la Escuela Normal, no quiso saber de ellos. El protegido del tío Benigno también hizo lo indecible para separarlo de sus sobrinos, creo que por temor a perder la posición de hijo adoptivo que siempre tuvo con él.

Elena ocupó una plaza interina en Las Arenas, cerca de la ciudad de Gijón, y a Caprasio le asignaron la plaza de maestro de varones de Villavaler, pero como era en el verano, no comenzó las clases y ni siquiera pudo cobrar su sueldo. La plaza de Villavaler estaba vacante desde que mi padre había pasado a ocupar una plaza de maestro en la escuela de Pravia, de la cual llegó a ser el Director.

Mis padres aspiraban a reunirse en Pravia como maestros, pero las demoras del Ministerio de Instrucción Pública no habían permitido a mi madre el traslado, por lo cual mi padre tenía que vivir en una pensión y «subir» a Villavaler cada vez que podía. Mi padre simultaneaba la dirección de la escuela de Pravia con la participación en tribunales de cursillos para maestros, y también con la preparación de jóvenes para su viaje de emigración a las Américas. Con todo esto era que podía mantener una familia numerosa y ayudar en los estudios a sus cuñados.

Al obtener las plazas de maestros, los tíos Caprasio y Elena, ya podían pensar en poner piso por su cuenta. En el curso escolar siguiente, Caprasio pudo ocupar una plaza de maestro en Oviedo.

Mis tíos vivieron en nuestra casa hasta septiembre de 1935; en esa fecha Elena terminó la etapa de interina en Las Arenas y pasó a ocuparla en calidad de propietaria. En Gijón vivía la familia materna y durante algunos meses estuvo con ellos hasta que pudieron establecerse solos. Para lograrlo, Caprasio solicitó su traslado para una escuela cercana a la de Elena y los tres hermanos alquilaron un piso pequeño, en la calle Rosario no. 64, en Gijón, una ciudad preciosa con playa casi dentro de la ciudad, separada solamente por una especie de malecón con escaleras para bajar a la arena. Lola terminó los estudios de Bachiller que había empezado bajo la dirección de mi padre. No obstante haberse establecido en Gijón, la casa central de los tíos siguió siendo la de mis padres.

Pero no todo era felicidad en la familia, ni tranquilidad. Mi madre vivía siempre preocupada por los giros que tomaban los acontecimientos políticos en los cuales mi padre estaba involucrado, y por las persecuciones de que fue objeto por parte de su enemigo de siempre, el protegido del tío Benigno, el cual había sido nombrado Inspector-Jefe de Enseñanza de la Provincia de Asturias después de la victoria electoral de las de-rechas en noviembre de 1933.

IV

La segunda República

En abril de 1931, y como resultado de unas elecciones municipales, convocadas después de la supresión de la dictadura del general Miguel Primo de Rivera en 1930, los partidos republicanos

obtuvieron mayoría de votos, con lo cual las elecciones se convirtieron, en la práctica, en un plebiscito. Sin esperar mucho, se proclamó la Segunda República Española. La Primera República había existido durante apenas un año, en 1873.

Mi padre había participado activamente en la divulgación de las ideas republicanas entre muchas gentes del pueblo y de otros cercanos. Tenía un carácter muy fuerte y muy fuertes convicciones en sus ideas de justicia social, y esto le llevaba a grandes discusiones en los «chigres» y «cafés» de Villavaler. Todas las tardes, después del trabajo, los hombres del pueblo se reunían en esos establecimientos a tomar un café o beber una sidra casera o un vaso de vino, y allí se discutían noticias de los periódicos de Madrid y de Asturias. Los hombres con alguna preparación cultural eran los responsables de los comentarios, o de la lectura, para ayudar a aquellos que no entendían o no sabían leer.

Mi tío Caprasio solía contarnos que cuando estaban en uno de esos establecimientos —en el pueblo creo que había dos—, si se oía una fuerte discusión, fuese de política o de asuntos sociales, uno de los oradores y polemistas, seguro era mi padre. Le gustaba la discusión de problemas a los cuales dedicaba estudio, para hablar con conocimiento de causa. La polémica no le atemorizaba, al contrario, le agudizaba su decisión de imponer su criterio para demostrar su verdad con razones irrefutables. Sentía una gran inquietud por la enseñanza de los jóvenes. Creía firmemente que con la educación masiva mejoraría la sociedad, la vida de los trabajadores humildes, los cuales solamente saldrían de su atraso social y económico a través del saber. La práctica le había ido demostrando que para mejorar la vida del pueblo, para acabar con el oscurantismo religioso que predominaba en las escuelas, era necesario cambiar también los cánones políticos establecidos. Defendía con pasión sus ideas de libertad, denunciando las lacras de la sociedad en la cual vivían, argumentando que había que terminar con ellas.

Otras veces, se dedicaba a hablar de algún escritor famoso o de su obra. Por todo esto, era querido por una gran parte del pueblo y odiado —y temido— por otra parte, aquella de ideas más retrogradadas y conservadoras.

El punto más álgido de las discusiones lo constituía el tema de la religión. Por aquella época, la Iglesia Católica dominaba a los pobladores de casi toda España, a través de los curas, los cuales imponían sus ideas oscurantistas y reaccionarias a través de los púlpitos y del acto de la confesión. Mi padre era un anticlerical furibundo. En España o se era clerical o anticlerical, casi nunca imparcial.

Con la proclamación de la República, comenzaron a cambiar muchas cosas, sobre todo en la Enseñanza. Entre las primeras medidas republicanas estuvo la separación de la Iglesia del Estado. La República se declaró laica, y por tanto la Enseñanza también debería serlo. En los pueblos, y también en muchas ciudades, se desarrolló una verdadera campaña de descrédito en contra de la enseñanza laica, por parte de sectores de la sociedad tradicional. Los principales ataques partían del clero, del cura de pueblo, que tanta influencia tenía entre los creyentes y entre una buena parte de mujeres mojigatas y temerosas, además de ignorantes.

La Secretaría de Educación emitió la orden de quitar los crucifijos de los salones de clases, así como los cuadros que representaban el «Vía Crucis». Por otra parte, la enseñanza del catecismo dejó de ser obligatoria para los estudiantes. Las imágenes de los salones de clase fueron sustituidas por mapas y láminas de distinta índole, todas de carácter educativo. A mis padres les correspondió cambiar esos símbolos religiosos en la escuela del pueblo de Villavaler.

El programa educativo de la República alentó el sentimiento de los maestros que les llevaba a pensar que el sueño de una educación moderna y para todos se hacía realidad. Mis padres no estuvieron exentos de ese entusiasmo y le dieron impulso a la renovación educativa propiciada. El gobierno fomentó la instauración de una serie de iniciativas procedentes de los propios maestros e inspectores.

El Ministerio de Educación había creado las Misiones Pedagógicas y la apertura de escuelas en los lugares más remotos del país, para llevar el pan de la enseñanza a todas partes, además de la cultura.

Alejandro Casona había sido nombrado Director de Teatro de las Misiones Pedagógicas, y uno de los máximos exponentes de esta labor cultural fue el teatro ambulante llamado «La Barraca», que organizó el poeta y dramaturgo Federico García Lorca. Acompañado de artistas y estudiantes, la compañía presentaba obras de la literatura española clásica, y de otros

dramaturgos, incluso la suyas, en regiones alejadas del campo. El movimiento cultural se amplió considerablemente.

La República había llegado al poder el 14 abril de 1931, dos meses después de nacida mi hermana Berta. El pueblo de las diferentes regiones de España necesitaba cambios lo suficientemente rápidos para diferenciar el nuevo gobierno de los anteriores. El problema más acuciante era el de la propiedad de la tierra, sobre todo en las zonas de latifundio, predominantes en el centro y sur de España.

Las Cortes Constituyentes republicanas discutieron largamente una nueva Constitución, aprobada ese mismo año. Desde que comenzaron los debates en las Cortes, se empezaron a reflejar en la sociedad las grandes diferencias sociales y de opinión. Las Cortes de la República aprobaron una Ley de Reforma Agraria en 1932, después de fuertes discusiones, pero su aplicación se hacía con gran lentitud.

Otro tema candente, tanto en las Cortes como en la calle, fue la separación de la Iglesia y el Estado; además de la ley del divorcio, la secularización de los cementerios, el matrimonio civil, y otras. Una de las leyes que se utilizó de bandera contra los republicanos, fue la ley del divorcio. El clero y la alta sociedad no dejaban de acusar a los republicanos, y a sus aliados los socialistas, de que se pretendía aplicar el «amor libre» y acabar con la familia. Esto, unido a las persecuciones que llevaba a cabo el clero contra los maestros, por la enseñanza laica y la coeducación, ganaba adeptos entre los sectores más reaccionarios de España.

Antes de ganar la plaza de Inspector, mi padre había ejercido como Director de la Escuela de la Villa de Pravia como ya dije, y allí el cura tenía mucha influencia, más que en el propio pueblo de Villavaler. Ya ambos habían tenido varios encontronazos de palabras, con motivo de lo que se enseñaba en el centro, pues el cura no estaba de acuerdo con las indicaciones republicanas en materia educativa, como la coeducación de sexos, entre otras. Un día, estando mi padre afeitándose en la pensión donde residía, tocaron fuertemente a la puerta. Al abrir, mi padre llevaba en la mano la navaja. El cura venía en mala forma a citarle para la Iglesia, con el fin de «aclarar asuntos de la Escuela». Mi padre, con la navaja en la mano, le dijo: «Señor cura, dirija usted a sus feligreses en la Iglesia, que yo me encargo de los niños». El tono con que se lo expresó y el «arma» que llevaba en la mano, atemorizaron al cura, el cual, rápidamente, dio media vuelta y se fue casi corriendo por el pasillo. No le molestó más por el tiempo que estuvo de maestro en Pravia, pero en cuanto tuvo oportunidad, hizo todo lo que pudo para acusarlo ante las autoridades de la Enseñanza, por sus ideas anticlericales y liberales.

Un importante tema de discusión en las Cortes fue el de las nacionalidades históricas — Cataluña, País Vasco y Galicia—, las cuales exigían un gobierno autónomo para sus respectivas regiones. Ya en la primera República de 1873, se había luchado por una República Federal, pero este era un tema difícil, por la oposición del ejército —lo que los militares llamaban la «desintegración de España»—, y por parte de los poderes económicos y políticos centralistas. Por otro lado, los sectores obreros reclamaban puestos de trabajo y mejores condiciones laborales, en unos momentos de crisis económica mundial y española.

El primer gobierno de la República se constituyó sobre la base de una coalición entre partidos republicanos y el Partido Socialista Obrero Español (PSOE). Muchas gentes pensaron que había llegado la hora del socialismo, y se equivocaban. El PSOE trató de impulsar algunas medidas para mejorar las condiciones de los trabajadores, tanto de las ciudades como del campo. Pero los industriales y los terratenientes boicoteaban continuamente cualquier medida que les afectase. Incluso muchos llegaron a extraer sus capitales de España, para llevarlos hacia otros países que fuesen más seguros, como ellos decían, y dejaron de invertir en la Península.

La organización obrera anarquista, la Confederación Nacional de Trabajadores (CNT), presionaba al gobierno, y también lo hacía el débil y poco numeroso Partido Comunista (muy sectario por esos años). El gobierno republicano se veía entre dos fuegos, pues la derecha y la Iglesia no dejaban de atacar sin tregua, mientras las organizaciones anarquistas le hacían la guerra con las continuas llamadas a huelgas.

Los sectores conservadores se unieron en un partido de coalición llamado Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA) para presentarse a las nuevas elecciones para

diputados. Se tuvieron que adelantar para noviembre de 1933 al salir el PSOE de la coalición de gobierno, el cual también se enfrentó a los partidos republicanos. El Partido Radical, de tendencia centro-derecha, sacó provecho de las diferencias entre las izquierdas. A finales de ese año se creó un nuevo partido de derechas, Falange Española y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (JONS), formado por la unión de varios grupos de corte fascista, bajo la dirección de José Antonio Primo de Rivera, el hijo del dictador de los años veinte.

Mi padre militaba en el Partido Republicano, el que pasaría a llamarse después Izquierda Republicana, bajo la dirección de Manuel Azaña. El presidente del primer gobierno republicano fue Niceto Alcalá Zamora y Manuel Azaña fue nombrado Presidente de Gobierno. Había otros partidos republicanos de diversa composición, pero Azaña era uno de los dirigentes más honestos de aquella época.

En Asturias existía, por un lado, una tradición muy reaccionaria en la sociedad. La Iglesia Católica ejercía un fuerte poder entre la población de las zonas agrarias. Y, por otro lado, una buena parte de los profesores universitarios, el Magisterio en general y escritores e intelectuales de fama, aspiraban al régimen republicano y se manifestaban abiertamente contra la reacción. Además, Asturias es una zona minera donde los obreros de las minas tenían una influencia social muy fuerte, y luchaban por mejoras laborales y sociales.

En las elecciones para diputados de 1933, los anarquistas se abstuvieron de ir a las urnas; los socialistas fueron solos, como varios partidos republicanos, mientras las derechas se unieron en coalición para las elecciones, las primeras en España en las cuales tenía voto la mujer. Hay autores que dicen que esto fue favorable a las derechas, por la gran influencia que ejercía el clero sobre una parte de la población femenina. Otros no lo valoran así. El resultado fue que las derechas, y el Partido Radical dirigido por Alejandro Lerroux, ganaron las elecciones y se formó un gobierno muy reaccionario bajo la presidencia de Lerroux. Pero ni siquiera en un principio, los radicales se atrevieron a nombrar secretarías con hombres de la CEDA.

Con el nuevo gobierno republicano de derechas, se detuvo el proceso de Reforma Agraria. Los campesinos que habían recibido tierras por ese medio fueron desalojados de las mismas, con el apoyo de la Guardia Civil. Comenzaba un retroceso general, en lo poco que había podido hacer el gobierno republicano-socialista hasta entonces.

En la etapa de gobierno de las derechas, entre finales de 1934 y la primavera de 1936, se redujo el presupuesto dedicado a la Enseñanza y se detuvo la edificación de nuevas escuelas en las zonas agrarias, con el pretexto de hacer economías. También disminuyeron drásticamente los presupuestos para becas de estudio en el extranjero, además de los fondos para las Escuelas de Verano, las Misiones Pedagógicas y algunas Facultades de las universidades. El motivo real de la disminución de fondos era entorpecer el trabajo de aquellas instituciones donde era más fuerte la influencia de las ideas de la Institución Libre de Enseñanza, consideradas liberales y republicanas. Por otra parte, para controlar mejor la labor de los maestros se dictó una resolución por la cual los inspectores de educación podrían ser trasladados o destituidos a petición de las autoridades locales.

Además de la reducción del presupuesto para la enseñanza pública, se devolvieron las propiedades confiscadas a los jesuitas, edificios que estaban siendo utilizados para escuelas en varias ciudades del país. El gobierno de derechas insistía en que todas las escuelas públicas o privadas, deberían de ser católicas. Se trataba de eliminar todos los adelantos alcanzados en los primeros años de la República. En Asturias se desató una persecución contra aquellos maestros que más se habían destacado en aplicar la nueva pedagogía.

En 1934 mi padre estaba preparando las oposiciones para obtener una plaza de Inspector, como ya les conté anterior-mente, y los exámenes había que hacerlos en Madrid, así que en octubre de ese año se trasladó a la capital para efectuar los últimos correspondientes.

Justo ese mes de octubre, entraron en el Gobierno varios miembros de la CEDA, abiertamente declarados de ideas fascistas. Ya los socialistas, los comunistas y los anarquistas habían advertido que no lo iban a aceptar. Por tanto, se decretó una huelga general en varios puntos de España, siendo los más importantes los de Cataluña, el País Vasco y Asturias.

En la provincia asturiana la huelga se transformó en sublevación popular y en revolución, resultado de la unidad entre todas las fuerzas de izquierdas: socialistas, anarquistas y comunistas. Los obreros de las minas tomaron la dinamita y se hicieron fuertes en las

principales ciudades, declarándose un Estado de Obreros y Campesinos. El gobierno de derechas de Madrid aplastó las huelgas en Barcelona y otros lugares del país, y después envió fuerzas especiales al norte para liquidar a los obreros. Se le encargó al general «africanista» Francisco Franco acabar con la insurrección, recién nombrado Jefe del Estado Mayor del Ejército por el gobierno de derechas. Para ello, trasladó a España las tropas mercenarias del tercio africano, al mando del coronel Juan Yagüe. Este personaje entró en la zona minera con un tren blindado y en pocos días acabó con la insurrección asturiana.

Lo peor vino después. La represión que se desató en la región no tuvo parangones con nada de lo que había sucedido hasta entonces en España. El gobierno declaró el Estado de Sitio en Asturias. Por las fechorías de Yagüe, se le conoció como la «hiena de Asturias».

Mi padre no regresó a su provincia, hasta el mes de diciembre, avisado por mi madre para que no regresase, aunque hubiese terminado los exámenes. Así fue que pudo evitar, en los primeros momentos, ser víctima de la represión que estaba ocurriendo en la provincia asturiana. A su regreso, llegaba con una plaza de Inspector en su bolsillo. Aunque él quería la plaza de Oviedo, no pudo obtenerla y se le asignó una para Lugo, una de las cuatro provincias de Galicia.

Muchos amigos le aconsejaron que no apelase la reclamación de la plaza en la provincia de Asturias, en aquellos momentos, a la cual tenía derecho por sus resultados académicos, pues los gobernantes de derechas habían nombrado Inspector-Jefe de Asturias a su enemigo Manuel Álvarez, y la postura de este individuo hacia mi padre era de una agresividad ostensible. Ya había dicho públicamente que si Pepe iba para Oviedo estaba dispuesto a echarle a pique su carrera. Por tanto, aceptó la plaza gallega y durante meses vivió trabajando en Lugo, alejado de la familia.

En abril de 1935 se presentó una vacante de Inspector en Oviedo. Mi padre optó por ella, para poder trabajar más cerca de su casa y de sus seres queridos. En Lugo se había desenvuelto bien, pero tanto su padre como su esposa tenían muchas ganas de que optase por la plaza de Oviedo, con lo cual estaría mucho más cerca de Villavaler, y como asturiano de pura cepa que era — como él mismo se definía—, quería ejercer en su terruño. La plaza se la otorgaron desde Madrid, y desde ese momento la agresividad del Inspector-Jefe contra mi padre pasó a un grado extremo. *«Yo conocía el ambiente asturiano después de la terrible conmoción que acababa de pasar; sabía la enemistad paranoia de este Señor (conste que nunca le hice el menor daño)»*. Así escribió mi padre meses después a su suegro. En esa agresividad estaba involucrado también el tío de mi madre, Don Benigno, pues desde el matrimonio, se había declarado enemigo abierto de ambos, incluso de los otros sobrinos, agravado por la influencia de su protegido.

Cuando mi padre se presentó a tomar posesión del cargo de Inspector en Oviedo, en junio de 1935, el Inspector-Jefe mostró su desagrado. Le advirtió que Asturias estaba hecha una bomba, que tenía que medir mucho sus palabras, y varios señalamientos de ese tipo. De las dos zonas vacantes, mi padre escogió la del pueblo de Grado, un lugar no muy lejano de Pravia. Cuando fue a tomar posesión del cargo, el señor Manuel no quiso entregarle la carpeta correspondiente a la zona, alegando que lo haría cuando él lo considerase. No le entregaba los papeles correspondientes al cargo para dificultarle su trabajo.

En una oportunidad, Manuel Álvarez acusó a mi padre, ante el Gobernador de la provincia, de dinamitero y extremista, agregando que en el desempeño de su labor iba aconsejando a los maestros ideas terroristas. Por tanto, solicitó al Gobernador Provincial que Pepe debía ser encarcelado. El guardia que fue a detenerle al tren en el cual se trasladaba para trabajar, lo confundió con otra persona. Mi padre se enteró de la acusación al cabo de cinco días e inmediatamente fue a visitar al Gobernador. Allí aclaró su situación y este le aconsejó que sus asuntos con el Inspector-Jefe los ventilase en la Secretaría de Educación, y que no se preocupase, que no sería encarcelado. Para colmo, el Inspector-Jefe había dado órdenes de no abonarle el salario. En un sinfín de apelaciones ante notarios, mi padre logró que se levantase esa prohibición, de la cual no se tenía conocimiento en la Secretaría de Educación de Madrid, o sea, que la retención del salario era una indisciplina del propio jefe.

Como los otros inspectores sabían del temple de mi padre, continuamente le aconsejaban que tratase de no responder ante las agresiones de que era objeto por parte de Manuel, para lo cual ellos sabían que tenía todo el derecho moral; pero si lo hacía, insistían sus amigos, sería

enjuiciado por indisciplina y quedaría fuera de la Enseñanza para siempre. Por esta razón, tuvo que soportar irregularidades de diversa índole y formas incorrectas utilizadas por ese señor para dirigirse a él, incluso en presencia de su esposa y otros trabajadores del medio.

A instancias del Presidente de la Asociación de Maestros de Pravia en aquellos momentos, mi padre participó en la Semana Pedagógica que se realizaba ese mismo mes de junio en el cual se estrenaba como Inspector. Él no tenía muchos deseos de hacerlo pues quería estar con los suyos después de vivir en Lugo tanto tiempo. Para entonces su padre tenía ya 76 años y él lo quería mucho y disfrutaba de su compañía. Como se estaba excusando, el Presidente de la Asociación le pidió que no dejase de asistir pues temía que no participasen los Inspectores y sería muy desairado para los maestros, como efectivamente ocurrió, y por esa razón pusieron a mi padre a presidir la mesa de los debates. Por la tarde de ese mismo día llegaron el Inspector-Jefe y otros Inspectores más. A partir de ese momento, el Presidente de la Asociación de Maestros le dijo a mi padre que no debía seguir en la mesa presidencial. El Jefe aprovechó la oportunidad para acosarlo en las sesiones de trabajo, y llegó hasta negarle el uso de la palabra. Algunos maestros derechistas de la villa de Pravia habían invitado al cura a la actividad del magisterio, para protegerse, según ellos, de mi padre que era de izquierdas. Los organizadores de las Jornadas ya no quisieron que mi padre presidiese una sesión, como estaba programado, y él, para evitar problemas, aceptó quedarse entre el público asistente.

Al día siguiente terminaba la Semana Pedagógica y, aunque mi padre no tenía deseos de participar, ya se había hecho el plan de ir con toda la familia, pues había coros infantiles y constituía un paseo para todos. En la sesión de trabajo, mi padre pidió la palabra para solicitar al ponente una aclaración de tipo académico. El Inspector-Jefe, que andaba a la caza de zaherirlo, se levantó descompuesto con el dedo en alto amenazando con hacer perder la carrera a cualquiera que hablase. Como esto ocurría en el teatro repleto de gente, mi padre se quedó pegado al asiento mordiéndose los labios pues no quería aceptar la provocación.

Al terminar la sesión, el Inspector-Jefe pidió a mi padre y a otros inspectores que pasasen a uno de los salones para hablar. Se aclararon algunas cosas, con insultos y agresiones inauditos por parte de Manuel hacia mi padre, teniendo este que hacer acopio de toda su paciencia para evitar la provocación de que era objeto, pues le podría abrir un expediente de indisciplina. Cuando ya salían del aula, mi padre se quedó dentro para decirle que si le ocurría otra vez otro ataque como aquel, que no se lo iba a permitir y que se perdería, pero que a él lo llevaría por delante. No tuvo tiempo de más pues Manuel sacó una pistola y se la puso en el pecho a Pepe, mientras le ofendía de palabra. Mi padre le arrancó la pistola, lo cogió por la chaqueta y cuando pensó descargarla en la cabeza del canalla, recordó que su mujer, su padre y sus cuatro hijos estaban en el salón de al lado. Se dominó y puso la pistola en el bolsillo de la chaqueta del agresor, mientras este se quejaba, en voz bien alta para que se escuchase fuera, que Pepe le calumniaba diciéndole que le ponía a mal con el Sr. Benigno. Mi padre le dijo que hablase bajo, que esas cuestiones ya las ventilarían en otro momento. Le dio la espalda y salió del aula a sentarse al lado de su esposa, como si no hubiese pasado nada, no sin antes decirle a uno de los Inspectores presentes que el Jefe le había encañonado con una pistola para agredirlo.

A partir de esto, algunos Inspectores evitaban saludar a mi padre para no despertar la ira del Inspector-Jefe. En ese ambiente hostil tenían que trabajar aquellos maestros que profesaban las ideas republicanas. ¡Y estaba vigente la Re-pública!

En los días sucesivos no cesó la persecución del Inspector-Jefe, impidiendo el desempeño de su labor y agrediéndole de palabra en las oficinas de Educación, para que tuviese que callar so pena de ser expedientado, llegando a acusarle, delante de otros funcionarios, de difundir sus ideas terroristas entre los maestros que visitaba.

Todas las iniquidades del señor Manuel reseñadas aquí, están sustentadas en un Oficio que mi padre presentó ante un Juez Especial de Madrid, con fecha 25 de noviembre de 1935. En una parte de dicho oficio señala: *«está claro que Manuel trata de quitarme la carrera, la libertad y acaso... algo más. Ciego será quien no lo vea»*. Lo menos que pensaba mi padre al escribir esas líneas era que así mismo iba a suceder: ese hombre lo perdería para siempre.

Gracias a los documentos presentados por mi padre al Juez Especial, cuyas copias fueron enviadas a la Secretaría de Educación de Madrid, Manuel quedó al descubierto de sus iniquidades contra él y contra otros maestros republicanos.

Mi abuelo Caprasio pensaba, en su percepción desde Cuba, que mis padres no eran totalmente justos con su hermano Benigno, por eso le escribían con lujo de detalles todo lo que estaba ocurriendo en Asturias y la actitud que desempeñaba el tío Benigno respecto a ellos. Mi padre le cuenta a su suegro que su hermano no tenía consideración con su sobrina Consuelo, pues sabía muy bien que si le arruinaba la carrera a él, estaba echando a su familia a la calle. «Lo que más les duele —es-cribe—, es que saben que he tenido éxito en mi carrera, y que pronto abriré bufete de abogado en Oviedo, con lo cual mi esposa e hijos vivirán más desahogados.»

Las cartas de mis padres al abuelo Caprasio las encontramos en Cuba, años después, en el taller del abuelo, así como el Oficio presentado a la Secretaría de Educación de Madrid.

En este caldeado ambiente fueron convocadas las elecciones de diputados para el mes de febrero de 1936, anticipadas por la crítica situación del gobierno republicano de derechas. Las izquierdas sabían que tenían que unirse para detener el proceso cada vez más alarmante del avance fascista en España, cosa que ya ocurría en otras partes de Europa. Desde 1922 Mussolini había implantado el fascismo en Italia. En 1933 Hitler impuso el nacionalsocialismo en Alemania. El fascismo en España se veía venir a través de los más importantes miembros de la Confederación Española de Derechas Autónomas, especialmente su jefe, José Calvo Sotelo, ampliándose, además, con el partido Falange Española. Era necesaria la unión de las izquierdas en Frentes Populares, formados entre las fuerzas progresistas de los países respectivos para luchar contra el avance del fascismo a escala internacional.

En España las condiciones estaban dadas para la creación del Frente Popular, integrado por los partidos republicanos (Izquierda Republicana y otros), el Partido Socialista Obrero Español y el Partido Comunista de España. La Confederación Nacional de Trabajadores no firmó el pacto, pero orientó a sus miembros votar por el Frente. La lucha política se desencadenó con mucha fuerza, aunque había que hacerlo con sumo cuidado. Los asaltos de los falangistas a las organizaciones obreras y a destacados intelectuales se sucedían cada vez con más frecuencia.

Mi padre vivió inmerso en su trabajo y en la propaganda republicana, afiliado a la agrupación política Izquierda Republicana. Mi madre le apoyaba en todo, pero con cierto temor, por lo que pudiese ocurrirle a su querido Pepe.

El 16 de febrero de 1936 triunfó el Frente Popular en las elecciones generales, con lo cual cambiaron las cosas considerablemente. La Secretaría de Educación de Madrid destituyó a Manuel Álvarez como Inspector-Jefe, por su filiación política de derechas y, en parte, por la acusación de mi padre ante el Juez Especial. Poco después, fue nombrado mi padre como Inspector Jefe de Enseñanza de la provincia de Asturias. La vida posterior demostró que mi padre debió tomar represalias contra su enemigo de siempre. Pero no lo hizo, lo dejó en su cargo de Inspector y le permitió realizar su función normalmente.

La alegría volvía a nuestra casa. Ya no había que temer denuncias o agresiones infundadas. La República necesitaba reorganizarse. Mi madre obtuvo el traslado de maestra de Villavaler para una escuela en Cangas del Narcea, una pequeña ciudad con mejor acceso a Oviedo, donde mi padre tenía que trabajar por el cargo de Inspector Jefe de Asturias. Nos mudamos para ese pueblo, que era una villa preciosa en la ladera de las montañas que separan la provincia de Asturias de la provincia de León.

Mi madre abandonó Villavaler con pena y alegría. Allí quedaban sus años felices de recién casada y allí habían nacido tres de sus cuatro hijos; allí quedaban grandes amigos. Pero su traslado era una promoción y, además, Pepe podría verlos con mucha más frecuencia.

En Cangas del Narcea cumplí los siete años, en marzo de 1936. Fue mi gran fiesta. Varios niños fueron invitados a merendar en mi casa. Como en el otro hogar, la cocina, aunque mayor que la de Villavaler, era el centro donde se hacía la fiesta. Chocolate espeso, leche fría, pasteles y brazo gitano. Unas niñas, hijas de unos maestros amigos y colegas de mis padres, me llevaron a la esquina de la plaza donde había una pequeña tienda, para comprarme un regalo: un pequeñísimo frasco de perfume. Creo que lo recuerdo tan bien porque era la primera vez que tenía un perfume comprado expresamente para mí. Esas niñas quedaron huérfanas cuando estalló la guerra en julio de ese mismo año. Unos miembros de Falange Española pasaron a buscar a sus padres, por el solo delito de ser maestros y republicanos y, aun sin llegar a la

esquina de su vivienda, fueron ametrallados, ante los ojos estupefactos de sus hijas. Voy a hacer un aparte acerca de este hecho: en diciembre del año 2001, salió publicado en el periódico *El País* una pequeña información bajo el título «Grito contra un largo silencio». En el mismo se reflejaba la información de un acto en el cementerio del pueblo de Cangas del Narcea, en el cual se rendía homenaje a 84 republicanos de la zona que habían sido asesinados por los fascistas. La oradora principal era una de las tres hijas del matrimonio amigo de mis padres, la cual no había querido volver nunca a ese lugar desde el asesinato de sus padres, y sus palabras estremecieron a los presentes: «Grito, dijo, *«por su miedo, por su dolor, por su juventud truncada, por la vida que no vivieron; y grito por nosotros, los que nos quedamos aquí, sin ellos, huérfanos, merced a sus asesinos, que se pasaron 40 años insultándonos, y diciendo mentiras sobre nuestra vida y sobre vuestra muerte. Grito y vuelvo a gritar por todo lo que tuvimos que aguantar y callar, y grito por las viudas que vivieron y murieron con la boca bien apretada para que no se les escapase ese mismo grito nuestro.»*

Los meses que siguieron al triunfo del Frente Popular fueron de gran efervescencia política. En una ocasión que mis padres llegaban a Cangas del Narcea, en un automóvil por la carretera, vieron un grupo de niños en bicicleta cantando consignas revolucionarias y con el brazo alzado con el puño cerrado, que era la expresión de los comunistas, y cuando se acercaron al grupo vieron que uno de esos niños era mi hermano Pepín.

En abril o mayo, no recuerdo bien, nos fuimos a vivir a Oviedo. Mis padres alquilaron un piso, el tercero izquierda, número 7 de la Plaza de América. En aquellos tiempos era una zona nueva de las afueras de la ciudad. De esa época, hoy solo queda una casa baja que no fue pasto de los bombardeos durante la guerra, y está encerrada entre edificios nuevos y lujosos. Nuestro edificio era muy nuevo, así que la casa estaba muy bonita y amplia, con la cocina comedor también, y el despacho de trabajo de mi padre y la mesa de estudio de los hijos.

En Oviedo, por primera vez, los hijos asistíamos a una escuela donde los maestros no eran nuestros padres. Tuvimos que examinarnos, pues como estábamos a mitad del curso, los maestros tenían que determinar el grado que debíamos cursar. En mi caso consideraron que debían ponerme en tercer grado. Yo leía muy bien y sabía muchas cosas, pero creo que no me ayudó mucho estar en un grupo de alumnos bastante mayores que yo. Algunas veces pienso, no sé si con razón o no, que los maestros, como sabían que mi padre era el Inspector Jefe, lo halagaban poniéndome en un grado superior al que realmente me correspondía.

En junio de 1936, al terminar el curso escolar, nos regalaron unos libros preciosos a cada uno de los hijos. El mío se titulaba *Historia de una gota de agua*, en el cual, en forma amena para niños pequeños, se explicaban las transformaciones del líquido en todas sus variantes. Para suerte mía, aún lo conservo.

Mi madre se desempeñaba como Miembro del Primer Tribunal de Cursillos de Selección del Magisterio, creado para cubrir las nuevas plazas de maestros que se estaban creando para el próximo curso. Para poder realizar esta tarea, había pedido una licencia en su plaza de maestra de Cangas del Narcea.

La vida en Oviedo era maravillosa. Allí vivía otra familia muy amiga de la nuestra, desde la época de noviazgo de mis padres. El hombre se llamaba Germán y la mujer Cándida. Eran mayores que mis padres, igual que los amigos de Villavaler, pero tenían una gran afinidad con ellos. La familia Germán-Cándida, tenía cuatro hijos, tres hombres y una chica, llamados Joaquín, Luis, Candidina y Alfonso. Algunas veces, cuando vivíamos en Villavaler, mis hermanos mayores, Tinita y Pepín, se quedaban en Oviedo en casa de Germán, y otras veces eran los hijos de ellos los que iban a Villavaler de vacaciones. Sobre todo Candidina, que disfrutaba con el teatro que mi madre dirigía en el pueblo y era una de las actrices principales.

Esta familia tenía una tienda de ropa, la «Casa Germán», que todavía existe, ahora dirigida por el hijo de Alfonso, el más pequeño de la familia. Fue el único de los hombres que se quedó viviendo en Oviedo, y se incorporó a las milicias falangistas cuando empezó la Guerra Civil. El hijo mayor, Joaquín, había emigrado a América antes del triunfo de la República y vivía en Puerto Rico. El segundo, Luis, se pasó al frente republicano durante el sitio de Oviedo, allí peleó en defensa de la República y cuando Asturias fue vencida salió por mar hacia Francia y desde allí se incorporó nuevamente al frente republicano en Barcelona. Al término de la guerra

huyó a Francia por los Montes Pirineos, cayendo en un campo de concentración, igual que otros españoles que lograron salir de España al triunfo del franquismo. Pudo escapar del campo de concentración gracias a un bombardeo alemán —ya había empezado la Segunda Guerra Mundial—, y después de mil peripecias y peligros logró contactar con su hermano Joaquín, que le pudo enviar dinero con el cual llegó a Santo Domingo, pues no había logrado la visa para entrar en territorio norteamericano, como se requería para Puerto Rico. Después de muchas gestiones, y por ser Joaquín ciudadano norteamericano, pudo conseguir la entrada de Luis en Puerto Rico. En mi poder tengo una carta de Joaquín dándole a mi madre los detalles de la vida de Luis en su huida de España.

A Luis pude verle en Oviedo en el año 1992, en una de mis cortas estancias en esa ciudad. Había regresado a España muchos años después de terminada la guerra, creo que en la década del setenta, casado y con hijos nacidos en Puerto Rico, pero quiso que sus hijos estudiaran en España, según me dijo. Me contó muchas cosas de mis padres, pues aunque era mucho menor que ellos, los veía con frecuencia y les ayudaba en recados que mi padre le pedía. El jovencito Luis admiraba profundamente a mi madre y así me lo contó en aquella breve entrevista. Al entrar en el café, busqué con la vista al hombre que debía ser Luis, pero por poco tiempo, pues él se levantó con rapidez y se acercó a mí llamándome por mi nombre. Después de tantos años sin tener comunicación entre nosotros, para mí resultó una experiencia inolvidable, y creo que para él también. Ya ambos teníamos muchos años, aunque Luis era bastante mayor que yo, y el recuerdo de sus años juveniles que me contaba con tanto cariño hizo renacer en mí la idea de contar estos recuerdos tan queridos.

Pero volvamos a 1936. La tienda de Germán quedaba en la parte vieja de la ciudad, en el lugar que se llama *El Fontán*, y a nosotros nos encantaba caminar por esos lugares, donde vendían frutas, verduras y golosinas. La señora Cándida ayudaba a mi madre a cosernos ropas nuevas y los hijos jóvenes nos llevaban a pasear.

Uno de los lugares de la ciudad a los que solíamos ir de paseo con nuestros padres era una pequeña montaña que bordea una parte de la ciudad de Oviedo, llamado el Monte Naranco. Que daba muy cerca de nuestra casa y desde la ventana de la cocina se podía ver a los caminantes que subían la cuesta para llegar a los lugares históricos que hay en esa altura, una ermita y un castillo medieval, ambos de arte prerrománico de inmenso valor cultural.

Un día, nos llevaron a un cine de Oviedo para ver una película norteamericana de una niña famosa en esos tiempos llamada Shirley Temple. Creo que la película se llamaba *Dejada en prenda*, y nos emocionó mucho. Shirley Temple hizo muchas otras películas y hasta vendían muñecas que representaban a la niña actriz. A mí me gustaban tanto que un día mi padre me regaló una de esas muñecas, y a Berta un bebé lindísimo. Ese juguete me acompañó casi toda la guerra, pues hasta la llevaba al sótano durante los bombardeos. El día que tuvimos que dejar la casa por la entrada de los moros en ella, mamá me dijo que no podía llevar juguetes, así que la escondí en un armario. A mi regreso, ya no había armario ni muñeca. Siempre soñé con volver a tener otra como aquella, pero ni esa ni otra pude volver a tener, ni siquiera en Cuba.

Durante nuestra estancia en Oviedo solíamos ir de visita a Villavaler a pasar el día con los amigos de mis padres. Un día fuimos a casa de la señora Matilde, que vivía en una mansión enorme y lujosa, cerca del Campo de San Francisco, en el centro de la ciudad de Oviedo, para saludar a mi madrina y buena amiga de mis padres.

Los niños no nos dábamos cuenta de la gran preocupación que embargaba a nuestros padres, por las continuas agresiones que llevaban a cabo sus enemigos contra los republicanos. Los partidos de derechas que habían perdido las elecciones no estaban ociosos.

Pero el peligro mayor estaba en los militares. El Ejército Nacional había sufrido una gran derrota militar y moral en 1898 con la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Para subsanar ese trauma y para resarcirse de la pérdida colonial, los gobiernos de España se habían lanzado a la ampliación de sus posesiones en el norte de África. En esas campañas africanas, los militares ascendían con gran rapidez, así que los oficiales que habían logrado llegar a altos cargos, a los cuales se les llamaba «africanistas», constituían un poder fuerte dentro de la sociedad. Casi todos eran contrarios al sistema republicano, pero lo habían aceptado hasta ver su desarrollo, y

por el amplio apoyo de masas con el que contaba. Después del triunfo de las izquierdas en febrero de 1936, los militares aceleraron sus planes para acabar con la República.

En los medios de comunicación y en la calle, se hablaba de una posible sublevación, así como entre los partidos políticos, pero el gobierno no tomaba medidas. En Asturias los ánimos estaban muy caldeados. Estaban muy recientes los asesinatos cometidos por el ejército y se recordaba con ira la represión que se había llevado a cabo contra los mineros y sus familiares a raíz de la sublevación minera de 1934.



Las hermanas Berta y Áurea Matilde en Gijón (junio de 1936)

En julio de ese año 1936, como estábamos de vacaciones, mi tío Caprasio nos llevó a Berta y a mí a pasar una semana en su casa, en Gijón, una ciudad muy cercana a Oviedo. La recuerdo con mucho cariño y con algo de pena. Mi tía Elena era muy cariñosa y nos quería mucho. Lola era muy joven, le gustaba pasear con amigos. De esos días ha quedado una foto de las dos hermanitas cogidas de la mano en la que yo aprieto muy fuerte a Berta, no estoy segura si fue por temor al fotógrafo, o porque siempre estaba tratando de proteger a mi hermana pequeña. Elena y Lola nos llevaban a la playa, y como el agua siempre estaba muy fría, solamente nos mojamos los pies caminando por la arena.

Mi tía Elena era una maestra en toda la acepción de la palabra, así que ese día de la playa lo aprovechó para re-citarnos la poesía de José Martí, *Los zapaticos de rosa*, y cuando terminó, las dos niñas estábamos llorando.

Al final de la semana, mis tías nos llevaron para la casa de Oviedo en la cual ellas pensaban pasar sus vacaciones, como siempre lo hacían. El tío Caprasio iría después, pues como te-nía una novia, no quería irse de Gijón tan pronto. A él no lo volveríamos a ver hasta 1948, en Cuba, después de haber pasado tres años de cárcel en España por haber peleado al lado de las fuerzas republicanas. Venía con mujer y dos hijos; había tenido otro que nació cuando estaba en la cárcel y murió apenas salió. Mi madre no lo volvió a ver nunca más, pues cuando él llegó a Cuba, ella había muerto un año antes.

V

La guerra

En la tarde del 17 de julio de 1936, las tropas españolas radicadas en Marruecos, al mando del coronel Juan Yagüe, y de acuerdo con los generales que en la Península organizaban un alzamiento contra la República, se levantaron en armas y se declararon rebeldes al sistema republicano. La noticia corrió rápidamente entre los medios políticos, pero el gobierno republicano pensó, o quiso pensar, que no era de temer una rebelión militar en grande. Según la fuente oficial emitida por el radio, no había problema en todo el territorio peninsular. Al amanecer del día 18, en varios puntos del país y de forma simultánea, se levantaban en armas diferentes cuerpos del Ejército, apoyados por la Guardia Civil, en muchos casos.

En la provincia de Asturias los hechos se desencadenaron el día 19. Era un domingo y mis padres habían salido de la casa en busca de noticias del alzamiento, para ponerse al servicio de la República. Berta y yo estábamos jugando en un pequeño parque en el cual había una fuente, que formaba parte de la Plaza de América, frente a nuestra casa; nos acompañaba el abuelo Benigno. De ese parque siempre me acuerdo de sus flores, especialmente unas de color morado con el centro amarillo que llamábamos «*pensamientos*», o de variadas combinaciones de esos dos colores. De pronto vimos que tía Elena llegaba muy apurada a buscarnos para que entrásemos en la casa. No sabíamos qué estaba pasando, pero se habían escuchado muchos disparos en el centro de la ciudad, y seguían sonando en forma esporádica. Mi abuelo, otras veces tan sencillo y calmado, no paraba de dar vueltas por toda la casa. Pocos minutos después llegaban Lola con Tinita y Pepín, que también habían salido. Todos estábamos inquietos y asustados. El abuelo nos pidió que fuésemos a leer algún libro al despacho, y así lo hicimos los cuatro hermanos, pero sin dejar de pensar en lo que estaría pasando. Tarde en la noche regresó mamá sola. A mi padre no lo volvimos a ver nunca más.

Por ella supimos que el coronel Antonio Aranda, al mando del cuartel de Oviedo, se había unido a los militares sublevados contra la República, traicionando su juramento de fidelidad a la misma. Antes de manifestar su posición de rebeldía a la República, emitió la orden de salir de la ciudad a los obreros de las minas, indicándoles que debían apoyar a los republicanos de la provincia de León. Creyendo los obreros que el ejército a su mando estaba del lado republicano, aceptaron sus órdenes. Otra parte de la población esperaba en el cuartel de Oviedo a que les facilitasen armas para defender la República. Estaban en el patio interior, cuando fueron ametrallados desde las galerías superiores del edificio. Fue una verdadera masacre. La ciudad de Oviedo quedó en manos de los sublevados, pero el resto de la provincia de Asturias estaba en manos de los republicanos. De esta manera, la ciudad de Oviedo se convirtió en un islote fascista, dentro de la provincia asturiana republicana. Quedó sitiada por las fuerzas de la República, y nuestra familia dentro del sitio. Así comenzó la guerra para nosotros, viviendo en una ratonera en la que mandaban las fuerzas más reaccionarias de España dedicadas a perseguir a todo aquel que tuviese ideas progresistas.

Mi padre sabía bien lo que podía esperar de esa situación, por eso no regresó a nuestra casa la noche del 19 de julio. Fue a casa de un amigo de la infancia en Besullo, que era sacerdote por más señas. El amigo le dijo que no tenía nada que temer estando en su casa, pero mi padre comenzó a organizarse para escapar de la ciudad de Oviedo, con el objetivo de unirse a las tropas de la República. No era nada fácil con las delaciones a la orden del día, y siendo como era bastante conocido. Cuando ya tenía preparada la salida de la ciudad por el Monte Naranco, junto a otros republicanos, una delación hecha por un colaborador del enemigo de siempre, Manuel —nunca supimos como él averiguó su paradero—, hizo que lo detuviese la Guardia Civil y lo llevase a la cárcel. Era el cinco de agosto de ese año fatídico de 1936. Las acusaciones de «rojo» y terrorista, hechas por Manuel Álvarez, eran suficientes para que aquellos hombres al servicio de la reacción le declarasen hombre de peligro máximo, por lo cual fue incomunicado en la cárcel. Mi madre no lo volvió a ver nunca más, aunque sí pudo comunicarse con él a través de pequeñas cartas que entraban y salían de la celda.

Desde antes del estallido de la sublevación militar, la que se esperaba sin saber a ciencia cierta cómo ni cuándo empezaría, mi padre había alertado a mi madre para que comprase provisiones y medicinas por si ocurría lo peor. Compró la-tas de chorizos, de leche condensada, sardinas y otros pescados en conserva, azúcar, granos y café, entre otras cosas. Además compró varios

posos de un reconstituyente muy famoso en la época, llamado «Ceregumil», del que teníamos que tomar toda la familia.

La vida de los niños en una guerra civil es muy compleja, pues los amigos de la víspera podían ser hijos de falangistas y como nosotros éramos hijos de republicanos, ya no eran nuestros amigos, sino nuestros enemigos. En los primeros días de la guerra, nuestra madre nos dejaba salir a jugar en la Plaza de América, o en unos placeres sin construir que había detrás de nuestra casa. Mi hermano Pepín, junto a otros niños hijos de republicanos como nosotros, organizaban pequeñas guerras contra los hijos de los fascistas. La guerra era a pedrada limpia, así que mi apoyo a la lucha de mi grupo era acopiar piedras para que los niños de nuestro bando las tirasen a los del otro. No pocas veces salían con un roto en la cabeza o en las piernas, pero nos sentíamos importantes defendiendo a la República y atacando a sus enemigos. Los niños republicanos nos animábamos en la «guerrita» cantando el Himno de Riego, que fue el adoptado por la República como himno nacional en sustitución de la Marcha Real de la Monarquía, y también cantábamos «La Internacional», mientras nuestros enemigos cantaban el «Cara al Sol», que era el himno del partido Falange Española.

Pero pronto esta lucha tuvo que ser interrumpida. Como nuestra casa estaba en las afueras de la ciudad, era muy peligroso andar por las calles, sobre todo cuando el cerco republicano a Oviedo se hizo más estrecho, y los milicianos de la República llegaron a tomar el Monte Naranco.

Por la ventana de la cocina de nuestra casa podíamos ver las trincheras republicanas desde las cuales disparaban contra la ciudad, hacia nosotros. Por el costado de la casa no se podía pasar sin que algún tiro venido desde las trincheras del Naranco diera en la calle.

En una ocasión, mi hermano Pepín y yo, que como ven éramos «compinches» en muchas cosas, nos pusimos a vigilar la calle desde la claraboya de la puerta de entrada del edificio y nos entreteníamos contando las balas que explotaban en el cemento. Como ya no nos dejaban salir, teníamos que ocupar nuestro tiempo en algo «entretenido». Un día, varios guardias civiles trataban de pasar de un lado al otro de la calle; pasó el primero y la bala estalló en el suelo, pero cuando se lanzó a pasar el segundo, la bala le dio en pleno pecho, y como eran balas explosivas, el cuerpo del hombre se partió en dos pedazos. Pepín y yo nos quedamos petrificados en el lugar por unos instantes, y luego salimos corriendo escaleras arriba hasta el tercer piso donde estaba nuestra casa y nunca más volvimos a vigilar la calle.

Mientras tanto mi padre continuaba en la cárcel de Oviedo, sin permiso para ser visitado. Pero se autorizó la entrada de algunos alimentos y ropa para los presos. Todos los días a una hora convenida por las autoridades, había que hacer una fila de familiares para entregar una cesta con los alimentos, y recoger la vacía del día anterior. En la cesta iban siempre cartas de la esposa y de los hijos para el padre preso y regresaban notas en pequeños pedazos de papel escrito por él. Dos días después de encarcelado escribe a su «*carísima esposa*» diciéndole que está bien y que la cárcel está llena de amigos. Le pide que no salga de la casa y que no haga gestiones para sacarlo, pues era muy peligroso para ella. Se despide, después de mandarle besos a los niños y recuerdos a su padre y hermanas, «*recibe el infinito amor que sabes te tiene, tu Pepe*».

El preso José Fernández Rodríguez estaba en la galera tercera, celda número 23 y luego fue trasladado a la primera, celda número 16. Entre los presos que compartían la galera estaba Leopoldo Alas —hijo de «Clarín», el insigne escritor asturiano autor de *La Regenta*—, que en aquellos momentos era el Rector de la Universidad de Oviedo. Al año siguiente fue fusilado por los fascistas.

Los primeros días que autorizaron esta comunicación por medio de la cesta, mi madre era la que iba a llevarla, con la ilusión de poderlo ver, aunque nunca lo logró. Después, cuando empezaron a perseguirla a ella con denuncias increíbles, y llevarla al cuartel para interrogarla, dejó de ir a la cárcel. Casi siempre eran Elena o Lola las que llevaban la cesta, muchas veces acompañadas de Aurora, la chica que vivía con nosotros, o acompañadas de alguno de los hijos. Mi padre esperaba el juicio que, según él, tendrían que hacerle, y por eso pedía libros de Leyes para preparar su propia defensa. Tenía esperanzas, y así se lo decía a mi madre en sus cartas, que no podrían mantenerlo preso, pues él no había cometido crimen alguno, solo se había dedicado a mejorar la enseñanza y a defender sus ideales. No había sido asesino ni terrorista, ni agresor de nadie, ni había cometido delito alguno; «quien nada hizo, nada teme», decía.

Ingenuidad la suya, no podía imaginar que las leyes iban a ser pisoteadas. Pasados unos días, ya no dejaron entrar libros ni apenas papel; aun no sabía a plenitud, o trataba de engañar a mi madre, de la calaña de sus enemigos políticos.

Las cartas que diariamente le enviaban su esposa y sus hijos llevaba pliegos lo suficientemente grandes para que él pudiese cortar pedazos en los cuales enviar su respuesta. Aun conservamos esos pequeños trozos de papel, tan valiosos y tan queridos para nosotros. Con frecuencia preguntaba en sus notas acerca de lo que era su preocupación fundamental: si pasábamos hambre, pues le preocupaba que siguiesen mandándole comida y no quería que le faltase a la familia. «Primero están ustedes —decía— no quiero que se enfermen».

También preguntaba por la situación de algunos amigos. No se sabía nada de ellos. En la primera celda en la que estuvo, estaban también los amigos Fojaco y López, y entre los tres compartían los alimentos que recibían y los tabacos, tan preciados por los hombres encarcelados. Cuando le trasladaron de celda sus compañeros fueron Pedro y el maestro de Quirós. ¿Adónde habrán ido a parar estos amigos? ¿Habrán corrido la misma suerte de mi padre?

También dedicaba comentarios en sus notas para los hijos, entre ellas hay una dedicada a Bertita, por la firma que puso en una carta que mi madre le envió, «la muy pillita no puede escribir tan bien» —decía— y luego pasaba a preguntar por su salud, pues mi madre le había contado de una pequeña dolencia de la niña. Siempre decía lo mismo, «tengo miedo que paséis hambre», y siempre preocupado por la salud de todos. «Procura tener ánimo y cuidarte. Me atormenta la idea que puedas enfermar como enfermó mi padre, ¿quién cuidaría de todos?».

Esta preocupación permanente de cuidar de la familia, fue uno de los factores que incidió en la aceptación por parte de mi madre, de la decisión de salir de España. Tenía que salvar a sus hijos y no dejarlos solos. Pero antes que eso ocurriese, todavía tuvieron que pasar muchas cosas, y mucho tiempo.

Al pasar los días, la situación de los pobladores de Oviedo comenzó a tornarse cada vez más difícil. La guerra arreciaba, y cada vez era mayor la escasez de alimentos y medicinas, utilizadas exclusivamente para los soldados y para las familias de la oficialidad. Las reservas compradas por mi madre, disminuían con rapidez dado que éramos nueve. Mi madre y mis tías comenzaron a racionar los alimentos.

Como si fuese poco, los ataques de los republicanos también arreciaron, con aviones de bombardeo que dejaban caer su carga mortal sobre la ciudad. Nosotros queríamos que siguiesen bombardeando los aviones republicanos, pues como eran los nuestros, pensábamos que cuando entrasen en la ciudad, mi padre saldría de la cárcel. Eso no impedía que sintiésemos miedo, ¡mucho miedo!, cuando las sirenas de las fábricas y las campanas de las iglesias anunciaban la llegada de los aviones. Entonces teníamos que bajar las escaleras corriendo para guarecernos en el sótano del edificio donde vivíamos y esperar allí, reunidas todas las familias de los distintos pisos, hasta que los aviones se retiraban. Las bombas hacen un sonido especial cuando van bajando por el aire, es como un silbido aterrador, ese era el momento de mayor miedo. Nos abrazábamos a mi madre y esperábamos. Cuando se escuchaba el estallido, sabíamos que esa bomba no nos había tocado a nosotros.

Las paredes del sótano fueron forradas con colchones de las casas para proteger a los allí refugiados, por si explotaba alguna bomba en la acera. Varias veces tuvimos que pasar más de una semana en el sótano, con escapadas mínimas a las casas, casi siempre en las noches, para regresar inmediatamente. En una ocasión, una bomba explotó en la ventanilla del sótano que daba a la acera de la calle y la pared cayó sobre las familias hacinadas en el salón. Los colchones protegieron sus cuerpos y no hubo más que heridos, entre ellos yo. Un pedazo de metralla que saltó de la bomba cayó sobre mi muslo y me hizo una pequeña herida, de la cual salía la sangre en abundancia. Como casi no había con qué curarla, solo un desinfectante que mamá utilizaba, la herida no pudo ser suturada y cuando sanó, mucho después, siempre dejó una marca en forma de círculo. Pero otros salieron peor, con heridas en la cara y cuerpo, y mucha sangre perdida. Nunca podré olvidar ese día en que un bebé, hijo de una amiga de mi madre, sangraba por la cara y casi no se veían sus ojos. Después lo vimos vendado y no fue tan grave como parecía al principio.

El comedor de nuestra casa recibió el impacto de varias balas de cañón, dejando boquetes en la pared, además del destrozo de la mayor parte de la vajilla y los vasos. Inconcebiblemente, en una jarra de cristal había caído un pedazo de ladrillo sin romperla, y nosotros la guardábamos como un trofeo de guerra. Al paso de los días, ya los bombardeos no nos asustaban tanto y, aunque bajábamos al sótano, lo hacíamos con naturalidad, y siempre tratábamos de llevar las cosas más necesarias: sobre todo agua o algo que comer. En varias ocasiones nos sorprendió la llegada de los aviones en medio de la comida, así que cada uno cogía su plato antes de bajar al sótano, creo que lo poco que había para comer no era para desperdiciarlo por una bomba más o menos, así pensábamos.

Los días iban transcurriendo sin que los republicanos pudiesen tomar la ciudad, y la vida había que organizarla para poder sobrevivir sin enloquecer. Las escuelas estaban cerradas pues no se podía caminar por las calles. Mi madre decidió, con la ayuda de las hermanas, seguir con las lecturas y el estudio, además de enseñarnos las más diversas tareas: bordar, tejer, escribir cuentos cuando había electricidad, realizar juegos con las manos o las cartas, y otras muchas cosas. Había que entretener a cuatro niños, la mayor de diez años y la menor de cinco. En las largas estancias en el sótano, la tarea más repetida era la de tejer, pues hasta con la luz de un mechero se puede llevar el hilo de lana a las agujas. Llegamos a saber hacerlo muy bien, incluso mi hermano, el que era más difícil de controlar. Mi madre tejía con gran habilidad con cinco agujas, de pequeño tamaño cada una, con las cuales se tejen tapetes circulares y llegamos a aprender y manejarlas muy bien.

Lo otro más difícil era entretener los estómagos de esos niños, y los suyos propios, pues la comida iba siendo cada vez más escasa; llegamos a tener que desayunar cocimiento de alpiste, primero con azúcar y luego sin azúcar. Creo que todos pasábamos hambre, pero como es lógico, yo recuerdo la mía en particular. En el edificio había una madre sola con un niño de brazos, su esposo estaba en las filas de los milicianos de la República, y todavía le quedaban unas latas de harina lacteada para alimentar al bebé. El niño, como casi todos, no terminaba de tomarse el pomo de la leche y yo tenía la costumbre de quedarme a su lado mientras él ejecutaba la acción de beber, para cuando al final, si dejaba una onza o dos en el biberón, su mamá le quitaba el chupete para que yo tomase el resto. No sé si alguno de mis hermanos hizo algo semejante, pero yo re-cuerdo que esperaba ese momento con ansia, tal vez por ser entre todos, la más saludable y hambrienta. Cuando ya yo tenía veinte años y nació mi primer hijo en Cuba, me recomendaron darle harina lacteada; ya tenía dormida en mi memoria el hambre de aquellos días de la infancia, pero cuando probé el preparado que le iba a brindar a mi hijo, el corazón me dio un vuelco y comenzó a latir apresuradamente: tenía ante mí la niña de siete años que esperaba los restos del biberón del bebé vecino. Los olores y los sabores, así como la vista, actúan como un resorte de la memoria en un momento dado, y eso me había ocurrido al olor y sabor de aquella harina lacteada de mi hijo.

Para poder adquirir un poco de pan había que pasar largas horas de cola, esperando el turno en una panadería, igual que para comprar unos huesos con los cuales hacer sopa. Si teníamos suerte, podíamos comprar un hocico de vaca, que le llamaban *morro*. Pronto se acabaron las colas y el pan y los huesos.

Mi madre estaba sumamente preocupada por el esposo preso, pues se oían noticias alarmantes por la radio acerca del exterminio de pobladores en las regiones del sur y centro de España, donde los fascistas fueron haciéndose fuertes. Especial emisión radial era la del general Queipo del Llano, desde Andalucía, donde exhortaba a los militares rebeldes a no dejar ningún «rojo» vivo.

Por otra parte, desde que había empezado la guerra, no se tenían noticias del tío Caprasio, que se había quedado en Gijón cuando sus hermanas vinieron a pasar las vacaciones con nosotros. Gijón, después de encuentros sangrientos, no pudo ser pasto de los rebeldes y quedó en manos de la República, así que en nuestra ciudad sitiada de Oviedo no teníamos noticias suyas. Años más tarde supimos que estaba incorporado a las milicias republicanas, y que en los años de la guerra llegó a ser teniente de artillería. Pero en los días del sitio de Oviedo, nosotros no sabíamos si era vivo o muerto.

Los prisioneros de la cárcel de Oviedo no fueron ultimados en la misma, como indicaban las arengas de Queipo del Llano, porque se temía a las represalias por parte de los republicanos si

lograban entrar en la ciudad. La cosa cambiaría cuando las tropas fascistas triunfantes en Galicia pudieron abrir un corredor en el cerco republicano y entrar en la ciudad de Oviedo. Entonces comenzó la cacería de los rojos y la desaparición y muerte de muchos de ellos.

La República se vio sin recursos para obtener las armas y municiones imprescindibles para luchar contra el ejército sublevado. Los dictadores fascistas, Hitler y Mussolini, ayudaban con armas, aviones y pertrechos a las tropas del general Francisco Franco, puesto al mando de las tropas sublevadas. Tropas de infantería italiana lucharon al lado de los fascistas españoles. La entonces Liga de las Naciones, temerosa ante el avance del fascismo alemán y dispuesta a realizar concesiones, no quiso ayudar al gobierno republicano legalmente constituido, y para esconder sus falsedades frente a la opinión pública mundial, creó el Comité de No-Intervención, a través del cual se controlaría la participación de naciones extranjeras en la guerra de España. La guerra era, decían, un asunto interno de los españoles. Como resultado de esta política llamada de No-intervención, a la República le fue negada la adquisición de armas y municiones, sin que por ello dejasen de entrar las ayudas alemana e italiana a la zona que llamaban «nacional», o sea, a los fascistas. La ayuda que comenzó a llegar por parte de la entonces Unión Soviética, en aparatos militares, asesores y alimentos, no era suficiente y en 1938 dejó de existir. De México, la ayuda era más moral que material, aunque las municiones enviadas, con el esfuerzo de los obreros mexicanos, fueron de mucha importancia.

A mediados del mes de noviembre de 1936, y a pesar del cerco republicano a Oviedo, lograron entrar en la ciudad tropas de la legión mora, al mando de oficiales españoles. Como nuestra casa estaba en las afueras de la ciudad, y como dije, desde la cocina se divisaban las trincheras de los republicanos emplazadas en el Monte Naranco, una noche las tropas moras entraron a desalojarnos de nuestra casa. El edificio entero se convertiría en trinchera.

La impresión de aquellos hombres de tez oscura, con ropas enormes, la cabeza con turbante y el mal olor que despedían, no ha podido borrarse de mi memoria. Mi madre, a toda prisa, nos hizo poner varios vestidos, uno encima del otro, con el objetivo de no pasar frío al salir a la calle y también para poder llevarnos la mayor cantidad de ropa posible. En el mes de noviembre y en Asturias para esas fechas ya el frío era intenso. Mi madre y tías cargaron algunas cosas de valor y entonces comenzó la larga fila de personas que tenían que abandonar las casas de la Plaza de América. Para no salir a la calle y evitar los disparos de los sitiadores, se hicieron unos huecos en las paredes entre las casas y por allí teníamos que pasar todos. Lo peor era que, al final de las edificaciones, no había otro remedio que cruzar la tenebrosa calle que estaba descubierta ante las trincheras del Naranco. Hubo que cruzar de dos en dos, corriendo, eso pudo salvarnos pues casi no se disparaba en las noches y esa de noviembre no era muy clara, sino que estaba cubierta de nubarrones, con la consiguiente lluvia casi imperceptible que los asturianos llaman el «*urbayo*». Fuimos pasando unos detrás de otros, con un miedo atroz, tanto al pasar, como al esperar que terminase el resto de la familia. Por suerte, todos cruzamos sin que nos ocurriese algo grave.

Caminamos todos hacia el centro de la ciudad, donde no llegaban las balas, aunque sí las bombas. Mi madre con toda su comitiva, se dirigió a casa de los amigos Germán y Cándida, los que nos recibieron con amor y nos alojaron en la tienda de ropa, unos en el suelo y otros en el mostrador.

Todo era muy complejo. Los militares sublevados que controlaban la ciudad, obligaron a todos los hombres en edad a prestar servicio militar obligatorio, así que los dos hijos de la familia, que siempre habían tenido ideas republicanas, estaban en las trincheras defendiendo la ciudad en manos fascistas, contra sus amigos los republicanos. Todas las guerras son duras, pero las civiles lo son aun más pues no sabes si tu vecino o amigo de la víspera es todavía tu amigo o ya es tu enemigo. Luis, como ya dije, se pasó a las filas republicanas en un ataque intenso de los sitiadores de la ciudad. Alfonso no quiso arriesgarse y se quedó con los fascistas, ya para siempre.

En la casa de Germán pasamos más de quince días. Mi padre le escribía a su esposa que sabía que no estábamos cómodos, pero le aconsejaba que pensase bien si debíamos regresar a nuestra casa, puesto que lo primero que había que valorar era la seguridad de la familia. Incluso le sugirió a mi madre que escribiese al Sr. Macario, Director del Hospicio y amigo de ambos, pues consideraba ese un lugar seguro para refugiar a la familia, y así «*probar a los amigos*». No

tengo noticias si mi madre escribió o no a este señor, pero ella decidió regresar a nuestra casa cuando los moros la dejaron para pasar a la ofensiva contra los republicanos.

A nuestra llegada, la casa parecía una pocilga; varias sillas, gavetas y alguno de los muebles, además de libros, habían sido utilizados por los moros para hacer fogatas con las cuales defenderse del frío. Las necesidades las habían hecho fuera de los baños, en cualquier parte. Con gran entereza, mi madre organizó a su tropa familiar y en pocos días pudimos seguir viviendo con la «normalidad» de la guerra.

No era cosa fácil, pues otro de los males que acosaban a los pobladores de la ciudad sitiada era la falta de agua. El acueducto de Oviedo estaba situado en el Monte Naranco y como ese lugar lo dominaban los milicianos de la República, cortaron el agua con el objetivo de rendir a los militares sublevados. En algunas casas existían pozos de agua, como era usual en aquellos tiempos, pero era un agua muy turbia y la además escasa. Las familias tuvieron que ir a esos pozos a buscar el precioso líquido, a riesgo de perder la vida.

Aurora, las tías, mi madre y hasta los niños transportábamos el agua en cubos y baldes grandes. Luego esa agua había que dejar que se asentara para que el lodo quedase en el fondo, sacarla con un jarro sin moverla mucho y después hervirla; eso mientras duró el carbón acumulado en la casa, aunque mi madre llegó a sacrificar algunos muebles para hacer fuego en la cocina. Un día, Aurora y yo regresábamos de buscar el agua; ella llevaba en la cabeza un balde grande y en una mano un cubo, mientras yo cargaba dos cubos pequeños, uno en cada mano. Casi al momento de entrar en nuestro edificio, se oyó un ruido tan fuerte que nos estremeció a las dos y nos dejó sordas por unos instantes. Aurora reaccionó y me dijo, «corre, corre hacia la casa», y así lo hice. Cuando estábamos dentro del edificio me pidió que la ayudase a bajar el balde de la cabeza, por su pierna corría la sangre en forma impresionante, me pidió que buscase ayuda. Llena de pánico subí las escaleras gritando por mi madre. El ruido que oímos fue el de la bala que explotó en la acera, después de atravesar la pierna de Aurora, casi al nivel de mi pecho. Rápidamente mi madre la curó y la acostó hasta su recuperación, pero el agua tuvimos que seguirla buscando de la misma forma, y con igual peligro.

En medio de tantas vicisitudes, otra más se cernió sobre nosotros. El abuelito estaba enfermo, necesitaba la medicina que siempre usaba para su dolencia del riñón, un diurético, y no se encontraba en ninguna parte. Comenzó a hincharse y a perder ligereza, hasta que se postró completamente. Los niños veíamos andar apuradas a las tías y a mi madre, y ya no nos dejaban verlo, hasta que un día murió tranquilamente.

Mi padre supo lo ocurrido y solo preguntaba si había sufrido mucho para morir. Luego le recomendaba a mi madre que tenía que ser fuerte y proteger a toda la familia; estaba desesperado por el tiempo que llevaba en la cárcel sin poder hacer algo por nosotros. Luego vino el problema de enterrar al abuelo. Como el cementerio estaba en las afueras de la ciudad, nadie se atrevía a llegar al mismo, ni había carpinteros que quisieran hacer la caja donde poner al pobre anciano. Recuerdo la puerta de la habitación en la que yacía el abuelo muerto, siempre cerrada mientras mi madre y tías hacían gestiones para lograr su entierro. Por fin, vinieron a buscar el cadáver para ponerlo en una caja de madera vieja, y luego enterrarlo en un solar yermo cercano a la casa. Hubo que llamar a un cura para que oficiase en el duelo, so pena de ser castigada toda la familia por atea. Todo se hizo con una rapidez inusitada, nadie quería permanecer fuera de las casas nada más que el tiempo imprescindible.

Las fuerzas republicanas comenzaron a sufrir un retroceso en Asturias. En la provincia de Galicia se había entronizado el poder de los franquistas desde el primer día del alzamiento y allí se hicieron fuertes y se organizaron para pasar a la ofensiva contra su vecina provincia asturiana. Fueron tomando algunas poblaciones hasta que lograron abrir un corredor que llegó hasta la misma capital, Oviedo. Los re-publicanos que cercaban la ciudad no tenían municiones suficientes y comenzó su repliegue. La apertura del corredor gallego cambió la actitud de los militares que dominaban la ciudad de Oviedo. Las matanzas comenzaron a proliferar, y todos los días aparecían cadáveres en las calles y en el Campo San Francisco. Este «Campo» o gran parque, es una extensión de bastante dimensión que está en la parte céntrica de la ciudad; había pertenecido a la orden de los franciscanos hasta la desamortización general de mediados del siglo XIX. Luego pasó a formar parte integral de la municipalidad como un centro de paseo,

donde crecían árboles de gran tamaño. El campo tiene calles adornadas de flores y bancos para sentarse las familias en sus ratos de descanso y muchas fuentes y surtidores. Para ir de nuestra casa en la Plaza de América hasta El Fontán, la parte vieja de la ciudad donde vivían los amigos de mis padres, o para comprar alguna fruta o verdura en el mercado que allí se establecía, había que pasar por el Campo San Francisco. Antes de la guerra nos gustaba mucho pasear por él y corretear en sus pequeñas avenidas, pues era un lugar de esparcimiento de la población.

Durante la guerra, pasábamos alguna que otra vez por el Campo, hasta que comenzaron a aparecer cadáveres o manchas de sangre con figura humana, que denotaba el hecho de que algún muerto ya había sido recogido. Es una impresión terrible para cualquiera, pero más para nuestros ojos infantiles. Mi tía Lola, que era un poco poeta, le dedicó unos versos a estas imágenes que se nos plasmaron en las retinas por muchos años.

«El Campo San Francisco, / está vestido de negro, / y están los árboles tristes, / porque ya no hacen sus juegos, / los niños que en otro tiempo / llenaban el campo entero (...) / No es, en fin, candente bala, / la que da tristeza al parque, / si no ver en sus arenas / con claridad dibujarse, / la triste forma de un cuerpo / que solo se desangrase /. Me da dolor, terror y miedo / ver esas manchas de sangre, / fieles testigos del crimen / que consumara un cobarde, / apoyado por las flechas / de la Española Falange.»

El día 12 de diciembre de 1936, cuando la tía Elena llegó a la cárcel como todos los días para entregar la cesta con algunos alimentos, ya muy reducidos, y varias cartas, le dijeron que el preso José ya no estaba en esa prisión, pues había sido trasladado a otra cárcel de la retaguardia. Le devolvieron la cesta del día anterior con la última nota de mi padre. Nos ha contado Elena que no supo qué hacer. Caminó por la ciudad con aquellas dos cestas en la mano sin tener valor para regresar a la casa y contarle a su hermana Consuelo lo su-cedido.

Mientras tanto, mi madre esperaba ansiosa el regreso de la hermana con la cartica diaria que la hacía revivir, pues leer lo que su querido Pepe le escribía, le daba ánimo para seguir la lucha diaria. Le pareció que Elena se tardaba más de la cuenta y comenzó a pensar que algo había pasado. La casa, después de la muerte del abuelo, estaba más triste que nunca. Por fin, llegó Elena con la noticia. Nadie pudo explicarle a dónde lo habían llevado, solo dijeron en muy mala forma que los habían trasladado para cárceles de la retaguardia. La noticia nos desplomó a todos, mayores y niños. Por la noche de ese mismo día, un amigo de mis padres visitó la casa y contó que temprano en la mañana había visto salir de la cárcel un ómnibus lleno de prisioneros, entre los que se encontraba Pepe. Habló con él unos segundos, los suficientes para que pudiese enviar un mensaje: *«Dile a Consuelín que se cuide, que no se a dónde me llevan, pero que no se preocupe por mí, que cuide a los hijos y los defienda contra todos, pues ya él no podrá hacerlo»*. El dolor que se siente ante ese mensaje no es posible describirlo. Vimos a mi madre llorar mientras nos abrazaba y juraba cumplir con Pepe el cometido de cuidar a sus hijos.

Mi madre no se arredró y al día siguiente comenzó a averiguar por el paradero de su esposo. Visitó el cuartel de la Guardia Civil y allí comenzaron a preguntarle por su vida sin responder acerca de su indagación. Mi tía Elena, que la acompañaba a todas estas gestiones, le recomendó no arriesgarse tanto si quería cumplir con el cuidado de los hijos.

A los pocos días, llegó a la casa una citación para que Consuelo se presentase en el Cuartel de la Guardia Civil, acusada de haber robado unos cubiertos de plata a un vecino. El mismo vecino que la acusaba sabía de sus ideas republicanas y quiso que la dejasen prisionera también, como a su esposo. Después de una interminable espera en el cuartel, la interrogaron acerca de dónde estaba su esposo, a qué se dedicaba ella, qué había ocurrido con su hermano, y otras cosas más, sin hacer referencia al robo de los cubiertos por lo cual la habían hecho ir al cuartel. Salió de allí a altas horas de la noche, mientras en la casa esperábamos ansiosos por el resultado de la acusación. El vecino que la acusó sabía muy bien que no era cierto lo del robo, lo que quería era obligarla a ir al Cuartel para que la dejasen detenida.

Otro día vinieron a buscar a la mamá del bebé que me dejaba un poco de su leche en el biberón, y con ella volvieron a llevarse a mamá para la Comisaría. El bebé quedó a cargo de su abuela, una mujer anciana. Esa noche muy tarde, casi de madrugada, mi madre regresó, pero no así la joven. Nos contaba que, ante preguntas incisivas de la Falange, que era la que dominaba la Comisaría, ella se enfrentó con la verdad: ella no sabía el paradero de su esposo desde que lo

habían sacado de la cárcel, lo único que le habían dicho era que había sido trasladado a la retaguardia. La otra chica negó estar casada para no tener que decir que su marido estaba en el frente republicano. Su engaño fue descubierto allí mismo por un delator presente, el mismo que las había acusado.

Cada día se hacía más peligrosa la situación de mamá, y hasta de mi tía, por ser ella maestra también, así como la de los hombres y mujeres de ideas republicanas que radicaban en las zonas dominadas por los fascistas.

A los pocos días, una nueva persecución se cernió sobre nuestra madre. Recibió una carta de la Sección de Educación de la Provincia de Asturias, en la cual se le comunicaba que tenía que devolver el dinero de los salarios devengados como Miembro del Tribunal de Examinador de Maestros. Según ellos, Consuelo los había recibidos durante los meses de agosto de 1936 a febrero de 1937, y si no los devolvía sería encarcelada por robo al Estado. Desde el comienzo de la guerra, en julio de 1936, ella no había percibido salario alguno, y los tribunales habían sido suspendidos, así que esa reclamación solo tenía por objetivo abrirle un expediente disciplinario por el cual la podían encarcelar, si no cubría el monto que se le reclamaba. ¡Era demasiado, ya no podía luchar contra sus enemigos!

Pensó no pagar, pero luego decidió sacar del banco el dinero que quedaba, excepto una cantidad mínima para no cerrar la cuenta, y para asombro de sus acreedores, pagó el injusto reclamo, quedándose apenas sin dinero para seguir viviendo. Después de estas acusaciones continuaron las persecuciones, incluso llegaron a registrar nuestra casa sin permiso judicial alguno y con formas despreciativas y violentas hacia toda la familia. La vida de mi madre corría peligro, igual que la de su esposo. Ambos formaban parte del Magisterio, igual que tía Elena, y este fue uno de los sectores más perseguidos por los fascistas durante la guerra y después de terminada. A los maestros se les acusaba de haber sido los inoculadores del «virus republicano» en la enseñanza y, por tanto, responsables de los grandes males que aquejaban al país, por lo cual debían ser aniquilados para la «salvación de España».

Tía Elena decidió comunicarse con su padre en Cuba y plantearle el real peligro que corría la vida de Consuelo, más involucrada que ella misma. Mi abuelo Caprasio atravesaba una época muy difícil desde el punto de vista económico, por la crisis que persistía en la Isla desde 1929. Pero, reuniendo lo poco que tenía y pidiendo dinero prestado, compró los siete boletos para el barco, y se puso en contacto con el consulado cubano en Portugal, que tenía una pequeña delegación informal en Galicia, para solicitar la salida de sus hijas y nietos de España.

Mi madre no quería irse de su tierra sin saber algo cierto acerca de su esposo. Los amigos le decían que cuando sacaban hombres de la cárcel diciendo que iban a la retaguardia, casi siempre era para ametrallarlos en algún lugar, pues ya se habían encontrado varias fosas comunes en las laderas de las montañas. Pero ella quería estar segura si era cierta o no su muerte. No había manera de saberlo, pues en las averiguaciones que siguió realizando siempre le decían que se daba por desaparecido, y que no buscarse en ninguna otra cárcel, como ya lo estaba haciendo. En la Comisaría de Oviedo, un militar que al parecer se compadeció de la mujer que ansiosamente buscaba al marido, le dijo que le recomendaba aceptar el viaje a Cuba que le ofrecía su padre, antes de que sus hijos quedasen huérfanos de madre también.

Tal vez por la promesa hecha al esposo de cuidar de los hijos, y también porque quería ayudar en otra parte a la República, pues donde estaba, en territorio bajo dominio fascista, no podía hacer nada, ni siquiera trasladarse a la zona republicana, se decidió a comenzar el arreglo de los papeles para viajar a Cuba.

Lo primero que había que hacer era sacar pasaportes para ella, sus hermanas y sus hijos. Pero el de ella y sus hijos, de acuerdo a las leyes vigentes, no se podía hacer sin la autorización del marido, así que tuvo que solicitar una documentación especial que daba a José oficialmente como desaparecido, «*que tuvo lugar en circunstancias especiales de anormalidad, cual es la lucha contra el marxismo*», como reza el final del referido documento. Después de tanta búsqueda infructuosa, mi madre solamente tenía un papel oficial que certificaba que su querido Pepe estaba «desaparecido». Aunque siempre temió que lo hubieran matado, el hecho de no encontrar su cuerpo ni señales de su muerte le daba alguna esperanza de que no hubiese muerto, solo estaba desaparecido, y con esa definición tal vez algún día lo podría encontrar.

Ya no podía hacer otra cosa que aceptar su salida de España hacia Cuba. Ahora había que deshacer la casa, pero no quiso, ni pudo, vender nada, solo dejar los muebles, la máquina de coser y la de escribir, además de los libros —algunos los trajo consigo hacia Cuba— en manos de amigos, con la idea de recuperarlos a su regreso. Estaba segura de eso, de que regresaría para encontrarse con su amado esposo y volver a vivir juntos en su querida provincia asturiana, y si él no aparecía, regresaría con sus hijos asturianos a vivir en su tierra.

VI

La partida

Después de innumerables gestiones, en el mes de julio de 1937 ya estaban todos los papeles y permisos necesarios para salir de Oviedo hacia La Coruña, en la provincia de Galicia, donde radicaban unas oficinas que atendían asuntos del consulado cubano radicado en Portugal. Había que despedirse de sus amigos entrañables Germán y Cándida, fieles a la amistad a riesgo de correr la misma suerte que mis padres por el solo hecho de ser sus amigos. Desde mi visión de niña, Candidina era una especie de hada, por lo mucho que nos quería y lo demostraba. Nos abrazó llorando, al igual que sus padres. Años después, en Cuba, recibimos carta suya con las mismas expresiones de cariño de siempre, y por suerte, cuando estuve en Oviedo tantos años después, pude verla en su casa, ya era viuda del hermano mayor de Alejandro Casona y tenía tres hijos. La memoria infantil no me había engañado, pues seguía siendo una señora encantadora, cariñosa y bella.

¡Cuánto le debe haber costado a mi madre despedirse! Muchos años después, encontramos unos escritos suyos de aquellos meses anteriores a la partida, entre ellos uno que ella misma tituló, IN MEMORIAN, en el cual escribió: *«Esposo amadísimo: Aquí, en tu propio cuaderno, donde tú tenías destinado resumir el trabajo honrado a que siempre estabas dedicado, el estudio aquí, alma de mi alma y ser de mi ser, voy a plasmar algo, muy poco, de tanto y tanto como tengo que contarte. ¡Con quién esparciré yo mi alma, esposo inolvidable! Diez meses sin estar a tu lado y sin esperanzas de que jamás lo vuelva a estar. ¡Cómo podré yo resistir esta vida cortada, más que cortada, deshecha, triturada! No. No. Yo necesito....»* El escrito quedó truncado, igual que su vida.

En la despedida no la vimos llorar, sino consolar a los viejos amigos que no sabían nada de su hijo Luis, el que se había pasado a las filas republicanas. Caminamos en silencio de regreso a la casa desde El Fontan; pasamos por el Campo San Francisco despidiéndonos en silencio de sus árboles, de sus flores marchitas por la falta de atención, de sus boquetes en las aceras y en la tierra que habían abierto las bombas caídas, y llegamos a la Plaza de América, donde la mayor parte de las casas y edificios estaban parcialmente destruidas. Otros amigos fueron a despedirse en nuestra casa, muy pocos, por temor a represalias. Aurora, la chica que vivió con nosotros el año de guerra, quedaba en la ciudad, pero se iría para su pueblo en cuanto pudiese.

Así llegó el día de la partida. De Oviedo estaban saliendo unos ómnibus viejos, hacinados de gentes, en dirección a Galicia, los cuales pasaban por varios pueblos asturianos antes de llegar a la otra provincia. Todo el que tenía familia a quien recurrir, o aquellos que ni siquiera sabían a dónde ir, quería salir de la ratonera en la que se habían vivido tantos horrores. Igual salían gentes de ideas republicanas, que los de ideas fascistas o falangistas, o simplemente, los que no tenían ideas políticas. Lo importante era huir, huir de la ciudad destruida, arruinada y hambrienta. Huir del peligro aún latente de la guerra.

Como éramos siete pasajeros, fue necesario esperar horas para poder tomar un ómnibus en el que cupiésemos todos. Por fin, viajamos en uno de ellos y salimos de la ciudad. Apenas la vimos a nuestras espaldas, aunque en esa época del año, los días son claros, pero la sentíamos en nuestra piel, alejándose poco a poco.

El viaje era incómodo y lento, el ómnibus paraba en casi todos los pueblos donde se bajaban unos pasajeros y subían otros. En cada parada era necesario presentar los papeles de autorización para viajar, por lo cual siempre teníamos miedo que algo nos detuviese. Cuando mi madre tenía que presentar el papel que daba por desaparecido a su esposo, nos demoraban el regreso al transporte, con el consabido miedo de todos. Fue un viaje difícil y doloroso.

Mi madre llevaba unos termos con una leche aguada para que tomásemos en el camino y unos pequeños trozos de pan; así que el hambre seguía siendo nuestra fiel compañera. En la medida que nos alejábamos de la ciudad de Oviedo y nos acercamos a Galicia, en los pueblos por los que pasábamos había algunas cosas que comer, como frutas y alguna que otra golosina casera que los del lugar vendían en las estaciones del ómnibus, pero no podíamos comprar mucho pues el dinero, a esas alturas, era poco y todavía faltaban muchos caminos para llegar a Cuba. Hasta que, por fin, llegamos a la ciudad gallega de La Coruña.

Cuando arribamos a ese lugar nos pareció, en nuestra imagen de niños, que era una bellísima ciudad; allí no había bombas, allí se podía caminar por las calles sin que una bala te hiciese volar en pedazos, como lo habíamos visto en nuestra calle. Las casas y edificios estaban en pie, sin derrumbes que delatasen los cañonazos o las bombas. Ya se nos había olvidado cómo era una ciudad sin guerra.

Nos alojamos en una posada que nos pareció una maravilla, toda la comitiva en una habitación. No había boquetes en las paredes, ni escombros en las habitaciones, y lo que era mejor, podíamos dormir sin temor a las balas, o a las sirenas que anunciaban la llegada de aviones para bombardear teniendo que bajar corriendo al sótano, y, aunque la comida no era abundante, no tenía comparación con lo que habíamos sufrido en Oviedo. Todo nos parecía un manjar, hasta tal punto nos impresionamos, que todos los hermanos aún nos acordamos de un helado de mantecado que mi madre nos compró en un lugar cercano a donde estábamos alojados.

Cuál no sería la sorpresa de los niños cuando al día siguiente nos llevaron a un parque de diversiones que funcionaba cerca de la posada donde estábamos viviendo. Montarnos en unos carros que daban vueltas, reírnos por esas gracias, era una cosa casi olvidada, después del año de guerra que habíamos vivido. Se nos había olvidado cómo viven los niños cuando no hay guerra; y en Galicia no parecía haberla. Es cierto, luego lo supimos con certeza, que los republicanos gallegos fueron duramente perseguidos y asesinados como en cualquier otro lugar de la España franquista, pero como no había tiroteos, ni trincheras, ni bombardeos, la ciudad no parecía el mismo país enfrentado en esa cruenta Guerra Civil. Por eso, mi recuerdo de La Coruña siempre está asociado a la limpieza, la tranquilidad, casi la felicidad infantil, dentro de mis temores internos. Aún no he podido volver a esa ciudad de mis recuerdos infantiles, pero si algún día logro llegar a La Coruña, seguro me sentiré tan feliz, a pesar de los temores constantes—como cuando a mamá la detuvieron unos oficiales en plena calle, para registrar el portafolio que había sido de papá y para hacerlo cortaron la cerradura de un tajo— como pude serlo en esos cinco días que vivimos en ella.

Cuando estuvieron los documentos necesarios para entrar en Portugal, después de que mamá tuviese que presentarse varias veces al Cuartel de la Guardia Civil para ser interrogada, lo que nos proporcionó un nuevo temor, tomamos un tren que nos llevaría a Lisboa. El tren estaba repleto de gente que se disputaba los bancos de madera dura del vagón, pero después de muchos esfuerzos y empujones, nos pudimos sentar muy pegados unos a otros en el mismo banco; Berta, sobre mamá y las tías y los niños restantes muy apretados para ocupar el menor espacio posible.

En la frontera entre España y Portugal, el tren tenía que hacer una parada larga, para que los oficiales de la aduana portuguesa diesen el visto bueno para seguir el viaje. Aquí sí que tuvimos mucho miedo otra vez. Portugal estaba gobernado por el dictador Antonio de Oliveira Salazar, el gran amigo de Francisco Franco, y la sola presencia de españoles queriendo salir de España, algunos tachados de «rojos», acondicionaba un sentido de represalia contra nosotros.

Nos pasaron a todos a un lugar que tenía varias dependencias. A los niños nos dejaron solos en una sala mientras a las tres mujeres las registraban de una forma ofensiva. Mi hermano Pepín no podía evitar la expresión de ira, quería entrar y pegarse con todas esas mujeres que habían maltratado a la madre y las tías. Mi hermana Tinita, tan responsable y madura, cuidaba a las

pequeñas mientras trataba de calmar a su hermano, hasta que salieron mamá, Elena y Lola del registro. Al salir mamá, Berta que no había dejado de llorar, cayó desmayada. Luego nos tocó la revisión a los niños, aunque fueron mucho más considerados, solo miraban para ver si llevábamos escondidas algunas prendas de oro o cualquier otra cosa de valor.

Por fin, al tren nuevamente. Creo que a partir de ese momento, por lo menos los niños, logramos dormir bien apretujados, aun-que las tres mujeres, después de tantos malos ratos y el cansancio acumulado, también dormitaron un poco.

Después de varias horas llegamos a la ciudad de Lisboa. Otra ciudad preciosa, sin guerra. En ella también tuvimos que esperar varios días hasta la salida del vapor que nos conduciría hacia América. A la jornada siguiente de la llegada, mi madre y tías fueron con nosotros al Consulado Cubano, donde después de una larga espera, pues había numerosas personas haciendo la misma gestión que nosotros para viajar, fuimos atendidos con amabilidad. Nos explicaron que teníamos que esperar algunos días para recibir la documentación en orden, incluyendo los pasajes del buque que mi abuelo había enviado a través del propio Consulado; y también había que esperar a la llegada del barco que venía de otros puertos europeos, habiendo salido de Hamburgo, así que no quedaba otro remedio que pasarlos en esa ciudad portuguesa.

Mientras aguardábamos, nos alojamos en una pequeña fonda cerca del puerto, con todo nuestro equipaje, que era bastante grande, pues mi madre trató de llevarse cuanto pudo, incluyendo libros valiosos. La comida, sin ser muy abundante, iba amortiguando poco a poco la debilidad que todos habíamos adquirido en los tiempos del sitio de Oviedo.

Las calles cercanas al puerto eran muy inclinadas y los tranvías tenían que ser arrastrados por cables para que pudiesen subir, y las aceras eran de escaleras. Las gentes que deambulaban por las calles no nos entendían cuando preguntábamos algo, ni nosotros a ellos, pero podíamos caminar sin que nos detuviesen. Por esas calles caminamos varios días, disfrutando la relativa tranquilidad que a los niños nos daba el no ver la guerra, y haber salido de la ciudad arrasada. Nos habíamos acostumbrado tanto a la vida bajo los silbidos de las balas y las bombas, el tronar de los cañones, alguno de ellos caídos en nuestra propia casa, que el hecho de que no existiesen nos parecía increíble.

En esos momentos, con mis ocho años, no me daba perfecta cuenta del estado emocional de nuestra madre. La veíamos seria, triste, pero serena para acometer todas las gestiones que tenía que hacer. Hoy pienso que tuvo que ser muy duro para ella, sumamente difícil enfrentar sola todos los peligros, los sufrimientos y la nostalgia del amor perdido.

Al fin llegó el día de zarpar. Mi madre y mis tías completaron todos los papeles para el embarque hacia Cuba en el trasatlántico Orinoco, de nacionalidad alemana. Alemania tenía un gran desarrollo económico en aquellos tiempos, y el barco pertenecía a una empresa muy importante. Desde el muelle la mole inmensa nos impresionaba sobremanera, era un barco precioso, con sus ventanillas redondas y con muchas banderitas en los cordeles entre los mástiles. Parecía que estaban de fiesta, y en parte era así, pues muchas familias europeas de reconocido rango económico, viajaban en él rumbo a América, unos en viaje de placer, otros de negocios y otros para salir de una Europa que presagiaba el peligro.

El día de zarpar, Pepín y Tinita decidieron salir a pasear solos, sin permiso de mamá, según ellos por lugares muy cerca, pe-ro no tuvieron en cuenta el tiempo. A la hora de salir de la fonda no aparecían por ninguna parte. Mamá estaba desesperada, las tías salieron por las calles aledañas hasta que por fin, tan tranquilos, regresaron a la fonda. Ni qué decir del regaño que mamá les propinó, pues por su culpa llegamos al barco casi al punto de cerrar la entrada de pasajeros.

Por fin, tomamos el trasatlántico y partimos al exilio, a otro mundo, a un mundo diferente al nuestro.

A nosotros nos tocó viajar en tercera clase, por supuesto; nos alojaron en un camarote de tres literas, o sea para seis personas. Cada uno de la familia dormía en una de las literas y mi mamá lo hacía con su pequeña Bertina.

Después de acomodar nuestras cosas en el camarote, salimos a una barandilla desde la cual veíamos alejarse la costa que nos unía a España. Nunca olvidaré la imagen de mi madre, retenida para siempre en mi memoria. Ella siempre tan fuerte, tan valiente para enfrentar las penalidades sufridas, tan luchadora en épocas de paz y en épocas de guerra, tan animosa. Estaba

de pie al lado de sus cuatro hijos, todos en la barandilla del barco, nos rodeó con sus brazos y empezó a mirar, igual que nosotros, hacia un punto fijo: la tierra que lentamente se desvanecía y desaparecía ante nuestros ojos. Todo era silencio y tensión. De pronto nos dijo: «miren cómo la tierra se irá ocultando en el horizonte». Sus ojos no se apartaban de aquella tierra que se perdía en el mar, y poco después, solo él quedó ante nuestra vista.



Retrato de Áurea Matilde, del pasaporte con el cual viajó a Cuba (agosto de 1937)

Los brazos de nuestra madre se sentían cada vez más apretados, y cuando desapareció de nuestra vista la tierra que acabábamos de dejar, mi madre no pudo contener más su angustia y estalló en hondos sollozos abrazándonos con fuerza. Esa imagen y ese abrazo no se pueden borrar de la memoria infantil. Atrás quedaba su país, la tierra donde había nacido, vivido y amado, quedaba su lucha por hacer de su patria un mundo mejor, quedaban sus seres queridos, donde era posible que la esperase su amado esposo. ¿Cuándo ella podría regresar?

El vapor «Orinoco» zarpó de la ciudad de Lisboa el primero de agosto de 1937 y llegó a La Habana once días después, un tiempo muy corto para la época. Durante esos once días lo único que tuvimos ante nuestra vista fue el mar, solo el mar rodeando la nave que nos llevaba a otros lugares y nosotros mirando siempre hacia el horizonte, esa línea que separa el agua del cielo y que nos indica cuán lejos estamos de nuestra casa.

En algunas ocasiones, cuando el tiempo no estaba muy re-vuelto y, por tanto, no había peligro de marearse, los niños solíamos acomodarnos en las barandillas de tercera clase, para mirar los peces voladores que saltaban en el agua y los delfines que siempre acompañaban al buque. Otras veces, nos poníamos a escuchar la música de los bailes de la cubierta de primera clase, o los ruidos que llegaban de alguna película que se estaba exhibiendo para sus pasajeros. Los pasajeros de tercera clase no podíamos subir a la cubierta de segunda o de primera, pero eso no nos preocupaba lo más mínimo, estábamos con nuestra madre y tías, y con ellas pasábamos el mayor tiempo del día. En el camarote había una ventanilla redonda con un cristal muy grueso y subidos a una de las literas pasábamos largo rato mirando como el mar cubría toda el espacio y era como si estuviésemos en el fondo; otras veces, con el movimiento del barco, se podía ver el cielo; eran horas de remanso para aquellos niños sedientos de paz.

Mi hermana Tinita no se mareó ningún día, así que presumía de ello con sus tres hermanos que, en algún momento, sobre todo cuando hubo tormenta en el Atlántico, nos sentimos mal y

no pudimos salir del camarote, ni siquiera a comer. La tía Elena sí que se mareó durante todo el trayecto, así que mamá tenía que atenderla constantemente.

Así pasó el tiempo hasta que anunciaron que al día siguiente llegaríamos al puerto de La Habana. Mi madre había aprovechado el viaje para contarnos cosas del abuelo Caprasio, de la ciudad de La Habana, y muchas otras cosas. La noche anterior a la llegada nos explicó que veríamos el Morro desde muy lejos de la costa. A nosotros nos pareció algo que no tenía explicación. El único «morro» que conocíamos era el de las vacas, o sea, el hocico de las vacas que se llama morro y que era la única parte del animal que se vendía a la población en los días del sitio de Oviedo. Mi hermana Tinita pidió explicación a mamá y entonces nos enteramos mejor de lo que íbamos a ver: un castillo llamado Los Tres Reyes Magos del Morro que había sido construido por los colonialistas españoles en el siglo XVI.

A la mañana siguiente, nos arreglamos con los vestidos comprados en La Coruña para la ocasión, de color claro y mangas cortas, y de una tela ligera de verano, para el verano de España. Desde que había comenzado la guerra, hacía más de un año, no habíamos tenido ninguna ropa nueva, como es de suponer. En la cubierta del barco empezamos a sentir el calor del trópico, pero aún la brisa no dejaba apreciar lo que vendría después.

La vista de la ciudad de La Habana desde el barco era preciosa, una línea de forma continua que rodeaba el mar —el malecón habanero— con una hilera de casas de colores variados. Mamá nos enseñaba: «miren esa cúpula, es el Capitolio Nacional; esa otra construcción es el Castillo de la Punta, aquel, el Castillo de La Cabaña, y ese otro el Castillo de la Fuerza»... y así, sin dejar de sentir un nudo en la garganta que le apretaba cada vez más fuerte. Sus recuerdos de la infancia en Cuba no eran muy halagüeños, aunque la ciudad que tenía ante sus ojos no tenía nada que ver con el pueblo de Bolondrón donde había vivido con su madre, ni con La Habana que recordaba de su viaje anterior, realizado en 1910.

VII

La vida en un nuevo mundo

Para bajar del barco, había que hacerlo por una escalerilla, a mí entender muy ligera, pues se balanceaba constantemente, y los escalones dejaban entrever el mar a nuestros pies. No estoy segura si mis hermanos pasaron el mismo miedo que yo, pero el mar que veía y presentía bajo mis pies me aterrorizaba y me hacía agarrarme con fuerza a la baranda. Delante bajaba mamá con Berta de la mano, después Elena que aún no se sentía muy bien por tantos días de mareo, después Tinita, Pepín y luego yo con la tía Lola cubriendo el final de la columna familiar. Al pisar tierra de cemento en el muelle, me sentí más segura. Berta y yo nos agarramos del vestido de mamá, ella tenía que tener las manos libres para saludar a su padre, tío y hermanos que fueron a recibirnos. Y allí volvimos a tener otro miedo, pues por el muelle pasaban unos hombres muy grandes, de un color negro intenso, brillante, cargando bultos del barco hacia el muelle. Aunque mi madre nos había contado de la existencia de hombres de raza negra, nunca los habíamos visto, ni imaginado, así que las dos hijas pequeñas nos colgamos del brazo de nuestra madre para protegernos. Mis hermanos mayores no sintieron ese miedo y pronto nos explicaron que no había nada que temer de aquellos hombres que estaban trabajando.

Otra sensación desagradable fue el calor. Nos parecía que algo abrasador nos rodeaba el cuerpo y casi nos dejaba sin aliento. Los vestiditos que en Galicia parecían de verano, pesaban una enormidad y, además, llevábamos un refajo puesto, así que el calor era sofocante. Aún sigue siendo sofocante el calor del mes de agosto para cualquiera que viva en Cuba, así que para los recién llegados de otras latitudes no podía ser más desagradable.

Mi abuelo Caprasio nos estaba esperando con un automóvil de alquiler en el cual nos trasladaríamos a su casa, y también en otro que había alquilado el tío Pedro y su familia, en los cuales nos acomodaron. La casa del abuelo estaba en una calle llamada Zaldo, sin asfaltar, llena

de piedras y lodo pues había llovido el día anterior. Esa calle llevaba directamente al taller del abuelo, en la calle San Martín, que era menos calle aún que Zaldo. La casa era parte de una «accesoria», o sea de un conjunto de viviendas donde habitaban varias familias que compartían un patio común. El abuelo tenía la casa del frente, con un pequeño portal que daba a la acera, pero los servicios sanitarios eran colectivos y estaban ubicados en el patio. Aquello nos pareció desagradable, pero no le dimos demasiada importancia. Lo peor fue dormir, pues lo hacíamos los siete recién llegados en una sola habitación con dos camas y una colchoneta en el suelo, y el calor era más que intenso, además de los mosquitos que nos picaban incesantemente.

En la casa nos esperaba la esposa de mi abuelo que estaba muy enferma, y una hermana suya que había ido para preparar la comida para la familia que llegaba de España. Una comida típica cubana que hoy disfruto muchísimo, pero que aquel día no me gustó: unos frijoles negros, que no había visto más que en el barco y no me habían gustado, un arroz blanco insípido —en España no tenía costumbre de comerlo así, sino como arroz con pollo—, una ensalada de aguacate, para mí totalmente desagradable al masticarla, y unos plátanos maduros fritos, llenos de grasa a mi entender. Nada, lo único que pudimos comer los tres hermanos menores fue el cerdo asado, que sí nos gustó mucho. El paladar no estaba acostumbrado a esos alimentos y a pesar de nuestro buen apetito, no pudimos comer casi nada. También estaba en contra de los sabores, el calor intenso al cual no estábamos acostumbrados y nos hacía sentirnos muy mal. No obstante, mi hermana Tinita, siempre tan diplomática, celebró los sabores de la mesa, con lo cual salimos mejor parados ante la nueva familia. En pocos días esos mismos platos nos pareció exquisita.

La nueva familia estaba compuesta por el abuelo, que era al que más conocíamos por las historias familiares, su esposa y dos hijos, Cándido, de quince años y Antonio, de nueve, uno más que yo. Al primero empezamos a llamarlo tío Cuco, pero el otro no nos parecía un tío, siendo tan pequeño como nosotros, así que le llamamos Antonio a secas. La esposa del abuelo, María, estaba enferma de tuberculosis desde hacía varios años y permanecía ingresada en una clínica, la Quinta Covadonga, la mayor parte del tiempo. En esos tiempos la tuberculosis era una enfermedad incurable. María había salido del hospital expresamente para vernos, pero casi enseguida tuvo que regresar. Mi madre y mis tías ayudaban a la hermana de María en el cuidado de la madrastra, la cual agravó rápidamente hasta su muerte, apenas un mes después de nuestra llegada. Dejaba dos niños huérfanos, el mayor enfermo como ella, a los cuales mi madre dedicó cuidados y atenciones, y se esmeró para hacerles menos dolorosa la pérdida.

De la vida en la calle Zaldo recuerdo que tío Cuco nos llevaba por las tardes a casa de un vecino para escuchar en el radio, pues en la casa del abuelo no había este artefacto, un episodio de unas aventuras que diariamente emitían, *Chan Li Po*. Nos fuimos acostumbrando a imaginar las figuras que hablaban por radio, así que esta salida de las tardes se convirtió en algo habitual y agradable. También caminábamos hasta el taller del abuelo, una nave grande que tenía en el frente superior un letrero: *Caprasio Muñiz*. El lugar era bastante peligroso pues estaba lleno de hierros, algunos muy viejos y oxidados. En una oportunidad —ya llevábamos dos años en Cuba— me hice una herida bastante fea en una mano por ponerme a mar-tillar con una mandarina muy pesada sobre uno de esos hierros viejos.

En una ocasión, viviendo en la calle Zaldo, Pepín, Antonio y yo salimos a correr a través de un placer con yerbas muy altas que había detrás de las casitas y como no se veía por donde pisábamos, yo metí mi pie en una lata vieja y oxidada, creo que de chorizos, y como era de esperar, me corté en la parte delantera de la pierna derecha. Tío Cuco me llevó, para que no se enteraran en la casa, al Hospital de Emergencias, que estaba en la calle Carlos III, cerca de la calle Infanta, pero allí no quisieron atenderme porque había muchísimos enfermos esperando, así que regresamos a la casa y me curaron con alcohol y yodo, pero como la herida era bastante grande, necesitaba una sutura de dos puntos por lo menos, así que cuando sanó, me quedó una marca muy fea. Me pasó igual que con la herida de la metralla en la guerra, y de esta se quedó la marca hasta que vino a disimularse algo cuando crecí y la piel se estiró, pero aún la conservo como recuerdo de mis andanzas infantiles, y también de la falta de atención médica a la población pobre en aquellos tiempos.

Otro recuerdo del tío Cuco se relaciona con las salidas al cine Manzanares, situado en la esquina de la calle Infanta y Carlos III, donde fuimos a ver una película argentina protagonizada

por Hugo del Carril, y otra vez una mexicana que se llamaba *¡Ay, Jalisco no te rajes!*. Ambas contenían músicas típicas de sus países respectivos. En ese cine solamente exhibían filmes de países de habla hispana, y eran muy populares, porque además de corresponder mejor con la idiosincrasia del pueblo cubano, hay que tener en cuenta que una buena parte de la población de la ciudad de La Habana no sabía leer, o leía muy mal, para poder seguir los letreros de las películas en otro idioma cuando estaban subtituladas.

Después de la muerte de la madrastra María, mi madre consiguió que el abuelo permitiese mudarnos para una casa mejor y un poco más amplia, en la calle Bruzón, que también estaba bastante cerca del taller del abuelo. En la acera del frente de esa casa había un cine llamado Maxim y solían exhibir algunas películas infantiles. Una de ella era de reciente estreno en Cuba; era el primer largometraje de dibujos animados, llamado *Blanca Nieves y los siete enanitos*, de Walt Disney. Fuimos a verla y nos pareció preciosa y emocionante. Mi hermana Berta le gustó tanto que, los días siguientes, mientras los niños mayores íbamos a un parque cercano, ella se quedaba de pie en la entrada del cine para poder escuchar la película e imaginar lo que ya había visto. Aprendía la música y la tarareaba. Un día, el acomodador del cine, viéndola tan entusiasmada con lo que oía, le dijo que se sentase en la fila última del salón, para que la viese otra vez. Lo que ni Berta ni el acomodador pensaron era que ella no dijo nada en la casa, así que a nuestro regreso del parque no la vimos y creímos que ya había subido —la casa estaba en un edificio de apartamentos y nosotros vivíamos en el segundo piso. Al llegar sin la pequeña, mi madre y tías salieron a buscarla, al igual que los hermanos. No estaba en casa de la única niña que conocíamos en el barrio. Fue un gran susto, hasta que terminó la película y Berta, tan tranquila, salió del cine y nos encontró a todos en la calle; tenía entonces seis años. Mi madre la abrazó emocionada al ver a su pequeña sana y salva.

Pocos días después, a Berta le empezaron a dar unas fiebres intensas sin saber la causa; luego siguió Pepín con esas mismas fiebres. Con la mayor rapidez, mi abuelo inscribió a Pepín en el Centro Asturiano de La Habana para que pudiese ser hospitalizado en la Quinta Covadonga. Pero Berta no se pudo inscribir hasta que no lo hubiese hecho la madre, y como era mujer, llevaba más tiempo la admisión en el Centro Asturiano, así que mamá se hizo socia del centro asistencial de los gallegos, llamado Hijas de Galicia, pero sin tiempo para hospitalizar a la niña.

Mientras, un médico que vio a Berta en la casa denunció el caso como de fiebre tifoidea; la vinieron a buscar en una ambulancia para trasladarla al hospital de Las Ánimas del Purgatorio —hoy ese lugar es el Centro Pediátrico de Centro Habana—, en aquellos tiempos, un hospital para infecciosos. A mi madre no la dejaron quedarse con la pequeña de seis años, así que solamente la podía ver a través de un cristal, y en horas específicas. La niña era tan chica que la pusieron en una cuna, y desde allí lloraba por la madre, mientras la madre la veía por el cristal. Una sola vez me llevaron para que viese a mi hermanita, y le llevé un pollito de peluche amarillo muy chico que ella conservó por mucho tiempo. Al verla desde el cristal lloré tanto que ya no me quisieron llevar más. Mientras tanto, mi madre alternaba las visitas a Berta con el cuidado de Pepín en el otro centro hospitalario, también diagnosticado como fiebre tifoidea, según dijeron en un principio, pero muy pronto los médicos determinaron que no era tal enfermedad, y achacaron las fiebres de Pepín al cambio brusco de clima. En menos de diez días, Pepín había sido dado de alta. Sin embargo a Berta la mantuvieron en Las Ánimas durante casi dos meses.

Entonces fue cuando la tía Piedad, esposa del tío Pedro, hermano de mi abuelo Caprasio, se brindó a ayudar a mi madre llevándome con ella, ya que yo no estaba enferma, solamente unos granos en las piernas, ocasionados por el cambio de clima. Tinita también tuvo unos granos sin mayor importancia. Ella no fue para la casa de los tíos Pedro y Piedad ya que era necesaria en la casa, pues como tenía once años, podía ayudar a mi madre. Así, un día, me fui a vivir con esa familia que acababa de conocer.

El tío Pedro era sargento del ejército y trabajaba en las oficinas militares radicadas en el Castillo de El Morro. Detrás había una explanada en la cual había ocho casitas iguales, edificadas para los militares que trabajaban en el Castillo. Estaban pegadas al acantilado que da a la costa, así que en ese lugar el calor era más soportable por la brisa que corría a través de las puertas y ventanas de la casa. El lugar era precioso, y durante el día lo pasaba más o menos

bien, incluso algún día bajábamos mi primo Pedrín —siempre lo consideramos primo pero en realidad era nuestro tío, por ser primo hermano de mi madre—, y yo con otros niños a bañarnos en la playa llamada El Chivo. Era una playa formada por piedras erizadas como arrecifes, pues el mar no las había podido convertir en arena. Ibamos con unos tenis viejos, pues no se podía caminar por aquellas puntas de piedra, y casi siempre con ropa ligera, una porque no teníamos trusa y además porque la ropa nos protegía de las rocas. Más de una vez regresamos arañados por el «diente de perro» de la playa. Hoy no existen esas casas pues fueron derrumbadas para la construcción del túnel que une a la ciudad de La Habana con las zonas del este de la bahía.

Tía Piedad era una mujer encantadora y trató de hacerme sentir como una más de la familia. Pedro y Piedad tenían dos hijos, uno de 16 años, Camilo, y otro de mi edad, Pedrín, unos días mayor que yo. Había una historia triste y romántica en la relación de este matrimonio. Tío Pedro se había casado con una chica asturiana y con ella tuvo un hijo, Camilo; pero el clima de Cuba no le hizo bien a la joven, así que tío Pedro regresó con ella a Asturias, donde pronto murió la esposa. El niño, de apenas tres años, se quedó con su familia materna mientras Pedro regresaba a su trabajo en La Habana. Piedad era prima de la esposa de Pedro y se encariñó con el muchachito, cuidándolo con esmero. Ella era la que escribía al padre para darle a conocer los pormenores de la vida del niño y recibía respuestas periódicas. Un día Pedro le escribió a Piedad pidiéndole que se casara con él, y así lo hizo, un matrimonio por poder, ella en España y él en Cuba. Después Piedad viajó hacia Cuba con Camilo, que la quería como a una madre, y se reunió con Pedro en La Habana, donde nació Pedrín y en nada se diferenció el cariño de Piedad para con los dos hijos. Luego tuvieron otro hijo que murió cuando apenas tenía un año. Cuando Pedrín y yo teníamos diez años, nació una niña, Claudina.

Los primeros días que pasé en esa casa fueron muy dolorosos para mí, a pesar del cariño que recibía de todos. Tenía ocho años y era la primera vez que me separaba de mi madre y hermanos, había llegado a un lugar desconocido e inhóspito, por el calor y las costumbres diferentes, me sentía abandonada. El día no era tan difícil, lo peor era la noche, cuando a la camita que me depararon le ponían un mosquitero grueso que no dejaba pasar los mosquitos, pero tampoco dejaba pasar el aire. Entonces llegaba a mi mente toda la nostalgia de mi vida al lado de los míos. Todas las noches lloraba hasta que el cansancio me dormía. Mi pobre tía, a la que pronto quise mucho, no sabía qué hacer conmigo, creo que la hice sufrir mucho también, al igual que a Pedrín que no entendía por qué lloraba tanto. La ruptura con todo lo que había sido mi vida, el desarraigo de la tierra lejana y la ausencia de mi padre, de mi madre y hermanos llegó de pronto a mi mente de niña, con una sensación difícil de describir. La necesidad de estar con mi madre me hacía sufrir enormemente. Creo que Tinita reflejó lo que nuestra madre significaba para sus hijos en unos versos, poco valiosos desde el punto de vista literario, pero tremenda-mente emocionantes para nosotros. Tinita tenía doce años cuando escribió:

Si algún día faltaras / ¡Oh! madre mía / qué sería de nosotros infelices hijos / que ya sin padre / a quien privaron de la vida / en este mundo nos encontramos / tan difícil de vencer / y con tantas fatigas. / ¡Madre mía! / sin ti el mundo qué sería / si algún día nos faltaras / madre mía / tus hijos en este mundo / de pena, por ti, morirían.

Otra de las razones por las que debía estar en la casa de los tíos Pedro y Piedad, era por la escuela. En cuanto llegué a la casa de los tíos, me matricularon en una escuela cercana a la que asistían los niños de las casas de El Morro y los que vivían en La Cabaña. Mis hermanos mayores, Tinita y Pepín, asistían al Plantel Jovellanos, el centro educacional del Centro Asturiano, para lo cual tenían que trasladarse en ómnibus los dos solos, una de once y otro de diez años, con cinco centavos para pagar el pasaje de ambos, o sea, que tenían que ocupar un asiento individual para los dos. Para mí era imposible ese traslado, así que me dejaron en la escuela de El Morro. Algún domingo Camilo o tío Pedro me llevaban a la casa del abuelo para ver a mi mamá, hermanos y tíos, pero creo que resultaba peor, pues a mi regreso lloraba mucho más.

Para salir de las casas de El Morro, había que bajar una cuesta pequeña pero muy empinada que llegaba al lugar llamado El Pescante. Allí nos subíamos a un pequeño bote de remos que servía de transporte entre El Morro y la ciudad. Al llegar al Malecón, tomábamos un ómnibus que nos llevaba por la calle Ayesterán, hasta la calle Bruzón.

Cuando pude vivir unos días en esa casa lo disfrutaba mucho pues cerca de ella había un parque y allí nos íbamos a patinar Pepín, Antonio y yo. Como solo había un par de patines para los tres, teníamos que esperar el turno entre uno y otro, creo que era más el tiempo que utilizábamos en cambiar los patines de ruedas que el que dedicábamos a rodear el parque.

Berta permaneció en el hospital Las Ánimas, y a su salida mi madre vino a pasar una temporada con los tíos Pedro y Piedad. Entonces sí que yo era feliz, pues estaban conmigo mi hermana pequeña y mi mamá. Cuando Berta se repuso un poco de la enfermedad, también asistió a la escuela conmigo y con Pedrín. Allí estuvimos el curso 1937-38. En una ocasión, la escuela organizó unas actividades deportivas, en las cuales se incluía una carrera, en la que participaban niños y niñas. Mi hermana no participaba pues era muy chica y no muy saludable, pero se divirtió de lo lindo cuando vio que yo llegué primero a la meta, incluso antes que los varones. Ella consideraba este triunfo como suyo.

Las clases terminaron a principios de junio y se realizó un acto de fin de curso. Con ese motivo, fui seleccionada para recitar, así que mi madre con ayuda de tía Piedad, me hizo una ropa de campesina asturiana. Como yo hablaba el español con la *zeta* y la *ce* pronunciadas al estilo del castellano de España, a la maestra y los compañeros de aula les parecía muy bonito, o por lo menos diferente. Algunas veces me sentí bastante confundida y avergonzada por esas diferencias, pues por cualquier cosa querían que pronunciase una palabra para oír como hablaba. No pocas veces me sentí ridícula, y algunas veces ofendida porque me llamaban «galleguita», y yo era asturiana. En Cuba se les llamaba gallegos a todos los es-pañoles, muchas veces en tono despectivo, y eso me hacía sentir mal.

La fiesta de fin de curso fue un éxito, sobre todo porque sentí que mi madre estaba muy orgullosa de mí, al poder recitar una poesía muy larga —y muy triste— que ella me había enseñado, que trataba de un niño pequeño que cuidaba las vacas:

He dormido esta noche en el monte / con el niño que cuida mis vacas / y en el valle tendió para ambos / el rapaz, su raquílica manta / y se quiso quitar, pobrecillo / su blusita y hacerme una almohada....

Mi hermana Berta no recitó, pero cantó. Desde que nació, o desde que aprendió a hablar, Berta era musical, igual que nuestra madre. Cualquier tonada la sabía interpretar bien. Ahora que lo pienso, creo que yo fui siempre fiel admiradora de su arte musical. Unos vecinos de la casa de Bruzón, le habían enseñado a cantar una rumba que estaba de moda: *¡Óyeme, Cachita! / tengo una rumbita / pa' que tú la bailes / como bailo yo...* Y Berta la aprendió enseguida y la bailaba incluso, así que no paraban de pedirle que lo hiciese, pues su pronunciación española y su don musical resultaban una combinación muy especial y simpática.

En una de las casas de El Morro vivía una señora que se dedicaba a enseñar a bordar a varias niñas, y allí me mandaron a mí, para que aprendiese y, también, para buscarme otro entretenimiento después de las clases. Desde muy pequeñas, mi madre nos había ido enseñando a coser y bordar, pero con la señora María se fortalecieron mis artes de bordadora, sobre todo el punto de cruz, con las cuales gané años más tarde mi primer salario. La nieta de la maestra de bordado, Regla, llegó a ser una gran amiga de la infancia.

Mi madre se ocupaba de nuestra atención y la de los hijos mayores, sobre todo después que Berta empezó a reponerse en el ambiente sano de El Morro, y con los cuidados de la tía Piedad. Casi todos los fines de semana mi mamá nos llevaba a la casa del abuelo para estar con Tinita y Pepín, además de atender muchas cosas más. Mi madre nos hablaba de papá, en todos los momentos importantes; aunque dejamos de verlo siendo muy niños, lo teníamos presente siempre. Nos hablaba de la mayor parte de su vida, de sus sueños, de lo que él quería que nosotros fuéramos. En asuntos de mayor o menor importancia, la presencia de papá siempre estuvo entre nosotros. A tal punto prendió en los hijos la idea de mis padres acerca de estudiar y saber, que los cuatro hermanos llegamos a ser profesores universitarios, aunque para ello los cuatro tuvimos que cursar nuestras carreras respectivas, después de mayores, ya casados, con hijos y trabajando.

La vida no era fácil para mi madre y sus hermanas, ni para los niños; sin embargo, todos nos fuimos acostumbrando a la vida en La Habana, pero siempre pendientes de lo que sucedía en

España. Tía Elena era la encargada de leer el periódico *El Pueblo*, que se compraba en la casa del abuelo para seguir la guerra, tal como la contaban en Cuba. Con gran pena, la República perdía posiciones importantes, excepto la capital, Madrid y las regiones de Valencia y Barcelona.

VIII

La lucha por la República, y por la paz

Desde nuestra llegada a esta isla caribeña mi madre había contactado con la Embajada de España en Cuba, que representaba a la República, para brindar sus servicios, mientras hacía gestiones para que pudiésemos ser repatriados a Barcelona o Valencia, las regiones todavía en manos del gobierno republicano. En esos días pasó por La Habana Marcelino Domingo, un Ministro de la República Española, que era amigo de mis padres en Asturias. Pertenecía al mismo partido en el cual militaba mi padre, Izquierda Republicana. Mi madre preparó varias cartas en las cuales solicitaba su traslado a España para que Marcelino Domingo las entregara a las autoridades competentes, especialmente al Ministro de Instrucción Pública. En las misivas le exponía las causas por las que se encontraba en Cuba: «...quedamos, lo mismo mi hermana que yo, desposeídas de nuestros derechos de funcionarias del Estado y metidas por escondrijos como si fuéramos los mayores criminales de la sociedad para asombro de mis hijos que no comprendían por qué le mataban a su padre y cómo su madre andaba camino de la Comisaría, si ellos no habían visto en su casa más que felicidad, honradez y trabajo, que es lo mismo que decir republicanos o izquierdistas». Después de agregar otras explicaciones solicitaba: «nos ofrecemos por medio de usted a la República Democrática y pedimos ser repatriadas a territorio leal, para ayudar como maestras nacionales, o recomendándonos a usted algún cargo español aquí en Cuba para el que me considero con suficientes aptitudes y más que suficiente amor a la República, cosa de que carecen bastante la mayor parte de los que están aquí viviendo del peso de España». Nunca recibió respuesta. Sin embargo, en un libro publicado después por Marcelino Domingo, aparece una referencia a la entrevista, y a varias entrevistas, que sostuvo en La Habana con mujeres refugiadas, entre ellas mi madre: «Vi a la viuda de un inspector de Primera Enseñanza de Oviedo, fusilado en Oviedo mismo. Maestra ella, también, fue detenida con su hermana, maestra igualmente. Sus padres, residentes en Cuba, consiguieron la libertad y la expatriación. Es una mujer ahilada, pálida hasta la lividez, con unos ojos negros, brillantes, hundidos en unas cuencas amoratadas: unos ojos que recibieron tan fuertemente la sensación del espanto que mirarán con espanto para siempre más. La guerra ha producido en el suelo humano de España un desgarrón incurable. Caravana de emigrantes de una tierra ensangrentada, la guerra ha lanzado hacia una y otra parte del mundo, en éxodo de dolor, a víctimas inocentes, como estas viudas y huérfanos de La Habana».

De la Embajada de España en La Habana solo recibió humillaciones, pues aunque los funcionarios pertenecían a la diplomacia republicana, no todos los empleados tenían esos ideales. Uno de esos funcionarios le asignó, como ayuda económica para los siete miembros de la familia exilada, un total de tres pesetas diarias, que era una miseria. Lo que mi madre quería era trabajo, no limosnas de la República.

Le escribió a muchos amigos de mi padre y suyos, pidiendo se acercasen al Secretario de Instrucción Pública o cualquier otro funcionario republicano que pudiesen, para apoyar la solicitud de regreso a España que ella le había enviado. Entre ellos a Maldonado, a Amador Fernández, a José Díaz Fernández, a Marcelino Domingo y otros. A una amiga, Visitación, le decía: «Querida amiga: desde el 19 de julio del año pasado hasta el momento en que te escribo, ¡cuánta tragedia tiene embargada mi alma! Estamos en La Habana, mis hermanas, mis hijos y yo. Soy una desgraciada no sé si casada o viuda, que hasta este martirio han querido darme. Mi marido cayó prisionero de los fascistas el 5 de agosto y el 12 de diciembre me lo secuestraron de

la cárcel de Oviedo sin que haya vuelto a tener más noticias de él, aunque la voz del pueblo terrible y justiciera me dice que fue asesinado. (...) Yo creo que lo mismo mi hermana Elena que yo estamos capacitadas para desempeñar un cargo en un consulado aquí en Cuba. Le advierto que esto son todo un nido de fascistas y bien necesitan algún republicano leal. De esta manera podemos ir ganando algo hasta que podamos volver a nuestra desgraciada España y vengar con toda mi alma tanto crimen como he visto y tanto como hemos tenido que sufrir. (...) Hemos pasado hambre, desprecio y persecuciones en aquel infierno que se llama Oviedo».

Todavía en febrero de 1938 mi madre recibió en La Habana, a través del Consulado General de España en esta ciudad, una circular en la cual el Ministro de Instrucción de la República Española le ordenaba reintegrarse a España en el plazo de treinta días. A lo cual mi madre le respondió las causas por las cuales se encontraba en Cuba, después de haber sido destituida de su plaza de maestra por los franquistas, y haber tenido que devolver una suma considerable de dinero, so pena de ser encarcelada. Le informaba de la carta solicitud que ella le envió a través del Sr. Marcelino Domingo, y que más tarde, en diciembre pasado, volvió a ofrecer sus servicios a la República por conducto oficial, mediante el Consulado General, que por lo visto no habían recibido; por medio de esa instancia se puede suponer que ella carecía por completo de recursos para poder trasladarse a España y terminaba diciendo que «por todo lo expuesto ruego a V. S. que, deseando servir a la República con la mejor voluntad en la propia España, tenga a bien repatriarme en compañía de mis hijos...». Cuán doloroso fue para ella no poder regresar a su tierra por sus propios medios, pero era totalmente imposible. El gobierno de la República no contestó a esta solicitud reiterada de repatriación.

Por aquellos años, en Cuba se vivía con intensidad la Guerra Civil española, y se desarrollaba una lucha enconada entre los que estaban a favor de cada uno de los dos bandos contendientes en España. Entre los emigrados españoles se polarizaron las fuerzas, unidos a sectores de la sociedad cubana. En Cuba llegó a fundarse una sección del partido Falange Española, en cuyo colectivo de dirección se encontraba José Ignacio Rivero, «Pepín» Rivero, por entonces director del periódico *Diario de la Marina*. También se fundó un Comité Nacionalista Español, en el cual se integraban algunos emigrantes españoles enriquecidos en Cuba. Muchos otros emigrantes se unieron a la causa republicana vinculados a las organizaciones de cubanos amigos de la República y a otras de los emigrantes y exiliados españoles.

Una gran parte de la población de Cuba sentía la frustración de las esperanzas revolucionarias que habían surgido con el derrocamiento de la dictadura de Gerardo Machado, en 1933. En el año 1935 había fracasado una gran huelga general y Antonio Guiteras, que había sido Ministro en el corto tiempo del primer gobierno de Ramón Grau San Martín, fue asesinado por los sicarios del coronel Fulgencio Batista, el hombre fuerte de aquella época. Varias fuerzas progresistas del país, incluidas las de emigrantes españoles, crearon diferentes organizaciones para la defensa de la República Española, como la Asociación de Ayuda al Pueblo Español, la Asociación de Auxilio al Niño Español, y otras. También el Partido Comunista Cubano organizó el envío de hombres para incorporarse al frente republicano, o sea, las Brigadas Internacionales de Jóvenes Cubanos que acudían a las trincheras republicanas para luchar contra el fascismo, que era lo mismo que luchar contra el fascismo internacional.

Mi madre se vinculó al Círculo Republicano Español, colaborando en la organización de algunos de los mítines que se llevaron a cabo en la ciudad de La Habana, con el objetivo de recaudar fondos para enviar ayuda a las fuerzas republicanas en España. Incluso llegó a escribir artículos que se enviaban para publicar en la zona republicana o en algunos de los periódicos de la Isla, y también para ser leídos por radio. De alguno de ellos conservamos algún borrador. «Acto magnífico el que hemos presenciado en La Polar. Para qué vamos a buscar calificativos en el inmenso repertorio de nuestra lengua. Todos darían una idea pálida de su magnitud. Sublime, me decía una amiga al salir la peregrinación por las avenidas que ya se han hecho tan familiares de la gran democracia de Cuba y que está al lado de la España heroica. Si, sublime, en el amplio sentido de la palabra. Sublime por su esencia, sublime por la forma, sublime por los temas abordados en esos momentos ante aquel océano humano, expuestos con ese lenguaje limpio y elevado que solo saben poseer las almas grandes y los corazones honrados».

»Porque no es lo mismo tener educación que poseer instrucción —decía el maestro Fernando de los Ríos— (*fue uno de los oradores del día, además de Juan Marinello, el organizador*

principal). La educación la llevan dentro de sí los corazones grandes, en cambio hay monstruos con gran instrucción. (...) En aquel hormigueo humano que los escuchaba, bien decía Juan Marinello, se encontraban desde los grandes intelectuales, poseedores de la ciencia universal, hasta el más humilde iletrado. Toda la gama de la sociedad, unos con mucha instrucción, otros con instrucción deficientísima, pero todos poseedores de una misma causa; se encontraba la verdadera aristocracia, haciendo cuenta el origen griego de este vocablo, que nos explicaba el profesor, es decir, los mejores. Allí estaba en el campo de la Polar, la aristocracia de Cuba, lo mejor, lo más noble, lo más honrado: el pueblo de Cuba, para decirlo más claramente, escuchando la palabra del gran tribuno es-pañol. ¿Era una idea espiritual, los niños son la esperanza del mundo, lo que unía en un solo haz aquella masa humana? ¿Era la vehemencia que se profesa al maestro español? ¿Era la protesta unánime contra la destrucción y la barbarie de los países totalitarios? Todo eso y mucho más. Era una idea común, cobijada en todos los corazones y encarnada en la palabra admirable y profunda de Don Fernando de los Ríos.

»Maestro español, profesor, permitidme que os exteriorice desde estas columnas mi admiración y respeto, y que, al mismo tiempo os diga que sí, que las mujeres españolas sabemos sobrellevar el dolor hasta el infinito, y que lo mismo que las mujeres madrileñas gritaban que preferían ser viudas de héroes a esposas de cobardes, las de la España oprimida en nombre de las cuales respondo, no gritamos porque nos estaba vedado, pero ardía en nuestros corazones esta idea: preferimos ser viudas de mártires que esposas de asesinos.

»Salud maestro.»

En las dos zonas en que se vio dividida España con el alzamiento militar fascista, determinaba la forma de lucha de los republicanos. Mientras los de la España leal a la República pudieron defenderla con las armas en la mano y hasta morir en las trincheras, los de la España fascista, la zona oprimida, como la define Consuelo, sufrieron la persecución y la muerte en las cárceles y en las calles.

Fernando de los Ríos, el orador mencionado por mi madre en su escrito, era uno de los intelectuales españoles de mayor prestigio que había luchado por la instalación del sistema republicano en España y llegó a ser Ministro de Enseñanza de la República, y luego sirvió en la diplomacia, mientras que Juan Marinello, miembro del Partido Comunista Cubano, apoyó abiertamente a la República, siendo uno de los que participó en el Encuentro Internacional de Intelectuales realizado en España en 1937, y después uno de los aglutinadores de la intelectualidad cubana al lado de la República española y la lucha antifascista de aquellos años.

Otro escrito de mi madre se refiere a la caída de la ciudad de Tarragona en manos fascistas y fue leído por radio en esa fecha: «Tarragona ha caído. Sí, otra capital que pasa a formar parte del martirologio en que se encuentran la mayor parte de las ciudades españolas. Tarragona fue tomada por las tropas italianas... o requetés, que eso no interesa para el caso que nos ocupa. Todos sabemos la gran cantidad de italianos que están conquistando a España, junto con los moros y con la venia de los españoles mal nacidos y que ahora se discute el que si entraron antes los italianos o los requetés, no aminora la gravedad del hecho. (...) Tarragona ha caído. Tarragona está en poder de los italianos cretinos y de los moros asquerosos. Pero los mismos partes facciosos nos lo comunican. No encontraron más que la cuarta parte de la población. Se dan cuenta los traidores y los invasores y todos sus adeptos de lo que significa que se hayan replegado con el Gobierno las tres cuartas partes de una población. ¿A dónde van esos infelices? abandonando sus santos hogares, dejando tras sí todo lo que fue su ilusión, bajo un cielo de aviones que dejan caer su metralla mortífera, sabiendo además que ese Gobierno con toda su buena voluntad para protegerlos, pero que no tienen materialmente ni refugio donde albergarlos, sin alimento que darles. Sin embargo, lo saben. Y sabiéndolo, y sabiendo que ni apenas terreno a campo raso les queda para sostenerse en pie y conociendo al Gobierno que los rige, porque hace 30 meses que está en el poder y por lo tanto no van a ciegas, sabiendo que el mando desgasta y por lo mismo en dos años y medio han tenido tiempo de conocer todas sus flaquezas, sabiendo todo los tarraconenses siguen el calvario inigualable en la historia, sin querer entregarse a los invasores. (...) Y deténgase la conciencia en esta proporción. El 75 por ciento

de los españoles se determinan por la República; el resto digo, se queda bajo el control de los facciosos. ¡Magnífico plebiscito! He aquí la opinión del pueblo español. Por eso un pueblo como este es invencible. Los aviones italianos, las grandes máquinas bélicas alemanas, la complicidad de Portugal, al lado de unos pocos que aunque nacieron en España no tienen el derecho a llamarse españoles, todo contra un pueblo solo, que únicamente pide que con su propio dinero se le deje adquirir los medios para defender sus legítimos derechos, pero que las potencias europeas, carcomidas por el gusano de la decadencia, cobardes, no tienen el valor de suministrarles medios contra todo esto, lucha un pueblo desde hace treinta meses y no han podido doblegarle.

»Esto irrita a los agresores, los desespera, y cada día buscan nuevos métodos de exterminio. Pero nada. Rendiros, dice el eco de los invasores. Rendiros, ha dicho cuando la caída del norte, y cuando la llegada al Mediterráneo. Rendirse los españoles. Bien claro demuestra el que aunque se titulen españoles no lo son, porque efectivamente no conocen el carácter español. No quieren a Barcelona para destruirla, han dicho, si no para salvarla. ¿Salvarla de qué y de quién? Bien entendido que salvarla según el lenguaje fascista significa asesinar a todos los españoles honrados y dignos. Salvar a Barcelona como salvaron a Oviedo, que nunca estuvo en el poder del Gobierno desde que empezó la guerra, y por lo tanto, no tenía la excusa de “crímenes” que vengar. Salvar a Barcelona como salvaron a Badajoz, ametrallando en masa al pueblo en la plaza de toros, al estilo que hicieron con los primeros cristianos bajo el Imperio de Nerón en Roma. Salvar a Barcelona como hicieron en Galicia, León, en Santander y en Gijón, y como hicieron en toda la España oprimida. Así es como quieres salvar a Barcelona. Pero el pueblo ya os conoce bien. El pueblo español aún no lo habéis derrotado una sola vez en los dos años y medio de guerra. El pueblo español aún está en pie y os espera firme. El pueblo español aún no ha dado la última batalla.»

Así pensaba Consuelo desde Cuba, así sentía la pena de la derrota de tantas ciudades y se horrorizaba ante los crímenes que ocurrían a diario en su España tan querida. Y, aún en las condiciones en que se perdía la guerra por la República, ella seguía luchando desde la pequeña trinchera a que se vio reducida.

Al cambiar un funcionario, mi madre comenzó a trabajar en la Embajada de España en Cuba. Con el salario percibido mejoraba la economía familiar. Mi abuelo casi no tenía encargos en su taller de pailería, así que apenas tenía que ir al taller. Decidieron mudarse para una casa muy amplia en la barriada de la Víbora, en la calle de Santa Catalina, esquina a Figueroa. Desde la Víbora mi abuelo tenía que ir al taller en un ómnibus, pero como casi no tenía trabajo, se conformaba mientras la economía familiar recaía casi por completo en mi madre con la ayuda de las tías en la escuela.

En la nueva casa se abriría una escuela primaria en la que serían las maestras Elena, Lola y mi madre, después de regresar esta de su empleo en la Embajada. Como por esas fechas las leyes cubanas no permitían a los extranjeros regentar una escuela, la directora de la misma fue la tía Lola, que, además de ser bachiller graduada, había nacido en Cuba como lo demostraba su pasaporte. La escuela llevó el nombre del in-signe poeta y literato de la India, Rabindranath Tagore. El nuevo centro abrió sus puertas en el curso 1938-1939, con bastantes alumnos del barrio. Para esa fecha ya yo había terminado el curso en la escuela de El Morro y había regresado a vivir con mi madre, hermanos, tíos y abuelo.

Esa fue una época bastante feliz, excepto por la enfermedad de tío Cuco. Desde que murió su madre de tuberculosis, su hijo había quedado afectado de la misma enfermedad, por lo que en muchas ocasiones tenía que estar hospitalizado en la Quinta Covadonga. Salía algunas veces, pero siempre había que tener un gran cuidado para que no se contagiasen los otros cinco niños.



Carné de Consuelo Muñiz, como trabajadora de la Embajada de España en Cuba (1938)

Los cinco estudiábamos en la escuela de la familia, jugábamos en un parque bellísimo que estaba bastante cerca de la casa. Mi madre siempre estaba ocupada, en su trabajo en la Embajada, en las clases de la escuela y en las actividades de colaboración a la República Española, además de asistir a la Universidad donde cursaba estudios de Pedagogía. Pero, esto no impedía que nos atendiese en la educación y las distracciones. Ella se había hecho socia, como ya dije, de Hijas de Galicia, una sociedad regional gallega que admitía a mujeres de cualquier otra región de España. Al Centro Asturiano nos inscribieron poco después. Hijas de Galicia tenía un balneario en las playas de Marianao, y en los veranos mi madre nos llevaba a los cinco niños de la casa. Era divertido, salíamos en un tranvía que pasaba por la calle Santa Catalina y nos dejaba muy cerca de la playa, y el resto del trayecto lo hacíamos a pie. Nos encantaba el mar y la arena; aunque mi madre no se bañaba con nosotros, solo nos llevaba y cuidaba todo el tiempo. Cuando fuimos creciendo seguimos yendo al balneario de Hijas de Galicia, aunque ya no salíamos de la calle Santa Catalina, sino de la calle Infanta, y mi madre no nos podía acompañar.

La escuela Rabindranath Tagore se atenía a los programas de enseñanza vigentes en el país, a los que se incorporaba la pedagogía avanzada que las maestras traían de España. Entre las asignaturas que se impartían estaba el idioma inglés. Para ello, mi madre contrató a una señora inglesa, miss Harvey, que llegaba al lugar desde tempranas horas de la mañana, almorzaba con nosotros después de las clases, y luego continuaba en la escuela por las tardes. Como se sentaba en la mesa con los niños, todos teníamos que hablar inglés mientras almorzábamos. Los más pequeños preferíamos estar callados antes que estar hablando en otro idioma para pedir algo en la mesa, solamente cuando éramos requeridos por la miss. Mi hermana Tinita, por el contrario, le gustaba hablar en inglés y se hizo la gran compañera de miss Harvey; salían juntas a alguna diligencia, con lo cual aprendía el idioma muy bien. En alguna oportunidad le oímos decir a mi hermana que miss Harvey era nuestra institutriz. Lo cierto fue que, sin dudas, la que sacó mayor provecho de la profesora inglesa fue Tinita.

De la casa de la calle Santa Catalina guardamos gratos re-cuerdos. Era grande y espaciosa, el barrio agradable y acogedor, con casas muy bonitas y nuevas construcciones en edificación. Tenía una pequeña terraza cubierta en el frente y una lateral grande, donde se hacía el recreo de la escuela. En una ocasión, después de terminadas las clases, tía Elena nos castigó a Pepín, a Antonio y a mí, por algo que hicimos mal y no recuerdo qué fue, y nos dejó encerrados en esa terraza para que no fuésemos al parque, como hacíamos casi todas las tardes. Allí nos llevó la

merienda diaria, una naranja y un plátano. A mí siempre me quedó el deseo de comer más plátanos, pero solamente nos tocaba uno, pues aunque la economía familiar no era tan deficiente como antes de trabajar mi madre en la Embajada, todo tenía que estar muy controlado para que alcanzase. Pero volvamos al castigo. A Pepín se le ocurrió que podíamos bajar de la terraza a la calle apoyándonos en las rejas de la ventana de la casa de los bajos, y así lo hicimos los tres, sin pensar el peligro que significaba hacerlo. Pero, tranquilamente, pudimos bajar y nos fuimos al parque que estaba a una cuadra. Cuando regresamos de nuestro paseo, no quieran saber el regaño que nos dieron, especialmente mamá que habló con nosotros de una manera tan sentida que nos abochornamos y yo terminé llorando, convencida que no me dejaría llevar más por esas ideas alocadas de mi hermano. Creo que él también se sintió muy mal con el regaño cariñoso de mamá.

Cuando mi madre llegó a Cuba tenía treinta y cuatro años y estaba en la plenitud de su belleza, esbelta como siempre, tal vez un poco delgada, pero con su tez muy blanca y sus grandes ojos negros, al igual que su pelo ondeado. Para trabajar en la Embajada tuvo que comprar alguna ropa con la cual arreglarse apropiadamente. Sus vestidos eran oscuros, con algún detalle en blanco. Como era tan bonita, no le faltaron pretendientes a la joven viuda; uno de ellos era funcionario de la misma Embajada y estaba dispuesto a casarse con ella y cuidar a sus cuatro hijos. El otro pretendiente fue un pariente suyo que vi-vía en Cuba como emigrante desde hacía más de quince años. Ya tenía una posición relativamente holgada y también quería casarse. Pero mi madre no aceptó a ninguno de los dos. Ella vivía pendiente del recuerdo de su esposo, y aunque las esperanzas de que estuviese vivo eran solo un sueño, a ella no le pasaba por la cabeza la idea de volver a compartir su vida con otro hombre.

Resulta curioso cómo sus hijos conocían al padre que no veían desde hacía tanto tiempo, pues faltaba desde que eran bastante pequeños. Y eso se lo debemos a ella, a sus cuentos e historias de nuestra vida en común, fuese en Villavaler o en los otros lugares donde vivimos, y a las pequeñas o grandes cosas realizadas por él, como verdaderas hazañas, y a su amor inmenso. Nos hablaba de las ideas del padre ausente respecto a cuanta experiencia pudiésemos tener de la vida diaria o de la vida futura. Nos inculcaba el amor al saber. Ese fue su gran aliento, hablar a sus hijos del padre perdido como si estuviese presente. Y esa fue la gran herencia que nos legaron.

En las festividades de Navidad de ese año, mi madre quiso que sus hijos disfrutasen de alguna de las costumbres de este país, así que un día se apareció en la casa con un árbolito de Navidad, pequeño pero precioso, con bolas y luces de colores. Se puso en la sala de la casa y los niños nos sentábamos a verlo con admiración y gusto. Ella disfrutaba viéndonos. Creo que fue el único que tuvimos mientras ella vivió.

Mi madre decidió volver a estudiar. Se matriculó en la Universidad de La Habana en la carrera de Pedagogía. Las clases eran los sábados por la mañana, así que su trabajo en la Embajada no le impedía asistir. Las noches las pasaba con los libros y los ejercicios que tenía que entregar cada semana. De la carrera de Pedagogía aprobó tres cursos, hasta que enfermó y no pudo continuar.

La guerra en España iba de mal en peor para la República. Los ánimos decaían en nuestra casa, con la lectura diaria del periódico *El Pueblo*, en el que mi tía Elena se encargaba de recortar y acopiar toda la información que llegaba de los frentes y las iba pegando en unas libretas compradas para esa función. Por mucho que se trataba de ser optimista, las tropas franquistas ganaban terreno día por día. Mi madre confiaba que en algún momento llegasen noticias de mi padre, pues aunque sabía que era casi imposible que estuviese vivo, nunca dejó de soñar con esa posibilidad, mientras dedicaba todo su esfuerzo a proteger la familia y luchar por defender sus ideales. Cuando en 1938, las potencias europeas firmaron el Pacto de Múnich con Alemania, por el cual permitían la ocupación de Checoslovaquia por parte de los nazis, mi madre nos explicaba, con gran tristeza, que eso mismo se había hecho con la República Española: estaban haciendo concesiones al fascismo internacional, una tras otra. Por eso, cuando en 1939 estalló la Guerra Mundial y los alemanes ocuparon París y bombardearon

Londres, ella se lamentaba de lo que tenían que pasar esos pueblos, pero decía que toda la culpa era de sus respectivos gobiernos entreguistas.

En abril de 1939, se dio por terminada la Guerra Civil española con el triunfo de Francisco Franco. Un gran dolor entró en nuestra casa, ya no tenía remedio, la República había sido derrotada y la repatriación era totalmente imposible. Como era de esperar, la Embajada de España cambió de dirección. El gobierno cubano reconoció al nuevo gobierno de España y enseguida llegaron representantes del gobierno franquista, así que mi madre quedó sin trabajo inmediatamente. Las esperanzas del pronto regreso a nuestra tierra se esfumaron de inmediato.

El curso escolar estaba por terminar, así que mi madre dedicó todo su esfuerzo a la escuela, apoyando a las tías Elena y Lola.

Si bien las cosas no marchaban bien para mi madre, apenas comenzada la Segunda Guerra Mundial, en septiembre de ese mismo año, 1939, mi abuelo comenzó a tener algunos pedidos de construcciones metálicas, muy pocas al principio, que crecerían en la medida que la guerra arreciaba y, sobre todo, cuando los Estados Unidos entraron en ella, en diciembre de 1941.

Era necesario buscar una vivienda más económica que la de Santa Catalina; allí se pagaba un alquiler de cuarenta pesos al mes, y además, la nueva casa debería estar más cerca del taller del abuelo. Ya mi madre no contaba con el sueldo de la Embajada y el alquiler era difícil de pagar con la entrada de la escuela. Aunque tenía ya algunos alumnos, no cubría los gastos necesarios para vivir todos de ella, así que nos mudamos para una en la calle San Joaquín número 114, entre Estévez y Universidad, situada en la barriada popular de El Pilar, pagando una renta de veintisiete pesos. Nuestro nuevo hogar era mucho más pequeño y bastante oscuro, estrecho y largo, con casas a los lados y arriba. A pesar de esto allí se instaló la escuela Tagore, en la sala-comedor de la casa.

El barrio de El Pilar no tenía el mismo nivel económico que la Víbora; en él vivían obreros y empleados de pocos ingresos, trabajadores del Mercado Único, unos y otros sin trabajo, así que los alumnos de la escuela pagaban mucho menos que en el barrio anterior. Para cubrir gastos, mi madre tuvo que buscar otros empleos, como dar clases particulares a niños retrasados, para lo cual se tenía que trasladar a sus casas. También se con-trataba para remendar ropas en casas de gentes adineradas, las cuales la trataban bastante mal, pero tenía que hacerlo para llevar algún dinero más.

En una ocasión mi madre fue a la casa de uno de los españoles refugiados representantes de un comité que atendía a los exiliados, basado en otra organización del mismo tipo radicada en París. Berta y yo la acompañamos. El lugar estaba en la calle Infanta, esquina a Maloja. El tal personaje le dijo a mi madre que él no tenía recursos para la ayuda económica que pedía, pero por su condición de viuda y con cuatro hijos, le daría «de su bolsillo» cinco pesos por una sola vez. Mi madre los cogió y salimos a la calle caminando para la casa. Con lágrimas en los ojos nos explicó que ese hombre, al igual que muchos otros, había utilizado los recursos de la República primero, y los de las ayudas internacionales después, malgastando lo que debía servir para ayuda a los refugiados. Nos explicó que él no debió tratarla en esa forma, pues la hizo sentir humillada al tener que recibir los cinco pesos como una limosna, la cual tuvo intención de rechazar y decirle lo que se merecía, pero tuvo que tragarse su orgullo y coger el dinero para poder comprar un poco de alimento para llevar a la casa. Nosotras escuchamos su explicación y aprendimos una vez más de la vida y las miserias humanas, y lo que más nos entristecía era la mirada llena de lágrimas de mamá y la presión, en nuestras manos, que llevaba en las suyas.

No pocas veces escuchamos a Elena regañar a su hermana Consuelo porque no descansaba nunca, pues no dejó los estudios de Pedagogía ni dejó de participar en el Círculo Republicano Español, asistiendo a cuanto acto pudiese, en los cuales participaban intelectuales que salían de España al exilio, entre ellos Álvaro de Albornoz, un gran amigo de mis padres, pero que no se quedó a vivir en Cuba. También pasó por la Isla su gran amigo, Alejandro Casona, que venía de Argentina a estrenar una obra suya en el Teatro La Comedia. ¿Cómo no iba a participar mi madre en esas actividades, si en estos contactos volvía a renacer su vida anterior y le ilusionaba tener más presente aún a su querido Pepe? En la mayoría de estas actividades iba acompañada de Tinita y Pepín, que eran los hijos mayores, y alguna vez de Lola. Las dos pequeñas nos quedábamos con Elena en la casa.

En el curso escolar 1939-1940 los cuatro hermanos y Antonio continuamos siendo alumnos de la Escuela Tagore. Cerca de la casa vivía una familia con la cual se relacionaba mi madre, a la que la unían los mismos ideales políticos. No era fácil en aquel barrio encontrar personas que entendiesen la situación internacional, así que con Beba, la señora de la casa, comenzó una buena amistad. Años después, cuando ya mi madre había muerto, fui a visitar a la señora Beba y ella me contaba de la tristeza y nostalgia que embargaba el alma de mi madre, y sin embargo, trataba de hacer todo lo posible para que sus hijos aprendiesen a vivir mejor y más felices.

Los hijos de Beba estudiaban en la escuela de mi madre. La escuela seguía con la pedagogía avanzada que siempre había tenido, incluido el inglés. Se hacían fiestas de fin de curso con poesías recitadas por los alumnos y canciones que también aprendían. En la fiesta de fin de curso 1940-1941 yo terminé el sexto grado y como premio me regalaron un precioso libro que aún conservo, *Corazón*, de Edmundo de Amicis, el cual contiene una dedicatoria de la maestra Consuelo, mi madre. En ese acto me correspondió recitar la poesía de José de Espronceda, *La canción del pirata*, que no he olvidado nunca. Yo recitaba:

«Con diez cañones por banda, / viento en popa y a toda vela, / no corta el mar, sino vuela, / un velero bergantín...»

y un coro de alumnos cantaba el estribillo:

«Que es mi barco, mi tesoro, / mi ambición, la libertad, / mi ley, la fuerza y el viento, / mi única Patria, la mar».

Entre las voces del coro resaltaba la de mi hermana Berta.

De la casa de San Joaquín recuerdo el intenso calor, por la poca ventilación que tenía, insoportable en el verano. Ello obligaba a la mayor parte de los vecinos a sacar sus sillones para la acera en las noches hasta bien tarde. A mi madre no le gustaba eso, así que abría la puerta y la única ventana de la sala, y nosotros nos sentábamos en el quicio que daba a la acera. Cerca de allí había un establecimiento que vendía «coficola» al menudeo, así que llevábamos una jarra vacía para comprar el preciado refresco, que era muy económico. En esa época no existía la televisión; sin embargo teníamos un radio donde toda la familia se reunía a escuchar *La Novela del Aire*. La mayoría de los actores de esa novela eran exiliados republicanos, como los Segarra, los hermanos Martínez Casado, además de María Valero, la actriz joven, Ernesto Galindo, Marcelo Agudo y muchos otros. Se radiaban novelas famosas de la literatura universal, y sobre todo, de la literatura española. Hasta el abuelo se sentaba a escuchar la novela a las nueve de la noche.

El recuerdo más desagradable de la casa de San Joaquín eran las cucarachas que siempre había, a pesar de la limpieza que se hiciese. No teníamos insecticidas adecuados y entraban de la calle y anidaban en algunos lugares. La limpieza general de los sábados era, esencialmente, contra estos bichos asquerosos.

En la casa había mucho trabajo, pues teníamos que lavar, planchar con planchas de hierro calentadas en el carbón, coser, zurcir las medias y ropa que se rompía ya que no se podía reponer con otra nueva. La costura y la plancha tenían un encanto especial, pues a una de nosotras, por turno, le tocaba leer en voz alta algún libro seleccionado, mientras las demás cosían o planchaban, para hacer más grato el tiempo de trabajo.

A pesar de la situación económica difícil, mi madre nos organizaba diversiones, pues no quiso que nuestra infancia si-guiese siendo tan triste. Casi todos los domingos íbamos al cine Roosevelt que estaba situado en la calle Monte, a unas cuadras de donde vivíamos. La entrada de señoras y niños era de cinco centavos y en la matinée se exhibían muchas cosas por ese precio: un episodio —*El llanero solitario*, *Flash Gordon*, y otros—, después una película del oeste y después otra de cualquier tema, predominantemente acerca de la Segunda Guerra Mundial que había comenzado en septiembre de 1939. Una de las que recuerdo es *El puente de Waterloo*, de Robert Taylor y *Sombras en la nieve* del mismo actor. Otra que recuerdo muy bien fue *Robin Hood*, de Errol Flynn, que además de ser un tema muy atractivo, fue la primera película que vimos en colores, de actores vivos, pues la anterior había sido el largometraje de dibujos animados *Blanca Nieves y los siete enanitos*. También veíamos el noticiero semanal.

Alguna que otra noche mi madre nos llevaba al Valentino, situado en la Esquina de Tejas, al cual también se llegaba caminando desde la casa. Este cine se especializaba en películas de habla hispana, mexicanas, argentinas y españolas. Allí vimos películas de Libertad Lamarque,

Hugo del Carril, Silvia Legrand, Juan Carlos Torry y otros muchos argentinos. Esa era la época de oro del cine mexicano, con su entusiasta nacionalismo, con artistas como los hermanos Soler, Jorge Negrete, Gloria Marín —de estos últimos recuerdo *Historia de un gran amor*, y otras, con las cuales echábamos nuestra lágrimita, pero nos encantaban—, María Félix, y muchos otros artistas famosos de esa época. También veíamos alguna película española entre las que recuerdo una llamada *La tonta del bote*. Y alguna de Imperio Argentina.

Otro entretenimiento permanente era la lectura de obras literarias que nuestra madre nos orientaba, adecuadas para la edad de cada cual. También solíamos jugar a las barajas españolas —brisca, tute—, al dominó y al ajedrez. Algunas veces había sesiones de «tertulia literaria», diríamos hoy, en la cual mi madre nos contaba obras que aún no habíamos leído, como *Los miserables*, de Víctor Hugo, o alguna aventura de Julio Verne, o *Los tres mosqueteros*, de Alejandro Dumas, o *La dama de las camelias*, de Dumas hijo. Después las leíamos al igual que obras de Cervantes, Lope de Vega y Shakespeare.

Y sobre todo, soñábamos, soñábamos con el regreso a nuestra casa de España, soñábamos despiertos que encontrábamos al padre desaparecido, que mamá cantaba y reía otra vez. En estos sueños Pepín era el que llevaba la voz cantante, pues iba creando historias con nosotros como personajes principales, en las cuales siempre estaba presente la guerra, y con nuestra lucha lográbamos ganar a los enemigos fascistas, y volver a España a vivir felices.

Cuando fuimos a vivir al barrio de El Pilar, tío Cuco salió del hospital y, como estaba un poco mejor, se vinculó con amigos que, como él, simpatizaban con la política del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), liderado por Ramón Grau San Martín. Cuco creyó en la «cubanidad» del autenticismo, y pronto se encontró envuelto en la preparación de las elecciones para la presidencia de la República, en 1940. Los días previos a las elecciones no paró en la casa y la noche del escrutinio no se acostó esperando los resultados. El partido de Batista había cometido un gran fraude electoral. Recuerdo a Cuco sentado en el quicio de la puerta de la casa, triste y apesadumbrado ante tal bochorno político.

Mi madre y tías se preocupaban por la salud de su hermano Cuco y tal como lo temían, se quebrantó terriblemente. No quisieron llevarlo nuevamente a la clínica, mi madre se ocupaba hasta de bañarlo, pues se puso muy débil, y cuando ya no quedó más remedio lo llevaron a la Quinta Covadonga. Mi madre se dedicó a cuidarlo con esmero y cariño, hasta que ella misma enfermó, y no pudo atenderlo más. Luego supo de su muerte, en el año 1942.

Mi madre estaba siempre preocupada por la salud de sus hijos, ante el posible contagio de la penosa enfermedad, así que nos llevaba al médico de la Quinta Covadonga para hacernos chequeos periódicos. En una oportunidad, el Doctor Vélez, que nos atendía, le dijo a mi madre que la niña Matilde tenía un poco inflamada la pleura y también estaba anémica. Mi madre se sorprendió un poco pues yo no me sentía mal, y aunque era lógico que pudiese estar un poco anémica por la falta de alimentación en el tiempo de la guerra, no tenía aspecto de enferma. El plan que me recetó el médico consistía en recibir unas sesiones de «luz alpina» y tomar aceite de hígado de bacalao. Lo primero no me importaba mucho pero la medicina me re-volvía el estómago constantemente, a pesar de lo cual me lo seguían dando. Cuando llegó el nuevo turno con el médico, este le preguntó a mi mamá que cómo seguía Berta de su enfermedad, a lo cual mi madre le aclaró que era Matilde y no Berta. El médico leyó los análisis anteriores y comprobó que la enferma era la pequeña y no yo, así que me estuvieron poniendo un tratamiento sin necesitarlo. Entonces, se lo pusieron a Berta, sin quitármelo a mí, pues consideraron que no me vendría mal a pesar de no tener nada en la pleura. Esta historia fue siempre recordada en el ámbito familiar, por suerte Berta no tuvo malas consecuencias con el retraso del tratamiento. Para esa época debo haber tenido once años y Berta nueve.

Un día llegó una carta dirigida a Consuelo, con la dirección del taller del abuelo; el sobre estaba ribeteado en negro, como se acostumbraba cuando la familia estaba de luto. El remitente se nombraba Saturnina. Mamá sostenía el sobre sin atreverse a abrirlo, mientras Elena, Lola y el abuelo esperaban sin decir nada. Por la mente de todos ellos pasó la idea de que Caprasio había muerto y su viuda lo comunicaba. Ninguno de ellos conocía a Saturnina, pero por el remitente quedaba claro. Al fin se abrió el sobre. En la carta Saturnina se presentaba como esposa de Caprasio, del cual tenía un hijo que este no conocía aún. Les informaba que su marido había sido condenado a veinte años de cárcel, y en esos momentos los estaba cumpliendo en una

cárcel cercana a Sevilla, a muchos kilómetros de Asturias. El sobre de duelo era para informar que el hermano de Saturnina había muerto en la guerra. La primera reacción fue de alivio, pues vivía el hermano querido. El abuelo se metió en su cuarto, para que no le viesen emocionado. Luego de la primera reacción, empezaron a ver la realidad: el hermano de apenas 26 años estaba condenado a veinte de prisión.

Cuando comenzó el alzamiento militar, como ya conté, Caprasio estaba en la ciudad de Gijón pues andaba de novio de una chica, así que Elena y Lola se fueron para casa de mis padres de vacaciones con la promesa de que él se incorporaría a los pocos días, y allí las cogió la sublevación militar. Como la ciudad de Gijón quedó en manos de los republicanos, Caprasio se unió a las milicias para defender la República. Gijón fue una de las ciudades más bombardeadas por la aviación nazi, al igual que otras de España. En uno de esos bombardeos conoció a Saturnina y al poco tiempo decidieron casarse. Cuando las fuerzas franquistas avanzaron por toda la región asturiana y llegaron a Gijón, una parte de la población más comprometida logró salir por el puerto, mientras el ejército republicano pasaba a otros frentes. Saturnina estaba esperando un bebé, así que se quedó en Gijón en casa de unos amigos donde vivían, y Caprasio siguió con el ejército que pasó al frente de Aragón. Cuando terminó la guerra fue hecho prisionero y milagrosamente no fue fusilado, sino encarcelado. Saturnina era maestra también y en los días del alzamiento en la ciudad de Oviedo ella estaba recibiendo unos cursillos de verano para optar por plazas, los cuales recibían en el Orfanato Minero, que era un edificio grande situado en una ladera del monte Naranco. La mayor parte de los maestros de ese cursillo vivían en el Edificio del Orfanato, pues no tenían familia en la ciudad. Saturnina era de la provincia de León. Cuando supieron lo que estaba ocurriendo en el cuartel de Oviedo, una parte numerosa de los maestros salió huyendo por la ladera del monte hacia las afueras de Oviedo, caminando sin parar hasta llegar a las zonas de Asturias en poder de la República. Saturnina fue uno de esos y así fue a parar a Gijón, donde se dedicó a colaborar con las fuerzas republicanas.

Caprasio cumplió cuatro años y medio de cárcel, gracias a una amnistía política realizada por el régimen franquista. Cuando eso ocurrió eran los tiempos de la Segunda Guerra Mundial, en la cual ya había cambiado el rumbo de la guerra y se esperaba la derrota de los amigos fascistas de Franco, por lo cual la amnistía era una concesión con la cual se preparaba el régimen franquista para no ser barrido como sus aliados nazifascistas.

Cuando salió de la cárcel el tío Caprasio conoció a su pequeño hijo, sumamente enfermo, a causa del hambre que había pasado su madre durante el embarazo y el propio niño en sus primeros años de vida. En la única fotografía que poseemos, el niño tiene el vientre inflamado por el raquitismo; pocos meses después moría el pequeño. El matrimonio de Caprasio y Saturnina no fue reconocido por la administración franquista, ya que se habían casado por las leyes de la República, así que tuvieron que casarse nuevamente, primero por la nueva legislación vigente y después por la Iglesia Católica, sin cuyo paso no era reconocido socialmente. Tuvieron otros dos hijos, José Luis y Teodoro. Aunque con un gran retraso, recibíamos alguna que otra carta suya y se les contestaba desde Cuba.

Caprasio trató de encaminarse en su provincia natal, pero cada vez tenía más problemas para hacerlo, tenía que presentarse a la justicia por cualquier cosa y era mal mirado por muchas gentes, y otros no querían tratarlo por temor, ya que tenía en su contra que había estado preso por republicano. Así fue que decidieron emigrar a Cuba con la ayuda de su padre para legalizar los papeles de su salida de España. Llegaron en los primeros días del año 1949, y mi madre había fallecido dos años antes.

Pero volvamos a nuestra vida en Cuba. Para poder trabajar en otros lugares sin la limitación de ser extranjera —existía la ley llamada del 50%, por medio de la cual en cada entidad laboral no podía haber más de ese por ciento de extranjeros—, mi madre había solicitado la ciudadanía cubana a la que podría acceder a los cinco años de haber llegado al país, como lo prescribía la ley. Cuando se la otorgaron ya era tarde, pues ya estaba enferma.

Al finalizar el año 1941 aumentó el trabajo en el taller del abuelo. Desde finales del año anterior él decidió que mi hermano Pepín, de trece años, tenía que ir a trabajar con él, para que aprendiese un oficio, pues, decía, como no tenía padre tendría que prepararse para la vida. Tinita, recién cumplidos los quince años, consiguió unos alumnos para darles clases de inglés,

así que también comenzó a percibir algún dinero. Ya ella estudiaba en el Instituto de la Víbora, mientras Pepín, después de aprobar el examen de ingreso a la Segunda Enseñanza, tuvo que matricular en el «curso por la libre» del Instituto de La Habana, ya que como por el día tenía que estar en el taller no podía asistir a los cursos regulares. Berta y yo, sin haber terminado los estudios de la enseñanza primaria, teníamos que ayudar en algunos quehaceres de la casa: limpiar, arreglar las camas, poner la mesa y lavar los platos después de cada comida. Al principio nos subíamos en unos ladrillos para alcanzar al fregadero. Lo que más nos molestaba era la limpieza de la sala donde se realizaban las clases de la escuela, pues lo teníamos que hacer todos los días después de las cuatro de la tarde, cuando veíamos que se iban los niños a jugar, mientras nosotras teníamos que trabajar. Aprendimos a cocinar, a lavar y planchar, a coser ropas viejas y nuevas, labores que nos han servido para toda la vida. También, las dos hermanas pequeñas éramos las que comprábamos los víveres en la bodega de la esquina, en la carnicería y los vegetales en el «puesto de chinos», además de pedir al carbonero que llevase el carbón a la casa, pues no había gas ni refrigerador. Las dos hermanas éramos conocidas en el barrio de El Pilar, pues siempre andábamos juntas en estos quehaceres. Nos molestaba sobremanera el bodeguero que era gallego y quería, a toda costa, que le entendiésemos hablar su lengua, el gallego, y nosotras no lo habíamos hablado nunca. En Asturias se habla castellano, sobre todo en las ciudades, con algunas palabras o terminaciones del bable que es la lengua de las regiones rurales asturianas; incluso con variantes lingüísticas entre las distintas zonas de la provincia, pero como nuestros padres eran los maestros, nos enseñaron a hablar bien el castellano. Para colmo, el bodeguero era franquista y como sabía que nosotras habíamos llegado exiliadas, nos fastidiaba más.

En el verano de 1942, mi madre enfermó también de tuberculosis, después de haber estado tantos meses cuidando a su hermano Cuco, y con un organismo afectado por la escasez de comida durante tanto tiempo, con lo cual se venía abajo cualquier intento de recuperación e independencia familiar. Soñábamos con vivir los cuatro hermanos con mi madre en una casa separada de la del abuelo, pues este tenía nuevos amores y, además, su enfermiza protección hacia el hijo pequeño nos dividía constantemente. En esos momentos yo me estaba pre-parando para realizar el examen de ingreso al Instituto, pero la enfermedad de mamá lo detuvo todo. Fue hospitalizada en el centro clínico Hijas de Galicia, comenzando, por decisión suya, un alejamiento de nosotros los niños. No volvió a abrazarnos y besarnos como era su costumbre, para evitar el contagio. El mundo volvía a ser muy duro para la familia exiliada.

Sin embargo, no por ello mi madre dejó de estar al tanto de toda nuestra vida y nuestros estudios. Desde el hospital atendía las particularidades de cada cual. La tuberculosis es una enfermedad que no limita del todo a la persona, hasta su etapa final, así que ella seguía orientando la vida de sus hijos y ocupándose de cuanto asunto fuese necesario para nuestra formación, todo ello desde el hospital, muchas veces por cartas que nos enviaba. No quería que fuésemos mucho a verla, solo los fines de semana que ella podía salir a la terraza del centro y allí hablaba con todos, pues corría mucho aire y disminuía el peligro de contagio. Los domingos íbamos las tres hermanas y al cabo de un rato nos mandaba ir a un cine para que luego —decía—, le contásemos la película. Siempre quiso que la situación real por la que atravesábamos no impidiese que disfrutásemos y aprovechásemos nuestra juventud. Nos hablaba muy animosa de su pronta curación, de que había que estudiar, trabajar y recrearse. Estaba al tanto de los contenidos de las materias que llevábamos, de las calificaciones, de los libros que debíamos ir leyendo: aventuras, novelas famosas y también no-velitas «rosa».

En el curso 1942-43, como ya dije, no abrió más la escuela Tagore, pues era imposible con una de las maestras enferma de tuberculosis, así que Berta y yo nos quedamos sin escuela a la que asistir. Ese curso me lo pase estudiando por un grueso libro que recogía todas las asignaturas que exigían para el examen de ingreso al bachillerato. Berta estudiaba bajo la dirección de Elena —ya Lola se había casado y no vivía con nosotros— pero ninguna de las dos asistía regularmente a centro alguno. Antonio volvió a asistir a la escuela religiosa de La Salle, con sus bonitos uniformes que, en alguna medida, envidiábamos nosotras para nuestro hermano. Después de cursar el primer año de bachillerato allí, Antonio decidió trasladarse para el Instituto

de Segunda Enseñanza de la Víbora. Mientras tanto, nuestro hermano seguía trabajando en el taller del abuelo y estudiando por las noches.

Cuando aprobé el examen de ingreso me matriculé en el Instituto de la Víbora, cuyo plantel tenía un uniforme que debían utilizar todos los estudiantes. Para hacer mi uniforme mamá me explicó dónde debía comprar la tela, y hasta me indicó el tranvía que debía tomar para llegar a La Época, una tienda grande de la calle Galiano, especializada en telas. Fue mi primera salida sola a una tienda, con una encomienda de ese tipo: tenía yo catorce años. Después ella me cortó el molde de la blusa en papel, y me dijo cómo lo debía coser en la máquina, que desde antes de su enfermedad ya nos había enseñado a usarla. Cuando empecé a asistir al Instituto con mi uniforme me sentí feliz. Era una blusa blanca con una saya (o falda) azul marino toda tachonada, en la cual se le ponía una lista blanca a todo su alrededor que identificaba el año que se estaba cursando. Como es natural, le puse una sola y cada año le agregaba a la misma falda otra lista. Ese había sido uno de mis tantos sueños, poder asistir a una escuela de las que veíamos y sabíamos existían como el Colegio Baldor, el Instituto Edison y otras, donde los estudiantes llevaban uniformes a mi entender preciosos y se podían practicar deportes, como lo decía el periódico. Se anunciaban las competencias deportivas entre escuelas privadas. Así que mi primer uniforme lo disfruté muchísimo.

Mi hermana Berta no asistía a ninguna escuela. También ella soñaba con ir a una como las que mencioné, pero tuvo que conformarse con las clases que Elena le impartía y con su guía para el examen de ingreso al Instituto, al cual comenzó a asistir dos años después que yo.

El abuelo Caprasio no era como nuestro abuelito Benigno, era frío y alejado, además de muy exigente. Al pasar los años pude entender un poco su actitud, aunque no disculparle. Había tenido que hacerse cargo de una numerosa familia y siempre le había gustado salir libremente, sin cortapisas económicas. Re-pito, esto no lo exime de su tratamiento a los nietos. Además de obligar a Pepín a trabajar siendo aún un niño, a nosotras no nos permitía estudiar o leer cuando regresaba del taller, pues consideraba que las mujeres tenían que estar laborando en las tareas de la casa, y no leyendo. Cuando volvía descargaba un toque fortísimo en el picaporte de la puerta, e instantáneamente, Tinita, Berta y yo dejábamos los libros y corríamos a la cocina. Siempre teníamos la mesa del almuerzo preparada, así que lo que hacíamos era ayudar a Elena a servirla.

El abuelo consiguió varios encargos de construir grandes tanques para diferentes alambiques. Como la Guerra Mundial demandaba alcoholes, el negocio de los derivados del azúcar prosperó. Uno de los encargos fue para los alambiques de Santa Cruz del Norte, en la provincia de La Habana, el cual atendía directamente el abuelo. El otro gran trabajo fue en Sagua la Grande, en la provincia de Santa Clara. Mi abuelo era el que hacía los planos y el proyecto general —para esa época ya era ingeniero mecánico— y como Pepín había aprendido bien el oficio de pailero, se quedó al frente de las obras de Sagua. El abuelo iba cada quince días allá, mientras atendía las obras de Santa Cruz del Norte, pero en el intermedio Pepín atendía el trabajo y dirigía a los obreros. Para esas fechas, mi hermano solo tenía 16 años. Allí estuvo varios meses, y venía a vernos un fin de semana por mes. Cuando llegaba le arreglábamos su ropa, nos contaba sus cosas y hasta sus enamoramientos.

En una celebración de fin de año en la casa, nos enseñó a bailar danzón. La música cubana no era el fuerte de la familia emigrada, y mi madre se sonreía al vernos a Pepín y a mí bailando el danzón *Almendra*. Para mí era la primera vez que bailaba música cubana, pues lo que sabíamos bailar eran valsos y pasodobles. Pepín la había aprendido en el tiempo que pasó en Sagua la Grande. En alguna ocasión habíamos ido con el abuelo a los Jardines de La Tropical donde se organizaban «romerías» por parte de las asociaciones regionales españolas, y allí se bailaba música española fundamentalmente. En una ocasión fuimos Tinita y yo con el abuelo a un baile en el Centro Asturiano, un precioso edificio construido en los años veinte con unas escaleras que parecían un palacio real. Hoy ese edificio forma parte del Museo de Bellas Artes de Cuba. Otro entretenimiento de aquella época era seguir los campeonatos del baseball, o juego de pelota. Los escuchábamos en el radio, los cuales eran seguidos por la mayoría de la población cubana. Como vivíamos cerca del recién construido Estadio del Cerro, cuando terminaban los juegos, bajaban por la calle Estévez o por otra de las laterales de nuestra casa aquellos aficionados fanáticos que salían del partido. Pepín y yo nos hicimos partidarios del Club Habana y a Berta le gustaba más el azul del Almendares, así que mi mamá, que no entendía casi nada

del juego, también apoyaba al Almendares para complacer a Bertina. Tinita no tuvo interés en el juego de pelota, prefería la música y el cine. Antonio también era partidario del Club Almendares.

Como el taller de pailería del abuelo tenía casi todos sus trabajos fuera de La Habana, Berta y yo fuimos las encargadas de estar en la oficina, para atender el teléfono. La tal «oficina» era un cuarto pequeño situado a la entrada de la nave, en el cual había una gran mesa de dibujo, un pequeño buró antiguo y un teléfono de pared y varios libros de mecánica. Primero íbamos juntas, pero después nos turnábamos algunas veces pues el trabajo de la casa lo teníamos que seguir atendiendo, ahora más que mamá estaba enferma y Lola ya no estaba. En el taller nos hallábamos solas, pues en él vivía el sereno, al que el abuelo permitió construir una casucha en el terreno del fondo. Era un hombre que debía tener, para esas fechas, más de ochenta años. Se llamaba Cándido, y era un negro que decía había nacido esclavo. Al principio no le entendíamos muy bien sus historias, pero después fuimos aprendiendo sus vocablos y nos contaba muchas de las anécdotas que conservaba en su memoria. Además de acompañarnos, era el encargado de traernos la merienda de la bodega de la esquina: un panecito con guayaba y un refresco. Lo que más nos gustaba del «trabajo» en el taller era el teléfono, pues en la casa no teníamos. Allí nos llamaba diariamente mamá, y se ponía al tanto de nuestras cosas y nos orientaba estudios, lecturas y hablábamos de cualquier otro asunto del momento.

Tinita, además del Instituto, estudiaba por las noches mecanografía y taquigrafía bilingüe en una Academia de un profesor norteamericano. Allí también impartía clases de inglés a los grupos principiantes, mientras ella cursaba estudios superiores de la lengua inglesa. Con su trabajo de maestra sufragaba su estudio y le quedaba algo para colaborar en la limitada economía familiar. Tenía 17 años cuando se graduó de Bachiller, y se presentó a oposiciones a una plaza de oficinista en una empresa norteamericana, la Procter and Gamble, que había comprado la fábrica de jabones «Sabatés». Salió muy bien en las pruebas y la empresa la contrató por seis meses, sin plaza fija aún, para probarla, como se hacía con todos los nuevos empleados. Además, como aún no había cumplido los 18 años, no podía contratarse permanente. El salario de Tinita como oficinista mejoró considerablemente nuestra situación económica, pues aunque Pepín, desde que dirigió los trabajos de Sagua la Grande, ya ganaba algo más que cuando empezó, aún era muy poco. El aporte familiar de las hermanas pequeñas seguía siendo las tareas del hogar, que casi nunca son consideradas de valor económico.

Tinita fue ascendiendo en su trabajo y pronto pasó a una plaza de secretaria bilingüe, de uno de los gerentes norteamericanos de Sabatés. Aún no había terminado la Segunda Guerra Mundial. El gerente invitó a Tinita para que los acompañase a viajar con su esposa e hijos a Estados Unidos, con la finalidad de perfeccionar el idioma de su secretaria. Fueron a Jacksonville, en La Florida. Para ese viaje era necesario preparar un ajuar digno para Tinita, así que mamá —que en esos días estaba de alta en la casa— Berta y yo nos dedicamos a hacerle unas ropas apropiadas. Entre ellas, una saya con chaleco, color azul marino, que llevaba una cenefa bordada con hilo matizado. El bordado fue mi obra maestra, bajo la dirección de mamá. Para Tinita fue una gran experiencia conocer la vida de clase media norteamericana. Regresó con el sueño de poder viajar todos juntos para ese país y abrirnos camino en él, pero mi madre nos explicó que si no podíamos regresar a España, en cuanto pudiésemos, nos iríamos a México, donde residían muchos españoles exiliados, y nosotros, como refugiados que éramos, tendríamos posibilidades de abrirnos paso. En cuando ella mejorase, nos iríamos. Como ven, nuestra estancia en Cuba tenía un carácter transitorio aún.

Tinita trajo de Estados Unidos una cosa muy novedosa para la Cuba de esa época, unas medias largas de mujer hechas de nylon. La tela de nylon había sido inventada a partir del petróleo desde los años treinta, pero cuando fue utilizada en grandes cantidades fue en los paracaídas del ejército norteamericano durante la Segunda Guerra Mundial. Las medias de este material eran mucho más bonitas que las que se usaban hasta ese momento, de algodón o de seda, pues el nylon se pegaba a la pierna y no se arrugaban. En la primera oportunidad que tuve se las pedí prestadas a Tinita y me las puse para asistir a una fiestecita del Instituto. Ese día presumí de mis piernas. Mis hermanas Tinita y Berta eran muy bonitas y yo era «del montón», como mi abuelo solía recordarme con frecuencia. Por eso, ese día que ya había cumplido los 16

años, y mi figura había mejorado, las medias de nylon resaltaban mis piernas bien formadas. Creo que en ese momento, por primera vez, me sentí bonita.

Pronto volvían las preocupaciones al hogar, pues el médico planteó la necesidad de la operación de mamá, que era muy costosa, así que el abuelo lo pensó dos veces antes de aceptar ese nuevo gasto, para el cual tuvo que pedir prestado. La operación se llamaba «toracoplastia» y consistía en sacar tres pedazos de costillas de un lado para que el pulmón enfermo tuviese que encogerse y con ello, cerrar las heridas que producía el bacilo de la enfermedad. Fue muy engorrosa y difícil, pero exitosa en los primeros tiempos. Para su recuperación, después de salir del hospital, mamá se fue para la casa de su hermana Lola en el pueblo de Unión de Reyes, en la provincia de Matanzas, lugar donde residía desde su matrimonio. Allí permaneció varios meses. Nos escribíamos con ella y por cartas que conservamos, verificaba cómo iban las cosas y nos demostraba su amor permanentemente. Por ese tiempo mi tía Lola estaba esperando un bebé y ella le cosió mucha de la ropa de canastilla; a mí me encargó la compra de tela para hacer unas funditas para las almohadas, a las que había que bordarles algún motivo alegórico, y yo dibujé, copiándolo de una revista, la figura de un cervatillo de moda, Bambi. Lo bordé con mucho cuidado, pero como tardaba un poco en terminarlo, tengo una carta de mamá de aquella época en la cual me pedía que no fuese tan exquisita en el bordado y que lo terminase de una vez. Luego le bordé otras con nuevos dibujos que yo misma pintaba. Esas funditas me las regaló Lola años después, cuando yo iba a tener mi primer hijo.

En la esquina de la casa de San Joaquín vivía una señora que se dedicaba a bordar vestidos de lujo para varias modistas de La Habana. Su sobrina era amiga nuestra. Comencé a bordar en su casa, sin que recibiese pago alguno, pues la señora decía que yo estaba aprendiendo. Ya yo sabía bordar bastante, pero no el bordado a máquina, así que ella me enseñó. Después me pagó un poco de dinero, cuando en las fiestas de fin del año 1945 tuvo mucho trabajo que cubrir, bordando unos vestidos largos de lujo, con lentejuelas, mostacillas, canutillos y perlitas, como se usaban para las grandes festividades de entonces. El último día de ese año trabajamos hasta las diez de la noche, pero me sentí bien porque ese día había ganado mi primer salario.

Entre las cosas que empecé a estudiar, y no terminé, estuvo el piano, que lo recibía en el Plantel Jovellanos. Tenía que llegar muy temprano en la mañana para poder practicar el instrumento que, como era de esperar, ni pensar en tenerlo en la casa. No pude continuar pues al entrar en el Instituto me coincidía el horario de clases, además que como no tenía piano en la casa, no podía adelantar lo que la maestra requería. Después, cuando ya tenía quince años, matriculé en la Escuela San Alejandro para estudiar pintura. Eso sí que lo sabía hacer bastante bien y me gustaba muchísimo, pero también lo tuve que dejar, esta vez porque el abuelo no le parecía bien que llegase a la casa cuando ya estaba puesta la mesa para comer, así que se acabó la escuela, no la pintura que la seguí practicando durante mucho tiempo.

A su regreso de Unión de Reyes mamá vivió un tiempo en la casa, fue cuando le preparamos el ajuar a Tinita y pudimos disfrutar su presencia diaria, pero luego volvió la enfermedad extendida a los bronquios y fue necesario hospitalizarla nuevamente.

Mi hermano Pepín tomó la costumbre de ir a ver a mamá al hospital casi todas las noches, aunque fuese un momento nada más, antes de ir al Instituto de La Habana donde recibía sus clases nocturnas, pero eso fue después de regresar de Sagua la Grande.

En el año 1945 terminó la Segunda Guerra Mundial con el triunfo de los países democráticos sobre los regímenes fascistas. En mi casa se conocían, día a día, los sucesos de la guerra que reportaban los periódicos, los avances de los aliados y el retroceso del nazismo. Teníamos la esperanza, lógica por demás, que con la derrota de Hitler, y Mussolini, su amigo y aliado fascista, Francisco Franco, debía ser eliminado del gobierno de España. Entonces volvería la República democrática y nosotros regresaríamos a nuestra patria.

El día que se dio por terminada la guerra, las sirenas de las fábricas de toda la ciudad y las campanas de las iglesias, comenzaron a sonar estruendosamente y se suspendieron las clases en las escuelas. Para esa fecha, yo cursaba el tercer año del bachillerato y Berta el primero, así que salimos del Instituto y bajamos todos por la calle Patrocinio hacia el paradero de la Víbora, con

gran algarabía juvenil. Por primera vez íbamos a vivir sin estar pendientes de una guerra, como había sido nuestra existencia desde niños.

Desde los siete años, que es cuando se tiene pleno conocimiento de las cosas, hasta los 16 años, había vivido bajo la presencia de la guerra, directa o indirectamente, siguiendo diariamente los sucesos bélicos; y me preguntaba, ¿cómo sería ahora nuestra vida, sin guerra? ¿Regresaríamos a España, a nuestra querida España? La ilusión nos llenaba de alegría.

Pero aunque fue cierto que no teníamos guerra, no por ello se había resuelto nuestro problema. Mi madre estaba al tanto de las maniobras de las potencias occidentales para lograr que Franco permaneciese en España. Inglaterra, representada por W. Churchill, fue la más interesada, además de la hipócrita política del presidente norteamericano H. S. Truman. No se podía esperar nada de las democracias occidentales, ni siquiera de Estados Unidos, que en aquellos momentos aparecía como la nación salvadora de la humanidad frente al fascismo.

Mi madre nos reunió a los cuatro hermanos para hablarnos de la nueva situación internacional, y de la casi imposibilidad del regreso a nuestra tierra, ni siquiera de irnos para México. Nos dijo que era nuestro deber incorporarnos a la sociedad cubana y tratar de vivir en ella, a sabiendas de que el regreso a la patria española no podría ser posible, por lo menos por mucho tiempo. Sabía que ella no podría regresar nunca, pues estaba convencida de su muerte cercana y quería que nosotros, para ser útiles y felices, deberíamos integrarnos a este país que nos había acogido, y en el cual vivíamos desde hacía más de ocho años. «Vuestra misión ya no será el construir una nueva sociedad en España, como lo habíamos soñado, eso corresponderá a los niños que quedaron viviendo en ella, no a los exiliados o emigrados». Fueron conversaciones de varios días, con mucha calma y claridad, para dejarnos también como herencia la posición que debíamos adoptar en la vida que nos esperaba.

IX

¿Hacia otra esperanza?

En la temporada que mamá estuvo un poco mejor, después de la operación y su restablecimiento en casa de su hermana, pudo quedarse a vivir en la casa de San Joaquín. Para ello se habitó una cama en una esquina del comedor, para que no tuviese que dormir en nuestra habitación. La casa de San Joaquín solamente tenía dos habitaciones, una para el abuelo, Cuco mientras vivió y Antonio. La otra para todas las mujeres: mi madre, tías y tres niñas. Pepín siempre durmió en una «colombina» —o sea una cama que se ponía y quitaba a diario— en la sala. Cuando Lola salió de la casa, quedamos en la habitación Elena y las tres hermanas, mientras mamá dormía en el hospital o en una cama en un rincón del comedor.

La situación en la casa del abuelo no era muy agradable; él se sentía muy presionado con tanta familia a su cargo, pues aunque Pepín y Tinita ya trabajaban, no cubrían lo fundamental, que era el alquiler y la comida. El carácter impositivo del abuelo nos atemorizaba bastante, y mi madre tuvo que sufrir mucho después que enfermó por la carga que representábamos, sin poder ella contribuir al gasto familiar. Por eso, todos nuestros deseos y esfuerzos se encaminaban a tener una casa para mamá, tía Elena y los cuatro hermanos. Y a ese empeño nos dedicamos después que Tinita logró tener una plaza fija de secretaria en Sabatés.

Para entonces, mi hermano Pepín había dejado de trabajar en el taller del abuelo, por las mismas causas de carácter que le hacían extremadamente duro con el nieto. Incluso Antonio, que estudiaba por el día en el Instituto de la Víbora y no estaba obligado a trabajar en el taller, decidió que quería irse a trabajar; entonces el abuelo lo consintió y sin que el hijo tuviese conocimiento alguno de soldadura o pailería, como Pepín, les asignó el mismo salario a los dos. Esto nos enfurecía contra el abuelo por considerarlo injusto contra nuestro hermano. Cuando se fue del taller, Pepín consiguió trabajo de soldador y pailero en otro lugar de la ciudad y ganaba más que con el abuelo.

Apresuradamente, las tres hermanas nos lanzamos a buscar una casa para alquilar. Después de varios días de búsqueda, basadas en las ofertas del periódico, llegamos a una en la calle 29, número 1056, entre 28 y 30, en el Vedado. Era un piso independiente de lo que eufemísticamente se podría llamar un «edificio» de tres plantas, con una casa sola en cada planta; la nuestra era la última de arriba y había sido construida por el propio dueño que vivía en el piso segundo, en forma agregada al resto. El piso de los bajos lo tenía alquilado a otra familia, así como el garaje convertido en apartamento. Las paredes del piso que íbamos a rentar eran rústicas y la construcción de muy mala calidad, pero a nosotras nos pareció lo mejor que habíamos visto, y sobre todo, aunque el alquiler era alto, no queríamos regresar a la casa del abuelo sin haber resuelto el problema de la mudanza. El costo mensual era de 55.00 pesos y hubo que pagar un mes en fondo y uno adelantado. Casi el total del salario de Tinita. Pero necesitábamos la casa con urgencia, para que mamá pudiese salir del hospital para un lugar aireado y fresco, con lo cual estábamos seguros podría mejorar su salud.

La casa del Vedado tenía tres habitaciones, con dos baños, uno completo y otro chico, una sala-comedor y una terraza al frente, cocina y un micropatio al fondo para tender la ropa. Como no había edificios en ninguno de sus costados, el aire fresco entraba por las ventanas que había en todas las piezas de la casa. Era lo que más necesitábamos, aire y sol, así que sin pensarlo dos veces, Tinita pagó lo convenido antes de que el dueño se arrepintiese de rentar su piso a unas jóvenes mu-chachas. La mayor tenía veinte años.

Lo peor fue cuando supimos que a mamá no le daban el alta del hospital pues estaba muy delicada. Contábamos con tía Elena para que fuese para la nueva casa con nosotros, y a última hora el abuelo le pidió que no se fuese —después que varias veces la había instado a marcharse—, y ella aceptó quedarse, a pesar de los malos ratos vividos en ese hogar. Lola vivía en Unión de Reyes, en la provincia de Matanzas, y tenía un hijo pequeño. Mi madre no quería que nos mudásemos solos para la nueva vivienda, así que le pidió a su hermana Lola que nos acompañase hasta que ella pudiese salir del hospital. Llegó Lola con su pequeño Manolito a pasar unos días con nosotros y así nos pudimos mudar de San Joaquín para la calle 29, en el Vedado.

Cuando entramos en la nueva casa sentimos que éramos felices. Solamente teníamos tres camas que eran nuestras, de la casa del abuelo, y él nos regaló un escaparate para guardar ropa. Enseguida compramos un *chaise-long*, especie de sofá cama, que era lo único que pusimos en la sala. Allí dormía Lola con su pequeño hijo, pues era el lugar más cómodo, y las tres hermanas lo hacíamos en las dos camas de una de las habitaciones. Pepín dormía en otra habitación, él solo en la otra cama; era la primera vez que nuestro hermano tenía un cuarto para él, desde que habíamos perdido nuestra casa en España.

En el siguiente cobro de Tinita, pues el jornal de Pepín alcanzaba justo para la compra de los alimentos, pudimos comprar —a plazos, como el sofá cama— un pequeño juego de comedor y dos sillones con una mesita para la sala, además de otra cama para Pepín, pues la de él, una de hierro hecha en el taller del abuelo, pasaría para el otro cuarto para cuando mamá pudiese venir a la casa. Hasta que llegaron la mesa y las sillas, habíamos estado comiendo sentados en unos cajones que habíamos utilizado para la mudanza, pero esto en lugar de entristecernos, lo utilizamos para divertirnos, pues todo lo nuevo era una alegría colectiva.

La habitación que preparamos para mamá era la más ventilada y tenía el pequeño baño al lado, así que ella podía utilizarlo y dejar para el resto de la familia el baño completo, como ella quiso para poder estar separada de nosotros, evitando el contagio. La habitación de mamá tenía una puerta que daba a una escalera de caracol para bajar por el fondo y era donde podíamos tender alguna ropa, y otra puerta que daba al comedor.

Nos mudamos a principios de noviembre de 1946 y en diciembre mi madre pidió permiso al médico para que la dejase pasar las vacaciones de Navidad con sus hijos: ella presentía que iban a ser las últimas. ¡Qué bien la pasamos! Por fin teníamos una casa para mamá y sus hijos, y en ella, estábamos seguros que sanaría de su terrible enfermedad.

El dinero que ganaban los hermanos mayores alcanzaba muy justo y las dos menores seguíamos teniendo la responsabilidad de las labores domésticas —ahora que ni siquiera estaba Elena para cocinar—, y el cuidado de la madre enferma.

Para poder atender todo, me trasladé del Instituto de la Víbora —donde había aprobado tres cursos— para el de La Habana, que tenía curso nocturno y así podía estar todo el día en la casa trabajando y acompañando a mamá. Berta no se trasladó ese año y siguió estudiando en el Instituto de la Víbora hasta el siguiente curso. Entre las dos limpiábamos, cocinábamos, lavábamos la ropa de todos, incluyendo la dura y sucia del trabajo de Pepín. Comprábamos los víveres casi al día, pues no teníamos refrigerador, solo un cajón de madera donde poníamos una piedra de hielo, envuelta en un saco, que había que comprar a diario, planchábamos, cosíamos, etc. A pesar del trabajo que realizábamos, a Berta y a mí siempre nos quedaba un sentimiento de pena, por no ganar dinero para traer a la familia.

También yo me estaba preparando como taquígrafa y mecanógrafa en la Academia donde había estudiado y trabajado Tinita. Asistía a clases dos noches a la semana. Lamentable-mente, hasta después de la muerte de mamá no pude salir a buscar trabajo ¡qué ironía!

En los últimos cinco meses que vivió con nosotros, mamá se dedicó a hablar constantemente con todos sus hijos. ¡Cómo la disfrutamos en la casa! Parecía como si ella supiese lo poco que le quedaba por vivir y no quería perder ni un minuto de tiempo. Comentaba con nosotros las particularidades de las asignaturas que cursábamos, los libros de literatura que leíamos, nos estimulaba a seguir estudiando siempre, a luchar por lo que deseásemos con honestidad y amor. Nunca dejó de ser maestra, además de madre orientadora. En ese tiempo nos contaba con detalles su vida con nuestro padre y las ilusiones e ideales políticos por los que habían luchado siempre.

También nos mandaba al cine, como era habitual. Quiso que conociésemos uno nuevo que se acababa de construir en La Habana, el cine América. Recuerdo que allí vimos la película de Cantinflas *Romeo y Julieta*, que era una sátira muy simpática. Como yo acababa de leer la obra de Shakespeare, me divertía tanto que mis carcajadas resonaban en el teatro.

Después de terminada la Guerra Mundial, La Habana crecía y se modernizaba, con la inversión de capital norteamericano que compraba muchas empresas cubanas y españolas, además de inaugurar centros y establecer nuevas industrias. Uno de esos centros fue la tienda llamada Ten Cent, de la calle Galiano. Nos encantaba ir a ver las baratijas que allí se vendían, aunque nunca podíamos comprarlas, pero nos divertíamos mucho, pues cuando estábamos de suerte —el día del cobro de mi hermana— podíamos sentarnos en una barra preciosa donde tomábamos «Soda con helado» y bocaditos de ensalada de pollo. También algunas veces salíamos Tinita y yo a jugar a los bolos, en la Bolera Tony's que estaba en la calle 23 del Vedado, en la cual también se bailaba; casi siempre íbamos invitadas por algún compañero de trabajo de Tinita. Como Berta desarrolló muy tarde —era casi una niña cuando ya tenía 15 años—, la que acompañaba a Tinita en sus paseos era yo; cosa que no nos perdonaba la hermana pequeña.

En la fábrica Sabatés comenzó a fabricarse un nuevo producto, un detergente para lavar ropa, platos y cosas de cocina. Se llamaba ACE, la versión al español del detergente DOES norteamericano. Antes de comenzar su distribución, la empresa regaló a sus empleados una caja con el nuevo producto. Tinita lo llevó a la casa y fue una sorpresa para todos, especialmente para Berta y para mí, que éramos las que usualmente atendíamos esos menesteres. Imagínense un vaso lavado con jabón amarillo la diferencia que tiene con uno lavado con detergente, ¡no lo habíamos visto nunca! El desarrollo de la industria química a nivel mundial había sido vertiginoso, gracias, dolorosamente, a la inversión para la guerra.

En esos días se hacía propaganda en la prensa de la existencia de un medicamento nuevo, la penicilina, que había sido descubierta unos años antes, y se había utilizado en los soldados norteamericanos, y ahora se empezaba a vender como antibiótico de gran potencia. La nueva droga servía para eliminar las enfermedades infecciosas, entre ellas la tuberculosis. En aquellos momentos solamente la estaban aplicando en Estados Unidos y en algunos otros países desarrollados. En Cuba comenzó a llegar, pero aún no se había propagado su uso y era muy cara. Pero para nosotros, con la idea de poder utilizarla en la enfermedad de mamá, esa posibilidad era impensable. Teníamos que esperar a que en la Isla se aplicase en los hospitales y se abaratase el costo de las inyecciones. Cuando llegó la penicilina a las clínicas como Hijas de

Galicia o la Quinta Covadonga, ya era demasiado tarde para ella, por lo avanzado de su enfermedad. Los médicos consideraron que ya no le haría efecto alguno. Poco después llegó la muerte.

Eso ocurrió un Domingo de Resurrección, el último día de la Semana Santa del año 1947, un seis de abril. Ya mamá había tenido alguna sangre en la saliva y por si volvía a ocurrir, el médico le había indicado unas inyecciones, pero ella ocultó que nuevamente aparecía la sangre. Como una semana antes yo me había fijado en sus esputos y ella me pidió que no se lo dijese a mis hermanos, pues solo había sido esa vez y no había por qué preocuparlos. En mi ignorancia, acepté lo que mi madre me propuso y no comenté nada.

Ese domingo, estando yo en la cocina terminando de preparar el almuerzo, Tinita lavándose la cabeza, Pepín por la casa y Berta poniendo el mantel de la mesa, sentimos unos golpes en la pared del cuarto donde mi madre había cerrado la puerta para bañarse, como lo hacía siempre. Al abrir, la vimos vomitando sangre, era una terrible hemotisis. Berta comenzó a gritar en la terraza pidiendo auxilio, mientras Tinita salía con una toalla en la cabeza al teléfono de los bajos para llamar al médico. Pepín me ordenó que preparase la inyección, después de que la acostamos en su cama. Llegué con la jeringuilla y todavía le puse el medicamento, pero ya era casi cadáver. Lentamente, sin vomitar más, muy tranquila entre dos de sus hijos, Pepín y yo, comenzó a respirar cada vez más suave, hasta que sentimos, con las manos puestas en su pecho, que el corazón no latía más. ¿Cómo poder olvidar esta escena?

Cuando Tinita subió del teléfono, ya no respiraba. Berta se había acercado desde la terraza y cuando la vio, rompió a sollozar desconsoladamente. Nosotros no sabíamos qué hacer, nos levantamos de su lado y en eso llegaron los vecinos, con una sábana con la cual la taparon y pusieron una vela encendida a su lado. Llegó el médico y como no le dijimos que había muerto —creo que lo esperábamos para que desmintiese la realidad—, dio un salto hacia atrás cuando entró en la habitación. Al rato llegaron Elena y el abuelo Caprasio. Horas después Lola. Lo demás fue como una pesadilla, la funeraria que quisimos pagar sus hijos y por ello tuvo que hacerse en un lugar económico, en las salas del fondo de La Nacional, de la calle Infanta; el entierro en aquella tumba que al abrir vimos que estaba llena de cucarachas... Un frío recorrió mi espalda y entonces no pude aguantar el llanto desbordado al lado de Pepín. A Berta no la dejaron ir al cementerio por el estado en que se encontraba y Tinita se quedó con ella.

La casa de la calle 29 fue cerrada por Sanidad, para desinfectarla; había que esperar una semana para abrirla. Fuimos para la casa del abuelo y a pesar de nuestro dolor, teníamos que preparar las ropas negras para el luto. Teñir, hacer alguna nueva, todo en esos días duros. En esos momentos el abuelo consideró que no deberíamos vivir solos, así que tendríamos que volver con él y con Elena. Esto fue una tarea que Tinita enfrentó encarándosele: si sus hermanos eran menores de edad, podría el abuelo obligarlos a quedarse con él, pero ella ya tenía 21 años, así que se iría sola a esperar que sus hermanos pudiesen acompañarla al cumplir la mayoría de edad. No fue necesario, el «plante» de Tinita al abuelo hizo efecto y al día siguiente, entre las lágrimas de tía Elena, que no quiso acompañarnos tampoco esta vez, a pesar de nuestro ruego, nos fuimos todos para nuestra casa.

Al llegar hubo que abrir todas las ventanas y puertas para que saliese el humo desinfectante que estaba dentro, y comenzar a limpiar todo. En las paredes y los muebles se impregnó el olor de tal manera que persistió por mucho tiempo, sobre todo cuando salíamos todos y al llegar, como la casa había estado cerrada, volvía el olor. Ese fue otro de los olores que nos persiguió durante mucho tiempo.

Allí estábamos los cuatro hermanos, ahora huérfanos de padre y madre. La mayor de 21 años, el hombre de 19, yo de 18 y la pequeña de 16, todos ellos recién cumplidos. Nos parecía que ahora sí que había terminado todo para nosotros, el regreso a España, el traslado a México, todo. La pérdida de la patria, del padre, se sentía con más fuerza que nunca.

No quiero recordar los primeros días, cuando me quedaba sola en la casa, mientras mis hermanos iban a su trabajo y Berta al Instituto. Fueron meses de angustia permanente que nos ocultábamos unos a otros, para sobrevivir.

Pero, como todo, poco a poco, esto fue pasando, al igual que nuestra vida. Había que seguir viviendo y luchando con el ejemplo de esos seres maravillosos que nos regalaron la existencia. Los cuatro hermanos estudiamos y llegamos a ser profesores de Universidad, aunque para ello

tuvimos que hacer muchos sacrificios, pues la muerte de mamá truncó el curso lógico de nuestros estudios. Pero, con particularidades en cada caso, todos retomamos la superación profesional y formamos nuestras familias y encaminamos nuestra vida, tal como lo quisieron nuestros padres. Su legado fue más fuerte que su muerte y vivieron en nuestros corazones para siempre.

X

El retorno

Pasaron 45 años para que aquella niña obligada a salir de España volviese a pisar su tierra, a regresar a las regiones de su vida infantil que siempre estuvieron guardadas en un rincón, un rincón muy querido de su mente.

Al llegar a Madrid sentí una impactante sensación de identidad con la gente que caminaba por las calles, aunque esa ciudad no era verdaderamente parte de mis recuerdos. Yo nunca había estado en la capital, nunca había salido de Asturias, solo para irme hacia América. Sin embargo, las personas me eran familiares, en su hablar me recordaban a mi madre, en su caminar por las calles.

Para mi suerte, llegué al día siguiente de las elecciones generales de 1982, en las cuales había triunfado el Partido Socialista Obrero Español. La gente y la prensa radial, tele-visiva y escrita, continuamente comparaban esos comicios con los de 1936, en los cuales había triunfado el Frente Popular. Ya para entonces yo tenía plena conciencia de las diferencias, pero ello no opacaba mi sentimiento y mi alegría, que se unía al resto de la mayoría de mis colegas españoles. Con ese triunfo quedaría definitivamente derrotado el franquismo.

La llegada a Oviedo fue más impresionante aún. Aquel Campo San Francisco que en mi imaginación era tan grande que no podría abarcarlo ni con la vista, ya no me lo pareció tanto. Caminé por sus senderos, me paré delante de las fuentes y disfruté las flores que cubrían los canteros. Seguí caminando fuera del Campo, despacio, como para poder aspirar el aire que habían respirado mis padres, y también nosotros de niños, visitando lugares que solo recordaba por el nombre, como el edificio viejo de la Universidad de Oviedo, la Catedral y sus alrededores. Aquellas calles, aquel caminar por la vieja ciudad, me llevó a detenerme frente a una tienda cuyo nombre no había cambiado desde mi niñez: Casa Germán. El corazón me dio un vuelco, me pareció ser la misma niña que volvía a entrar allí para protegerse en una noche de la guerra, cuando las tropas moras al mando de los franquistas nos habían desalojado de nuestra casa ubicada en las afueras pues la querían para des-de allí contraatacar a los republicanos que dominaban el Monte Naranco. Todo eran recuerdos. Hasta entré en la tienda y pregunté por la familia de Germán. El joven que me atendió me hizo una breve reseña de la vida de los hermanos, él era el hijo del menor, de Alfonso. No tenía idea de quién yo era, ni sabía por qué de mi emoción ante su relato. Días después volví y allí estaba el padre que sí se acordaba.

Caminando llegué a la Plaza de América, en la que crecían flores de todos los colores, especialmente los «pensamientos» que yo conocía de antaño y que en Cuba no los había vuelto a ver. Los edificios de la Plaza eran todos nuevos, de apenas quince o veinte años, solo una casita de los años treinta permanecía en pie. Nuestra casa, desaparecida, y en su lugar un lujoso edificio de apartamentos. Lo que sí quedaba era la calle por la cual se divisaba el Monte Naranco; caminé por ella aunando todos mis recuerdos de la infancia.

Mucho más emocionante todavía fue la visita al pueblo de Villavaler en compañía de mi madrina Josefa, su hija y su yerno. Los había contactado desde mi alojamiento en Oviedo, pues ellos viven en otra pequeña ciudad llamada Mieres, y me recogieron en el hotel donde me había hospedado la Universidad de Oviedo. El primer abrazo de mi madrina fue fuerte y emotivo, apenas podíamos hablar.

En el camino pasamos por la villa de Pravia, antes de subir por la carretera que bordea las montañas que nos llevan hasta Villavaler. Allí sí estaba mi niñez temprana, por los caminos que llevaban a la casa-escuela donde habíamos vivido. La gente del pueblo se acordaba de mis padres, y se acercaron a mí para saber algo más de la familia de los maestros; pero aún en esa fecha y a pesar del triunfo electoral del Partido Socialista, no se atrevían a hablar en voz alta de la República, ni de los que murieron por ella. El yerno de mi madrina me contaba que su padre había sido de los mismos ideales que mi padre, y lo decía en voz baja, sin mencionar que eran republicanos. Aunque ya se iba consolidando la transición política que había convertido a España en una monarquía parlamentaria, los temores a la represión que se había desatado durante tantos años no habían desaparecido, ni mucho menos.

Mi guía en el recorrido por la casa-escuela, por El Codellano, por el Palacio y otros lugares fue el hijo de Clementina, la madrina de Berta. Todos querían agasajarme, brindándome golosinas hechas en casa, sidra, *cuajada* o *coayada*, el dulce hecho con leche que tanto me gustaba de niña. Estuvimos en la casa de María Luisa, que vive en la misma casa que fue de sus padres, así que el recuerdo y la emoción se hicieron muy fuertes en mi pecho. Allí volví a probar nuevos ofrecimientos, queso hecho por ellos, chorizos, y por último manzanas de su huerta.

Luego, Francisco me llevó a casa de Leonides y Pepe «el de Omedas» (este ya había fallecido) donde me mostraron fotografías de mi padre y sus alumnos de la escuela. Como hacía mucho frío, cuando ya nos íbamos, Leonides me hizo tomar un café con leche bien caliente, con un poquito de coñac en él, pues decía que con eso se quitaba el frío. ¡Cuántas emociones juntas! ¡Cuántas imágenes perdidas en mi mente volvían a la realidad!

En Oviedo me pude entrevistar con un maestro sindicalista, ya viejecito, miembro de una organización que se dedicaba a la búsqueda de los maestros asturianos desaparecidos durante la guerra y el franquismo. Ya mi hermana Berta había contactado con él desde México a través de un amigo suyo, miembro del Partido Comunista de España y exiliado en aquel país. El viejo maestro me prometió que haría todo lo posible por encontrar el paradero de mi padre, al igual que el de otros maestros asturianos víctimas del fascismo. El magisterio fue uno de los sectores objeto de mayores represalias durante la Guerra Civil y aún más después de finalizada la contienda.

Apenas dos años después, recibí en mis oficinas de la Universidad de La Habana —para entonces dirigía el Departamento de Historia General—, la carta en la cual, después de 47 años de la desaparición de mi padre, por primera vez se nos decía que estaba muerto. Se comunicaba que José Fernández era uno de los maestros asturianos víctima del franquismo, y que había sido asesinado en la Concha de Artedo, cerca del pueblo llamado Cudillero. Era una lista en la cual aparecían muchos otros nombres de maestros desaparecidos y el lugar donde habían sido asesinados cada uno de ellos. Con la carta en mis manos, leía y releía la lista, mientras mi corazón latía aceleradamente.

Mucho tiempo transcurrió después de recibir esa noticia, casi seis años, para poder estar aquí, en el lugar preciso de su muerte.

Y estoy aquí, en la Concha de Artedo, caminando sobre las piedrecitas que preceden a la arena, donde el mar llega entre fuerte y suave, ya que estamos en el mes de abril, con un precioso comienzo de la primavera asturiana, con frío pero con sol. Al mirar estos lugares y este color azulísimo del Mar Cantábrico pienso: por fin he llegado al lugar donde me han dicho que mataron a mi padre. No solo a él, sino a un numeroso grupo de hombres sacados de la cárcel de Oviedo, ametrallados y tirados a este mar en un mes de diciembre, cuando las olas rompen con furiosa fuerza. ¡Cómo debió haber estado este mar en aquel diciembre de 1936! Debe haberse hallado encrespado, batiendo toda la costa con olas fortísimas. Tenía que haberse encontrado muy agitado para poder llevarse los numerosos cadáveres que tiraron en sus olas. Cadáveres de hombres que no habían cometido otro delito que ser republicanos, y querer para su país un cambio que mejorase la vida de las personas humildes de su tierra. ¡Todos se perdieron aquí!

¡Cuántas cosas debe haber pensado mi padre en los últimos instantes de su vida! ¡Cuántas cosas inconclusas dejaba atrás! Sus anhelos de construir una sociedad más justa; su familia, su

querida familia que quedaba sin saber siquiera dónde él se encontraba, ni a dónde había ido a parar.

¡Cuántos años han pasado para poder llegar hasta aquí y mirar este mar! Sin embargo ya no siento la ira contenida que me sumió en años pasados; siento una angustia dulce y hasta una rara sensación de paz, también siento paz. Camino por las piedras y vuelvo a mirar el mar. ¡Cuántos años tuvieron que pasar para que supiéramos lo que le había ocurrido!



Áurea Matilde en la playa de la Concha de Artedo, Cudillero (1985)

Tuvo que terminar la Guerra Civil en 1939, tuvimos que sufrir el exilio y ver, desde tan lejos, cómo empezaba otra guerra en Europa, justo cuando terminaba la de España. Tuvimos que esperar a que terminase esa guerra en 1945, y disfrutar la derrota de las fuerzas fascistas, mientras casi enseguida, saber que no por ello iba a ser liquidada la dictadura de Francisco Franco establecida en España con el apoyo de esas mismas fuerzas que estaban siendo derrotadas. La dictadura que desangró a España para acabar con la Segunda República Española y que perduró durante casi cuarenta años.

Esperar todo ese tiempo para saber que fue asesinado en el año 1936, el 12 de diciembre de 1936, como señala mi madre en sus cartas y según lo demuestran los archivos de la cárcel de Oviedo y las investigaciones posteriores. Recién había comenzado la guerra, en julio de ese mismo año, cuando fue acribillado.

Y nosotros allá tan lejos, en Cuba, sin saber nada de él, sin conocer su paradero. Solo teníamos una fría carta de las autoridades oficiales del franquismo, en la cual se daba por desaparecido a nuestro padre. ¡Cuántas ilusiones, cuántos sueños pasaban aún por nuestra mente! Vivíamos con la esperanza nunca perdida de su posible regreso. Por la mente de nuestra

madre y por su corazón, cruzaron los más tristes y, al mismo tiempo, los más esperanzadores pensamientos, siempre anhelando que la muerte no fuese cierta. Si solo era real la desaparición, él podría volver en algún momento. Mi madre murió sin llegar a tener noticias de su querido esposo.

El tiempo cambia mucho las cosas. Algunas veces pienso que todavía estamos en aquella época, sumidos en el dolor profundo que vivimos los niños de la guerra, ese dolor que tantas veces vimos reflejado en el rostro de nuestra madre.

Sin embargo, al caminar sobre las piedras de esta bellísima playa, ese gran dolor se aquieta y me siento tranquila. He podido visitar el lugar al que me une tanto, tanto, y en el que no había estado nunca: la Concha de Artedo. Por fin estoy aquí en esta preciosa playa asturiana, por la que corren niños alegres.

Hoy, cargada de años sobre mis espaldas, me asaltan los re-cuerdos de cuando era pequeña y tuve que enfrentar, como tantos niños españoles, la terrible experiencia de una guerra civil.

Cuántos hechos como este sucedieron en tierras asturianas. Se han encontrado muchos restos en fosas comunes aún después de tantos años, porque quienes buscan a sus seres desaparecidos no se cansan, no terminan nunca.

Hubo que esperar a la muerte del dictador Franco, en 1975, y a que las posibilidades reales de la transición fueran tales, para que los familiares pudiesen buscar a sus muertos. Muchas viudas y huérfanos han levantado pequeños monumentos para recordar a los suyos, encontrados en esas fosas comunes, en esta Asturias tan maltratada, tan dolida, tan explotada, tan criminalmente asesinada.

Y yo fui a esas fosas comunes y las miré con respeto, y fui a ver los monumentos erigidos en su nombre, en el mismo cementerio de la Concha de Artedo unos, y otros en el cementerio de Oviedo. Nada puede reponer a los seres queridos, pero estos homenajes póstumos alivian dejando un sentimiento de paz: paz sí, pero nunca de olvido.

Contenido

Prólogo/ 9

I

Maestros/ 13

II

Los orígenes/ 19

III

Villavaler/ 33

IV

La segunda República/ 55

V

La guerra/ 75

VI

La partida/ 93

VII

La vida en un nuevo mundo/ 103

VIII

La lucha por la República, y por la paz/ 113

IX

¿Hacia otra esperanza?/ 145

X

El retorno/ 153